

AUTOCRACIA S.A.

LOS DICTADORES QUE
QUIEREN GOBERNAR EL MUNDO

ANNE
APPLEBAUM

DEBATE

Autocracia, S. A.

Los dictadores que quieren gobernar
el mundo

ANNE APPLEBAUM

Traducción de
Rosa Pérez

DEBATE

Para los optimistas

Introducción

Autocracia, S. A.

Todos tenemos en la cabeza una imagen de tebeo de un Estado autocrático. Hay un hombre malo en lo más alto. Controla al ejército y a la policía. El ejército y la policía amenazan al pueblo con usar la violencia. Hay colaboradores malvados y quizá algunos disidentes valientes.

Sin embargo, en el siglo XXI, esa imagen tiene poco que ver con la realidad. Hoy en día, las autocracias no están gobernadas por un único hombre malo, sino por sofisticadas redes que cuentan con estructuras financieras cleptocráticas, un entramado de servicios de seguridad —militares, paramilitares, policiales— y expertos tecnológicos que proporcionan vigilancia, propaganda y desinformación. Los miembros de esas redes no solo están conectados entre sí dentro de una determinada autocracia, sino también con las redes de otros países autocráticos y, a veces, incluso de las democracias. Las empresas corruptas controladas por el Estado de una dictadura hacen negocios con las empresas corruptas controladas por el Estado de otra. La policía de un país puede armar, equipar y formar a la policía de muchos otros. Los propagandistas comparten los recursos —las fábricas de troles y las redes mediáticas que promueven la propaganda de un dictador también pueden utilizarse para promover la de otro—, así como las

temáticas: la degradación de la democracia, la estabilidad de la autocracia, la maldad de Estados Unidos.

Eso no significa que haya un cuarto secreto en el que se reúnen los malos, como en una película de James Bond. Ni que nuestro conflicto con ellos sea una lucha binaria sin escala de grises, una «Guerra Fría 2.0». Entre los autócratas modernos, hay quienes se definen como comunistas, monárquicos, nacionalistas y teócratas. Sus regímenes tienen raíces históricas distintas, objetivos distintos, estéticas distintas. El comunismo chino y el nacionalismo ruso no solo difieren entre sí, sino también del socialismo bolivariano de Venezuela, la ideología *juche* de Corea del Norte o el radicalismo chií de la República Islámica de Irán. Todos ellos se diferencian de las monarquías árabes y de otras —Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Vietnam— que, por lo general, no buscan socavar el mundo democrático. También difieren de las autocracias más moderadas y de las híbridas, denominadas en ocasiones «democracias iliberales» —Turquía, Singapur, India, Filipinas, Hungría—, que a veces se alinean con el mundo democrático y otras no. A diferencia de las alianzas militares o políticas de otros tiempos y lugares, este grupo no actúa como un bloque, sino como un aglomerado de empresas, no unidas por la ideología, sino, más bien, por la determinación firme e implacable de conservar su riqueza y poder personales: Autocracia, S. A.

En vez de ideas, los hombres fuertes [1] que gobiernan Rusia, China, Irán, Corea del Norte, Venezuela, Nicaragua, Angola, Myanmar, Cuba, Siria, Zimbabue, Malí, Bielorrusia, Sudán, Azerbaiyán y quizá otra treintena de países[2] comparten la determinación de privar a sus ciudadanos de cualquier influencia real

o voz pública, de oponerse a toda forma de transparencia o rendición de cuentas y de reprimir a quienquiera que los desafíe dentro o fuera del país. También comparten una actitud crudamente pragmática hacia la riqueza. A diferencia de los líderes fascistas y comunistas de otros tiempos, que estaban avalados por el aparato de su partido y no dejaban traslucir su codicia, los líderes de Autocracia, S. A. a menudo poseen residencias suntuosas y estructuran gran parte de su colaboración como empresas con ánimo de lucro. Los lazos que los unen entre sí y con sus amigos del mundo democrático no se cimentan en ideales, sino en tratos —tratos destinados a paliar sanciones, intercambiar tecnología de vigilancia y ayudarse unos a otros a enriquecerse.

Autocracia, S. A. también colabora para mantener en el poder a sus miembros. El impopular régimen de Alexandr Lukashenko en Bielorrusia[3] ha recibido críticas de diversos organismos internacionales —la Unión Europea, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa— y sus vecinos europeos han roto relaciones con él. Muchos productos bielorrusos no se pueden vender en Estados Unidos ni en la Unión Europea. La aerolínea nacional, Belavia, no puede operar en otros países europeos. Sin embargo, en la práctica, Bielorrusia no está en absoluto aislada. Más de una veintena de empresas chinas han invertido dinero en el país e incluso han construido un parque industrial sinobielorruso inspirado en un proyecto similar en Suzhou.[4] Irán y Bielorrusia se hicieron visitas diplomáticas de alto nivel en 2023.[5] Algunos funcionarios cubanos han expresado su solidaridad con Lukashenko en la ONU. Rusia ofrece mercados, inversiones transfronterizas, respaldo político y, probablemente, también servicios policiales y de

seguridad. En 2020, cuando los periodistas bielorrusos se rebelaron y se negaron a informar sobre un falso resultado electoral, Rusia envió a periodistas para sustituirlos.[6] A cambio, el régimen bielorruso le ha permitido emplazar tropas y armas en su territorio y utilizarlas para atacar a Ucrania.

Venezuela también es, en teoría, un paria internacional. Desde 2008, Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea han aumentado las sanciones al país en respuesta a la brutalidad del régimen, el tráfico de drogas y sus lazos con el crimen organizado internacional. Sin embargo, el Gobierno del presidente Nicolás Maduro recibe préstamos de Rusia,[7] que también invierte en la industria petrolera de Venezuela, al igual que Irán. Una empresa bielorrusa ensambla tractores en Venezuela.[8] Turquía facilita el comercio ilegal de oro venezolano.[9] Cuba lleva tiempo proporcionando asesores y tecnología de seguridad a sus homólogos de Caracas. Venezuela utilizó cañones de agua, botes de gas lacrimógeno y escudos fabricados en China para doblegar a quienes se manifestaron en las calles de Caracas en 2014 y de nuevo en 2017,[10] lo que dejó un saldo de más de setenta muertos, y también emplea tecnología de vigilancia diseñada por China para controlar a la población.[11] Entretanto, el tráfico internacional de estupefacientes mantiene a los distintos miembros del régimen, así como a sus séquitos y familias, bien abastecidos de Versace y Chanel.

Los dictadores bielorruso y venezolano inspiran un desprecio generalizado en sus propios países.[12] Ambos perderían en unas elecciones libres,[13] si acaso llegaran a celebrarse. Ambos tienen poderosos adversarios: los movimientos de oposición bielorruso y venezolano han estado encabezados por diversos líderes

carismáticos y activistas de base comprometidos que han impulsado a sus conciudadanos a arriesgarse, a trabajar por el cambio y a salir a las calles a protestar. En agosto de 2020, más de un millón de bielorrusos, de una población de tan solo diez millones, se manifestaron en las calles contra unas elecciones fraudulentas. Cientos de miles de venezolanos también participaron en numerosas protestas por todo el país.

Si sus únicos enemigos hubieran sido el régimen venezolano corrupto y arruinado o el bielorruso brutal y vil, esos movimientos de protesta podrían haber ganado. Sin embargo, no solo se enfrentaban a los autócratas de su país; luchaban contra autócratas de todo el mundo que controlan empresas públicas en multitud de países y que pueden utilizarlas para tomar decisiones de inversión multimillonarias. Se enfrentaban a regímenes que pueden comprar cámaras de vigilancia a China o bots a San Petersburgo. Sobre todo, luchaban contra gobernantes que hace tiempo que dejaron de conmovearse con los sentimientos y opiniones de sus compatriotas, así como con los sentimientos y opiniones del resto del mundo. Autocracia, S. A. no solo ofrece a sus miembros dinero y seguridad, sino también algo un poco menos tangible: impunidad.

La convicción, común entre los autócratas más fervientes, de que el resto del mundo no puede tocarlos —de que las opiniones de los demás países no importan y ningún tribunal de la opinión pública los juzgará jamás— es relativamente reciente. Tiempo atrás, los dirigentes de la Unión Soviética, la autocracia más poderosa de la segunda mitad del siglo xx , daban mucha importancia a cómo los veía el resto del mundo. Defendían enérgicamente la superioridad de su sistema político y protestaban cuando lo criticaban. Al menos de

boquilla, respetaban el ambicioso sistema de normas y tratados instaurado después de la Segunda Guerra Mundial, con su lenguaje sobre los derechos humanos universales, las leyes de la guerra y el Estado de derecho en general. Cuando el primer ministro soviético Nikita Jrushchov se levantó en la Asamblea General de la ONU de 1960 y dio el famoso golpe con el zapato en la mesa,[14] fue porque un delegado filipino dijo que a la Europa del Este ocupada por los soviéticos se la había «privado de derechos civiles y políticos» y la había «engullido la Unión Soviética». Jrushchov consideró importante protestar. Incluso a principios de este siglo, la mayoría de las dictaduras ocultaban sus verdaderas intenciones tras una fachada de democracia muy bien planificada y manipulada.[15]

Hoy en día, a los miembros de Autocracia, S. A. ya no les importa que los critiquen a ellos o a sus países ni quién lo haga. Algunos, como los dirigentes de Myanmar y Zimbabue, no abogan por nada que no sea el enriquecimiento personal y el afán de conservar el poder, por lo que es imposible avergonzarlos. Los gobernantes de Irán restan todo valor a las ideas de los infieles de Occidente. Los de Cuba y Venezuela interpretan las críticas del extranjero como una prueba del vasto complot imperialista organizado contra ellos. Los mandatarios de China y Rusia se han pasado una década cuestionando el lenguaje de los derechos humanos empleado desde hace tiempo por las instituciones internacionales y han logrado convencer a muchas personas de todo el mundo de que los tratados y convenios sobre la guerra y el genocidio —y conceptos como «libertades civiles» y «Estado de derecho»— encarnan ideas occidentales que no van con ellos.

Impermeables a las críticas internacionales, los autócratas modernos no sienten ninguna vergüenza por usar abiertamente la violencia. La junta militar birmana no oculta el hecho de haber asesinado a centenares de manifestantes, entre ellos jóvenes adolescentes, en las calles de Rangún. El régimen de Zimbabue hostiga a los candidatos de la oposición a la vista de todos durante elecciones que son pura pantomima. El Gobierno chino presume de haber destruido el popular movimiento por la democracia en Hong Kong y de su campaña «antiextremista» —con detenciones multitudinarias y campos de concentración para millares de uigures musulmanes— en Sinkiang. El régimen iraní no oculta su violenta represión de las mujeres en su país.[16]

Llevado al extremo, ese desprecio puede degenerar en lo que el activista internacional por la democracia Srđa Popović ha llamado «modelo Maduro» de gobierno,[17] en referencia al actual dirigente de Venezuela. Los autócratas que lo adoptan están «dispuestos a ver entrar a su país en la categoría de estados fallidos», afirma, pues aceptan la ruina económica, la violencia endémica, la pobreza generalizada y el aislamiento internacional si con ello logran mantenerse en el poder. Al igual que Maduro, los presidentes Bashar al Asad en Siria y Lukashenko en Bielorrusia parecen sentirse a sus anchas gobernando economías y sociedades hundidas. Los habitantes de las democracias pueden tener dificultad para entender esa clase de regímenes, ya que su principal objetivo no es generar prosperidad o mejorar el bienestar de los ciudadanos. Su prioridad es permanecer en el poder y, para ello, están dispuestos a desestabilizar a sus vecinos, destrozarle la vida a la gente corriente o

—siguiendo los pasos de sus predecesores— incluso enviar a la muerte a centenares de miles de sus ciudadanos.

En el siglo xx , el mundo autocrático no estaba tan unido como lo está hoy. Los comunistas y los fascistas libraban guerras entre sí. A veces, los comunistas también combatían contra otros comunistas. [18] Sin embargo, tenían la misma opinión sobre el sistema político al que Lenin, el fundador del Estado soviético, se refería con desdén como «democracia burguesa», la cual calificaba de «estrecha, amputada, falsa, hipócrita, paraíso para los ricos y trampa y engaño para los explotados, para los pobres».[19] «La democracia pura — escribió— es un embuste de liberal que embauca a los obreros». Líder de lo que fue en sus inicios una facción política minúscula, Lenin, como era de esperar, también desdeñaba la idea de unas elecciones libres: «Solo los canallas o los bobos pueden creer que el proletariado debe primero conquistar la mayoría en las votaciones realizadas bajo el yugo de la burguesía [...]. Esto es el colmo de la estulticia».[20]

Los fundadores del fascismo, pese a oponerse implacablemente al régimen de Lenin, eran igual de desdeñosos con sus adversarios democráticos. Mussolini, el líder italiano cuyo movimiento acuñó las palabras «fascismo» y «totalitarismo», [21] se mofaba de las sociedades liberales tachándolas de débiles y degeneradas. «El Estado liberal está destinado a perecer —predijo en 1932—. Todos los experimentos políticos del mundo contemporáneo son antiliberales». También tergiversó la definición de «democracia» al describir las dictaduras italiana y alemana como «las democracias

mejores y más sólidas que existen en el mundo actual». La crítica de Hitler al liberalismo seguía el mismo patrón. En *Mi lucha* escribió que la democracia parlamentaria es «uno de los más graves síntomas de decadencia de la humanidad», y afirmó que no es «la libertad individual lo que constituye una manifestación de un nivel cultural superior, sino la restricción de la libertad individual», si la lleva a cabo una organización racialmente pura.[22]

Ya en 1929, Mao Zedong, que más adelante se convertiría en el dictador de la República Popular China, también prevenía contra lo que él llamaba «ultrademocratismo», ya que tales «ideas son absolutamente incompatibles con las tareas de lucha del proletariado»; una afirmación que más adelante reprodujo en su *Pequeño Libro Rojo* .[23] Uno de los documentos fundacionales del régimen moderno de Myanmar, un memorando de 1962 titulado «La vía birmana al socialismo», incluye una dura crítica contra las asambleas legislativas electas: «La “democracia parlamentaria” de Birmania no solo no ha contribuido a nuestro desarrollo socialista, sino que, debido a sus propias incoherencias, defectos, debilidades y lagunas, a sus abusos y a la ausencia de una opinión pública madura, ha perdido de vista los objetivos socialistas y se ha apartado de ellos».[24]

Sayyid Qutb, uno de los fundadores intelectuales del islam radical moderno, adoptó tanto la fe de los comunistas en una revolución universal como la fe de los fascistas en el poder liberador de la violencia. Al igual que Hitler y Stalin, sostenía que las ideas liberales y el comercio moderno constituían una amenaza para la creación de una civilización ideal —en este caso, la islámica—. Construyó una ideología en torno a la oposición a la democracia y los derechos

individuales y forjó un culto a la destrucción y la muerte. Las intelectuales y activistas por los derechos humanos iraníes Ladan y Roya Boroumand han escrito que Qutb imaginaba que una «minoría avanzada con conciencia ideológica» encabezaría una revolución violenta para crear una sociedad ideal, «una sociedad sin clases de la que se desterraría al “individuo egoísta” de las democracias liberales y se suprimiría la “explotación del hombre por el hombre”. Solo Dios la gobernaría mediante la aplicación de la ley islámica (*sharíá*)». Eso, escriben, era «leninismo disfrazado de islamismo».

[25]

Los autócratas modernos difieren en muchos aspectos de sus predecesores del siglo xx . Sin embargo, los herederos, sucesores e imitadores de esos líderes y pensadores anteriores, por muy variadas que sean sus ideologías, tienen un enemigo común: nosotros.

Para ser más precisos, ese enemigo es el mundo democrático, «Occidente», la OTAN, la Unión Europea, los adversarios democráticos de su propio país y las ideas liberales que los inspiran a todos. Algunas de ellas son que la ley es una fuerza neutral, no sujeta a los caprichos de la política; que los tribunales y jueces deben ser independientes; que toda oposición política es legítima; que es posible garantizar los derechos de expresión y reunión, y que puede haber periodistas, escritores y pensadores independientes capaces de ser críticos con el partido o dirigente gobernante y, a la vez, continuar siendo leales al Estado.

Los autócratas odian estos principios porque amenazan su poder. Si los jueces y jurados son independientes, pueden pedir cuentas a los gobernantes. Si existe una prensa verdaderamente libre, los periodistas pueden destapar robos y corrupción de alto nivel. Si el

sistema político autoriza a los ciudadanos a influir en el gobierno, estos podrían acabar cambiando el régimen.

Su hostilidad hacia el mundo democrático no es meramente una forma de competencia geopolítica a la vieja usanza, como siguen creyendo los «realistas» y muchos estrategas de relaciones internacionales. Más bien, su oposición radica en la naturaleza misma del sistema político democrático, en palabras como «rendición de cuentas», «transparencia» y «democracia». Oyen ese lenguaje proveniente del mundo democrático, lo oyen en boca de sus disidentes nacionales, e intentan destruirlos a ambos. Su propia retórica lo deja claro. En 2013, cuando Xi Jinping iniciaba su ascenso al poder, una circular interna china conocida, enigmáticamente, como Documento número 9 o, en términos más oficiales, como «Comunicado sobre el estado actual de la esfera ideológica», enumeraba los «siete peligros» a los que se enfrentaba el Partido Comunista de China (PCCh). La democracia constitucional occidental encabezaba la lista, seguida de los «valores universales», la «independencia de los medios de comunicación» y la «participación ciudadana», así como la crítica «nihilista» al Partido Comunista. El ya tristemente célebre documento concluía que «las fuerzas occidentales hostiles a China», junto con los disidentes del país, «siguen infiltrándose constantemente en la esfera ideológica». A continuación, ordenaba a los dirigentes del partido que rebatieran esas ideas y las controlaran en los espacios públicos, sobre todo en internet, dondequiera que las encontraran.[26]

Desde al menos 2004, los rusos se han centrado en la misma serie de amenazas. Ese año, los ucranianos protagonizaron una revuelta popular, conocida como la Revolución Naranja —el nombre se debía

a las camisetas y banderas naranjas de los manifestantes—, contra un torpe intento de robar unas elecciones presidenciales. La iracunda intervención de la población ucraniana en lo que se proyectaba que fuera una victoria cuidadosamente manipulada y orquestada para Víktor Yanukóvich, un candidato prorruso que contaba con el respaldo directo del propio Putin, inquietó mucho a los rusos, sobre todo porque un movimiento de protesta igual de incontrolable que había estallado en Georgia el año anterior había aupado al poder a un político proeuropeo, Mijaíl Saakashvili. Alarmado por esos dos acontecimientos, Putin convirtió la amenaza de la «revolución de colores» en el eje de la propaganda rusa. Los movimientos de protesta ciudadana siempre se describen como «revoluciones de colores» en Rusia y como la labor de agentes externos. Siempre se dice que los líderes populares son marionetas extranjeras. Los eslóganes contra la corrupción y a favor de la democracia se asocian con el caos y la inestabilidad. En 2011, un año de protestas multitudinarias contra unas elecciones manipuladas en la propia Rusia, Putin evocó la Revolución Naranja con verdadero encono, describiéndola como un «plan de eficacia probada para desestabilizar a la sociedad» y acusando a la oposición rusa de «trasladar esta práctica a suelo ruso», donde temía un levantamiento popular similar para deponerlo.[27]

Se equivocaba; no había ningún «plan» que se hubiera «trasladado» a ninguna parte. Sencillamente, el descontento entre la población de Rusia, al igual que en China, no tenía dónde expresarse salvo a través de las protestas callejeras. Los opositores a Putin carecían de vías legales para apartarlo del poder. Los críticos del régimen hablan de democracia y derechos humanos en Rusia porque

refleja su experiencia de la injusticia, y no solo allí. Las protestas que culminaron en transiciones democráticas en Filipinas, Taiwán, Sudáfrica, Corea del Sur, Myanmar y México, las «revoluciones populares» que recorrieron Europa central y oriental en 1989, la Primavera Árabe en 2011, las protestas de Hong Kong de 2019-2020, todas ellas las iniciaron personas que habían sufrido injusticias a manos del Estado.

Esa es la raíz del problema: los líderes de Autocracia, S. A. saben que el lenguaje de la transparencia, la rendición de cuentas, la justicia y la democracia siempre atraerá a algunos de sus ciudadanos. Para mantenerse en el poder deben sabotear esas ideas, dondequiera que estén.

El 24 de febrero de 2022, Rusia inició una guerra contra Ucrania, el primer conflicto armado a gran escala en la lucha entre Autocracia, S. A. y lo que cabría describir, sin ser muy precisos, como el mundo democrático. Rusia desempeña un papel especial en la red autocrática, tanto como inventora del matrimonio moderno entre cleptocracia y dictadura como por ser el país que más activamente intenta perturbar el *statu quo* actual. La invasión se planeó con ese ánimo. Putin no solo esperaba adquirir territorio, sino también demostrar al mundo que el viejo código de conducta internacional ya no vale.

Desde los primeros días de la guerra, Putin y los comandos de élite de los cuerpos de seguridad rusos manifestaron abiertamente su desdén por el lenguaje de los derechos humanos, su indiferencia por las leyes de la guerra, así como su desprecio por el derecho

internacional y por tratados que ellos mismos habían firmado. Detuvieron a funcionarios y líderes civiles: alcaldes, policías, empleados públicos, directores de escuela, periodistas, artistas, conservadores de museo. Construyeron cámaras de tortura para civiles en la mayoría de las ciudades que ocuparon en el sur y este de Ucrania.[28] Secuestraron a miles de niños,[29] separando a algunos de ellos de sus familias y sacando a otros de orfanatos, les dieron una nueva identidad «rusa» y les impidieron regresar a Ucrania. Dirigieron ataques deliberados contra trabajadores de servicios de emergencia.[30] Saltándose los principios de integridad territorial que Rusia había aceptado en la Carta de Naciones Unidas y los Acuerdos de Helsinki, Putin anunció en el verano de 2022 que se anexionaría un territorio que su ejército ni tan siquiera controlaba. Las fuerzas de ocupación robaron y exportaron grano ucraniano y «nacionalizaron» fábricas y minas ucranianas traspasándolas a empresarios rusos allegados a Putin, con lo que también se burlaron del derecho privado internacional.[31]

Esos actos no fueron daños colaterales ni efectos secundarios accidentales de la guerra. Formaban parte de un plan consciente para sabotear el entramado de ideas, normas y tratados que se habían incorporado al derecho internacional desde 1945, para destruir el orden europeo creado a partir de 1989 y, más importante aún, para menoscabar la influencia y la reputación de Estados Unidos y sus aliados democráticos. «Esto no es por Ucrania, sino por el orden mundial —dijo Serguéi Lavrov, ministro de Asuntos Exteriores ruso, poco después de que empezara la guerra—. La crisis actual es un momento trascendental que marca un hito en la historia moderna. Refleja la batalla sobre cómo será el orden mundial».[32]

Putin pensaba que saldría impune de esos crímenes y obtendría rápidamente la victoria, tanto porque sabía muy poco de la Ucrania moderna, que él creía que no se defendería, como porque esperaba que las democracias se plegaran a sus deseos. Suponía que las profundas divisiones políticas en Estados Unidos y Europa, algunas de las cuales había fomentado enérgicamente, incapacitarían a los dirigentes. Contaba con que la comunidad empresarial europea, a una parte de la cual llevaba tiempo cortejando, exigiría la reanudación del comercio ruso.

Las decisiones tomadas en Washington, Londres, París, Bruselas, Berlín y Varsovia —y, por supuesto, Tokio, Seúl, Ottawa y Canberra— tras la invasión de 2022 demostraron inicialmente que Putin estaba equivocado. El mundo democrático enseguida impuso duras sanciones a Rusia, congeló los activos financieros del Estado ruso y eliminó a los bancos rusos de los sistemas de pago internacional. Un consorcio de más de cincuenta países proporcionó armas, inteligencia y dinero al Gobierno ucraniano. Suecia y Finlandia, países que llevaban décadas manteniendo la neutralidad política, decidieron ingresar en la OTAN. Olaf Scholz, el canciller alemán, declaró que su país había llegado a un *Zeitenwende*, un «punto de inflexión», y, por primera vez desde 1945, accedió a suministrar armas alemanas a una guerra europea. Durante un discurso en Varsovia, el presidente de Estados Unidos, Joe Biden, describió el momento como una prueba para su país, Europa y la alianza transatlántica.

«¿Defenderemos la soberanía de las naciones? —preguntó—, ¿defenderemos el derecho de los pueblos a vivir libres de agresiones?, ¿defenderemos la democracia?».

Sí, concluyó entre fuertes aplausos: «Seremos fuertes, estaremos unidos».[33]

No obstante, si Putin había subestimado la unión del mundo democrático, las democracias también subestimaron la magnitud del desafío. Al igual que los activistas democráticos de Venezuela o Bielorrusia, poco a poco se dieron cuenta de que no solo luchaban contra Rusia en Ucrania, sino contra Autocracia, S. A.

Xi Jinping había manifestado su apoyo a la invasión ilícita de Rusia antes de que empezara, emitiendo una declaración conjunta con el presidente ruso el 4 de febrero, menos de tres semanas antes de que las primeras bombas cayeran sobre Kiev. Anticipándose a la indignación de Estados Unidos y Europa, los dos líderes anunciaron de antemano su intención de ignorar cualquier crítica a las actuaciones rusas y en especial todo lo que pareciera una «injerencia en los asuntos internos de estados soberanos con el pretexto de proteger la democracia y los derechos humanos».[34] Aunque Xi nunca ha compartido la obsesión del dirigente ruso por destruir Ucrania, y aunque los chinos parecían ansiosos por evitar una escalada nuclear, se negaron a criticar directamente a Rusia cuando la guerra se prolongó. En cambio, sacaron provecho de la nueva situación, compraron petróleo y gas rusos a bajo precio y también vendieron tecnología de defensa a Rusia en secreto.[35]

No fueron los únicos. A medida que avanzaba la guerra, Irán exportó a Rusia miles de mortíferos drones.[36] Corea del Norte le suministró munición y misiles.[37] Estados satélite y amigos de Rusia en África, como Eritrea, Zimbabue, Malí y República Centroafricana, la respaldaron en la ONU y en otros foros. Desde los primeros días de la guerra, Bielorrusia permitió a las tropas rusas

utilizar su territorio, incluidas carreteras, líneas férreas y bases militares.[38] Turquía, Georgia, Kirguistán y Kazajistán, todos ellos estados iliberales con lazos transaccionales con el mundo autocrático, ayudaron a la industria de defensa rusa a eludir sanciones y a importar máquinas herramienta y componentes electrónicos.[39] India aprovechó la bajada de precios y compró petróleo ruso.

En la primavera de 2023, los burócratas rusos se habían vuelto más ambiciosos. Empezaron a hablar de crear una moneda digital euroasiática, basada quizá en la tecnología del *blockchain*, para sustituir al dólar y disminuir la influencia económica de Estados Unidos en todo el mundo. También querían estrechar su relación con China para compartir sus investigaciones sobre inteligencia artificial y el internet de las cosas. El propósito último de toda esa actividad jamás estuvo en duda. Un documento filtrado que describía esas conversaciones las resumía reiterando las palabras de Lavrov: Rusia debía aspirar a «crear un nuevo orden mundial».[40]

Esa meta es común a todas las autocracias. Reforzadas por las tecnologías y tácticas que copian unas de otras, por sus intereses económicos comunes y, sobre todo, por su determinación de no renunciar al poder, creen estar ganando la partida. Esa idea —su origen, por qué perdura, cómo contribuyó inicialmente el mundo democrático a consolidarla y cómo podemos derribarla ahora— es el tema de este libro.

Los lazos de la codicia

En el verano de 1967, diversos capitalistas austriacos y alemanes occidentales de los sectores del gas y del acero se reunieron con un grupo de comunistas soviéticos en los tranquilos confines de un antiguo pabellón de caza de los Habsburgo próximo a Viena.[1] El ambiente debía de ser extraño. El ejército soviético se había retirado de Austria hacía tan solo doce años. Los soldados de Alemania Occidental aún miraban con hostilidad a los de Alemania Oriental a través de una frontera fortificada en Berlín. Los temores de una invasión soviética inminente se habían desvanecido, pero solo gracias a la amplia presencia militar de Estados Unidos en Europa.

Sin embargo, todos los presentes tenían intereses en común. Los ingenieros soviéticos acababan de descubrir enormes yacimientos de gas en Siberia occidental. Gracias a las nuevas tecnologías, el gas era cada vez más limpio, barato y fácil de transportar. Construir gasoductos del este comunista al oeste capitalista parecía una excelente manera de que ambas partes se beneficiaran. El grupo habló y acordó volver a reunirse. La conversación continuó en otras ciudades, pasando del precio del gas al coste del crédito y a la tecnología para construir gasoductos. En febrero de 1970, Alemania Occidental y la Unión Soviética cerraron finalmente el acuerdo que

culminaría en la construcción del primer gasoducto entre la Unión Soviética y Europa occidental.[2]

Antes de ese acuerdo, los intercambios económicos entre Europa occidental o Estados Unidos y la Unión Soviética habían sido mínimos y no habían supuesto nada mucho más complejo que el comercio de figurillas, madera y cereales, además de unos pocos turbios acuerdos mineros. Desde el momento en que empezaron las conversaciones en el pabellón de caza de Austria, todos sabían que el comercio de gas sería distinto. Los gasoductos eran caros y permanentes. No podían construirse un día y desmontarse al siguiente, ni tampoco depender de los caprichos de un dirigente concreto. Tenía que haber contratos de larga duración y esos contratos debían estar arropados por un entramado de relaciones políticas previsibles.

Para Willy Brandt, ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental en esa época, esas relaciones previsibles constituían uno de los principales atractivos del proyecto. No le daba miedo que su país pasara a depender de la Unión Soviética. Por el contrario, presionó a sus negociadores para que ampliaran el acuerdo. Su argumentación era sobre todo política: creía que una relación económica de dependencia mutua haría impensable un conflicto militar en el futuro.[3] Cuando lo eligieron canciller, Brandt convirtió su *Ostpolitik* — «política del Este»— en uno de los pilares centrales de la política exterior alemana de posguerra. En los años siguientes, los gasoductos proporcionaron un vínculo físico entre Moscú y Bonn y, con el tiempo, Berlín, Roma, Ámsterdam, Helsinki y muchas otras ciudades europeas. Continuaron siendo el eje de la política exterior

alemana después de 1991, cuando la Unión Soviética se desintegró y Alemania se reunificó.

Con el tiempo, la *Ostpolitik* alemana también se convirtió en una teoría del cambio que no solo explicaba cómo las democracias podían comerciar con las autocracias, sino cómo podían transformarlas lenta y sutilmente. Egon Bahr, asesor de Brandt durante muchos años, describió la idea en un famoso discurso de 1963, en el que definió este concepto como *Wandel durch Annäherung* («cambio mediante el acercamiento»). Si Occidente era capaz de rebajar la confrontación, dialogar con el régimen de Alemania Oriental y ofrecerle comercio en vez de boicots, argumentaba, quizá sería posible una «relajación de las fronteras».[4] Bahr jamás pidió boicots ni sanciones contra Alemania Oriental y rara vez mencionó a los presos políticos, aunque sabía que los había; Alemania Occidental pagaba con frecuencia por liberar a disidentes de las cárceles de Alemania Oriental y, en los años anteriores a 1989, se gastó más de tres mil millones de marcos alemanes en ese extraño tráfico de personas.[5] En vez de hablar claramente sobre los presos o los derechos humanos, Bahr recurrió a lo que el escritor Timothy Garton Ash ha llamado «imprecisión emotiva» para eludir el tema.[6]

No todos estaban tan seguros de los acuerdos referentes al gasoducto. Richard Nixon siempre creyó que el verdadero propósito de las conversaciones y negociaciones de la Unión Soviética con Brandt y Bahr era, en sus propias palabras, «separar a Alemania de la OTAN».[7] A Jimmy Carter, que quería anteponer la defensa de los derechos humanos al comercio, le desagradaba tanto la *Ostpolitik* que impuso un boicot a la venta a Alemania de algunas de sus

tecnologías relacionadas con el gasoducto después de que la Unión Soviética encarcelara a dos disidentes, Alexandr Ginzburg y Natan Sharansky, en 1978. Enfurecido, Helmut Schmidt, canciller alemán en esa época, dijo que Carter era un «predicador idealista» que no sabía nada de Rusia.[8] La Administración Reagan dio un paso más imponiendo controles a la exportación de componentes para el gasoducto tras la declaración de la ley marcial en Polonia en 1981, impidiendo trabajar en él a las empresas estadounidenses y prohibiendo a las compañías extranjeras participantes operar en Estados Unidos, todas ellas medidas radicales en esa época.

Nixon, Carter y Reagan no estaban motivados ni por el rencor ni por el puro interés comercial, sino más bien por sus dudas sobre las consecuencias políticas de comerciar con una autocracia. Aunque Alemania era el contratista principal, el gas beneficiaba a muchos países, lo que podía volver a todo el continente dependiente de la buena voluntad soviética. ¿Podrían los gasoductos utilizarse como chantaje? El secretario de Defensa de Reagan, Caspar Weinberger, expresó su preocupación respecto a la necesidad de limitar «la influencia económica soviética sobre Occidente».[9]

Esa conversación tenía un trasfondo moral y político más profundo: el comercio entre ambos bloques ¿enriquecía y fortalecía al Estado soviético y a su imperio? Desde la época de la Revolución bolchevique, los objetivos de la política exterior del Kremlin incluían explícitamente la desestabilización de las democracias europeas. Durante los años setenta y ochenta, la Unión Soviética apoyó a grupos terroristas en Alemania Occidental e Italia, prestó ayuda a movimientos extremistas en todo el continente europeo y en el resto del mundo y eliminó a la oposición política en Europa del Este,

incluida Alemania Oriental. Sin embargo, el gas seguía circulando hacia el oeste y las divisas fuertes lo hacían hacia el este, lo que proporcionaba a Moscú fondos que contribuían a mantener al mismo Ejército Rojo contra el que la OTAN tenía que estar preparada para luchar y al mismo KGB contra el que competían los servicios de seguridad occidentales. Si ese comercio daba poder a Moscú, ¿era verdaderamente beneficioso? ¿Cuáles eran los costes ocultos? Mientras existió la Unión Soviética, esa paradoja de la política estadounidense y europea jamás se resolvió del todo y continuó sin solucionarse después de la desintegración de la Unión Soviética.

En los años noventa, una época en la que casi todo el mundo esperaba disfrutar de los dividendos de la paz recién inaugurada y pasar lo que le quedaba de vida hablando de programas de televisión, apenas nadie mencionaba los costes ocultos de nada. Eran los tiempos de «¿El fin de la Historia?» de Francis Fukuyama, el ensayo publicado originalmente en 1989 en la revista de relaciones internacionales *The National Interest* que muchos malinterpretaron como un mensaje ingenuo y optimista de que todo era para bien en el mejor de los mundos posibles. «La democracia liberal triunfa, tarde o temprano todos la querrán y no se requiere ningún esfuerzo especial para promoverla; solo hay que tener paciencia y los efectos beneficiosos del comercio y la globalización obrarán su magia». El verdadero argumento de Fukuyama era más sutil, pero la versión simplificada cobró popularidad porque la gente quería que fuera cierta.

Y con razón: la idea de que la democracia liberal estaba predestinada a triunfar, incluso de que era inevitable, tenía mucho atractivo. Hacía que los habitantes de las democracias se sintieran virtuosos, puesto que ya vivían en la sociedad ideal. También les hacía sentirse mejor a los empresarios y banqueros que empezaban a ampliar sus inversiones a China y al mundo postsoviético. Si los viejos dilemas morales sobre invertir en autocracias se habían desvanecido, no necesitaban hacer nada especial para justificar su actuación.

Fue más o menos en esa época cuando la vieja frase de Bahr, *Wandel durch Annäherung* («cambio mediante el acercamiento»), se transformó en *Wandel durch Handel* («cambio mediante el comercio»). Esa agradable rima no solo sonaba mejor en alemán, sino que también reflejaba la realidad. En efecto, el comercio entre las democracias europeas occidentales de la posguerra, a través de un mercado común cada vez más integrado, había traído paz y prosperidad. Después de 1990, muchos esperaban que el comercio también enriqueciera a la mitad oriental del continente europeo y la acercara, política y culturalmente, a la mitad occidental. El principio de *Wandel durch Handel* se popularizó, en parte, porque era adecuado para el mundo del comercio, pero también porque describía la experiencia real de la gente corriente.

Se depositó tanta confianza en la eficacia del comercio que algunos enseguida olvidaron las medidas más contundentes que también contribuyeron a la reunificación de Europa. En 2014, Berlín conmemoró el vigésimo quinto aniversario de la caída del Muro de Berlín y yo asistí a las celebraciones oficiales, presididas por la canciller alemana, Angela Merkel. Mijaíl Gorbachov estaba presente,

como una especie de símbolo de la victoria, al igual que Lech Wałęsa. Sin embargo, apenas se mencionó al presidente George H. W. Bush, quien, de hecho, había negociado el fin de la Unión Soviética y la desintegración de su imperio. Tampoco se prestó mucha atención a las tropas estadounidenses que contribuyeron a disuadir a los soviéticos de atacar durante tantas décadas y que estaban (y siguen) estacionadas en Alemania. La violencia, los soldados, los ejércitos y, sobre todo, las armas nucleares se habían borrado de la historia.

Los alemanes creían que el comercio y la diplomacia habían reunificado su país. También creían que el comercio y la diplomacia ayudarían, con el tiempo, a normalizar las relaciones entre Rusia y Europa. En paralelo, y por razones similares, muchos estadounidenses y europeos empezaron a creer que el comercio traería asimismo la armonía al Pacífico mediante la integración de China en el mundo democrático. También ellos tenían motivos para abrigar esperanzas; entre las diversas facciones que se disputaban el poder en China, algunas querían reformas liberales. Como ha escrito en fechas recientes el intelectual Julian Gewirtz, los economistas chinos de esa época mantuvieron una extraordinaria red de contactos con economistas occidentales, de los que adoptaron su análisis de los mercados y el comercio, así como su conocimiento de la relación entre crecimiento económico y cultura política. Una China más liberal, si no exactamente democrática, parecía posible, incluso para muchos chinos.[10]

No obstante, volviendo la vista atrás, resulta sorprendente la rapidez con la que tantos analistas y dirigentes occidentales de todo el espectro político se aferraron al más optimista de los diversos

escenarios posibles. Ya en 1984, a los pocos años de iniciarse las reformas de Deng Xiaoping, Ronald Reagan visitó China y declaró, en un discurso alegre, optimista y positivo, que «ambas partes tienen mucho que ganar con mayores oportunidades para comerciar y establecer relaciones culturales. —Estaba seguro de haber visto señales de un cambio más profundo—. La primera inyección del espíritu de libre mercado ya ha dinamizado la economía china. Creo que también ha hecho más feliz a la población china y ha abierto el camino a una sociedad más justa».[11]

Más de una década después, Bill Clinton, un presidente de una generación y un signo político distintos, declaró que «la interdependencia cada vez mayor tendría un efecto liberalizador en China. [...] Los ordenadores e internet, las máquinas de fax y las fotocopiadoras, los módems y los satélites aumentan todos ellos la exposición a personas, a ideas y al mundo más allá de las fronteras de China».[12] En 2000, cuando defendió el ingreso de China en la Organización Mundial del Comercio, expuso este argumento con más contundencia aún. «Creo que la disyuntiva entre derechos económicos y derechos humanos, entre seguridad económica y seguridad nacional, es falsa», dijo ante el público en la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados de la Universidad Johns Hopkins.[13] La transcripción recoge las reacciones del público:

No hay duda de que China ha estado intentando tener más control sobre internet. (*Risas*)

¡Buena suerte! (*Risas*)

Es como intentar clavar gelatina en la pared. (*Risas*)

Mirando atrás, el optimismo de Clinton era extraordinario. «En la economía del conocimiento —dijo—, la innovación económica y la capacidad de participar en el empoderamiento político, nos guste o no, irán inevitablemente de la mano». Muchos otros compartían su optimismo. En 2008 Gerhard Schröder, el canciller alemán que fue más o menos contemporáneo a la presidencia de Clinton, escribió un artículo titulado «Por qué necesitamos a Pekín», en el que elogiaba lo que, en su opinión, eran señales de «progreso en el camino de China hacia una sociedad constitucional, justa y, algún día, estoy seguro, también democrática», y pedía a Alemania que «mantuviera un diálogo sincero y justo con el país para que se impusieran los valores del Estado de derecho, la libertad y, al final de un proceso de desarrollo, la democracia».[14]

No todos se mostraban tan confiados. Una amplia coalición de políticos y sindicalistas intentó impedir la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio porque temían sus efectos en los trabajadores de Occidente. Otros simplemente dudaban de que la relación diera los frutos que se esperaban de ella. Chris Patten, el último gobernador británico de Hong Kong, ha dicho que Gran Bretaña «se engañaba» al imaginar que una China más rica se convertiría automáticamente en una democracia.[15] Sin embargo, con todas las conversaciones sobre China y Rusia que hubo en los años noventa, y pese al debate acerca del efecto económico que la apertura de las fronteras podría tener sobre los mercados de Occidente, casi nadie habló del impacto político sobre las democracias occidentales.

Todos suponían que, en un mundo más abierto e interconectado, la democracia y las ideas liberales se extenderían a los estados

autocráticos. Nadie imaginaba que, por el contrario, la autocracia y el iliberalismo lo harían al mundo democrático.

La autocracia es un sistema político, una manera de estructurar la sociedad, un modo de organizar el poder. No es un rasgo genético. No hay culturas, lenguas o religiones específicas que la generen forzosamente. Ningún país está condenado para siempre a la autocracia, de igual manera que ningún país tiene garantizada la democracia. Los sistemas políticos cambian. A finales de los años ochenta, durante la explosión de diálogo y debate públicos conocida como glásnost, muchos rusos creían que Rusia podía cambiar.

Más aún, muchos rusos de esa época creían que su país estaba al filo de una transformación histórica positiva, quizá incluso de una transformación democrática liberal. *Izvestiya*, el periódico oficial del Gobierno soviético, declaró que «las ideas destruidas y despojadas de valor de democracia y libertad empiezan a cobrar impulso».[16] Andréi Sájarov, físico y disidente, habló de la «regeneración» de la sociedad soviética sobre una nueva base moral. «Las mentiras corruptoras, el silencio y la hipocresía» podrían, a su juicio, desterrarse para siempre. No se trataba solo de la opinión de una minoría selecta. Los sondeos realizados en toda la Unión Soviética en 1989 no reflejaron ningún anhelo de dictadura profundo y atávico. Por el contrario, nueve de cada diez encuestados declararon que era importante que los ciudadanos «se expresaran libremente».[17] Llevaban esa idea a la acción: a finales de los años ochenta, la gente discutía sobre todo en la Unión Soviética. Recuerdo pequeños grupos de personas reunidos en los parques públicos, discutiendo y debatiendo. Todo el mundo tenía la sensación de que algo trascendental estaba ocurriendo y algunos creían que sería positivo.

Tras la desintegración de la Unión Soviética en 1991, el principio de *Wandel durch Handel* también cobró fuerza en Rusia. Los reformistas creían que una interacción intensa y rápida con el resto del mundo los ayudaría a acabar con el viejo sistema disfuncional de planificación centralizada y a crear un nuevo orden político y económico. «Estaba totalmente seguro de que lo lograríamos —dijo Yegor Gaidar, el economista ruso que promovió la estrategia de la “terapia de choque”—. Estaba totalmente seguro de que no había otro camino y, también, de que una demora era un suicidio para el país».[18] Sin embargo, otros tenían planes distintos.

Entre ellos estaba Vladímir Putin. En un breve documental realizado en febrero de 1992, Putin, entonces teniente de alcalde de San Petersburgo, también se pronunció a favor de las pequeñas empresas. «La clase empresarial debe convertirse en la base del florecimiento de nuestra sociedad en conjunto», afirmó. Con lo que parecía verdadera convicción, animaba a los interlocutores de Occidente a invertir en la industria rusa. Décadas después, el director del documental, Igor Shadkhan, dijo a la periodista Catherine Belton que Putin «me convenció por completo». Parecía, añadió Shadkhan, un hombre «que impulsaría al país hacia delante, que de verdad haría algo».[19]

En efecto, cuando lo nombraron presidente, Putin impulsó al país en una nueva dirección. Al igual que los economistas liberales, quería reformar el sistema económico soviético y esperaba que Rusia pudiera enriquecerse. Sin embargo, seguía teniendo nostalgia del imperio soviético, cuyo hundimiento describía como una «catástrofe geopolítica», y, por supuesto, no quería regenerar la sociedad soviética sobre una nueva base moral. Karen Dawisha, autora de

uno de los primeros libros que exponen en detalle el proyecto político de Putin, observó que muchos describían erróneamente a la Rusia de los años noventa como «un sistema democrático incipiente que estaba viéndose lastrado por la historia, los autócratas accidentales, la inercia popular, la incompetencia burocrática o los malos consejos de Occidente».[20] La verdadera historia de esa década fue muy distinta: «Desde el principio, Putin y su círculo trataron de instaurar un régimen autoritario gobernado por una camarilla muy unida [...] que utilizaba la democracia como adorno más que como guía».

El Estado que finalmente surgió a mediados de la primera década del siglo XXI ya no era una superpotencia. Sin embargo, Rusia continuó siendo influyente, más de lo que muchos comprendieron en su momento, como modelo e inspiración para muchas otras dictaduras modernas. La Rusia de Putin no era un anticuado Estado totalitario aislado y autárquico. Tampoco era una dictadura pobre, dependiente por completo de donantes extranjeros. Por el contrario, representaba algo nuevo: una cleptocracia autocrática en toda regla, un Estado mafioso construido y gestionado con el solo propósito de enriquecer a sus dirigentes.

Ese proyecto se puso en marcha mucho antes de lo que cree la mayoría. Probablemente, la idea empezó a tomar forma en el cuartel general del KGB de Dresde, donde Putin estaba destinado en los años ochenta y donde los equipos del KGB y la Stasi ya habían empezado a tejer su red de espías, pisos francos y cuentas bancarias secretas.[21] No eran los únicos; desde el principio, el «capitalismo» ruso se concibió para favorecer a las personas cercanas al poder que sabían cómo sacar y ocultar dinero en el

extranjero. En Rusia jamás se jugó en igualdad de condiciones y nunca se permitió que los mercados competitivos operaran sin restricciones. Nadie se hizo rico mejorando un producto o servicio. Los que prosperaron lo hicieron gracias a favores concedidos por el Estado de manera voluntaria u obligada. Esos fueron los verdaderos beneficiarios de ese sistema, los oligarcas cuyas fortunas dependían de sus contactos políticos.

En 1992, el año en el que Shadkhan entrevistó al futuro presidente ruso, Putin ya era el ejecutor y quizá el principal beneficiario de un plan pensado para robar dinero a la ciudad de San Petersburgo. Esa primera estafa ya ha sido investigada y descrita en numerosas ocasiones —dentro de Rusia, al principio, por el Ayuntamiento de San Petersburgo; fuera de Rusia, por Dawisha, Belton, Masha Gessen y otros— y era relativamente sencilla. En su función de teniente de alcalde, Putin concedió permisos para la exportación de materias primas como gasóleo, cemento y abonos. Esas remesas, compradas en Rusia a precios bajos fijados por el Estado, debían venderse a precios más altos en el extranjero para comprar alimentos. Las mercancías se vendieron, pero el dinero desapareció, desviado a las cuentas bancarias de un oscuro grupo de empresas pertenecientes a amigos y colegas de Putin.[22]

Pronto llegarían otras tramas más complejas. Estaban relacionadas con propiedades en Rusia, sociedades fantasmas en España, empresas rusofinlandesas, testaferros alemanes y cuentas bancarias en muchos países distintos, algunas de ellas creadas probablemente años antes. Al igual que la estafa alimentaria de San Petersburgo, la historia de esas inversiones y tramas ya se ha contado. Pero, por lo general, se hace hincapié en los actores y víctimas rusos. Aquí me

gustaría llamar la atención sobre un aspecto de la historia del origen de Putin que se menciona con menos frecuencia: el papel de las instituciones, empresas, abogados y políticos occidentales legítimos que posibilitaron sus tramas, se beneficiaron de ellas o las encubrieron. El teniente de alcalde de San Petersburgo se enriqueció gracias a las empresas de Occidente que compraron las exportaciones, a los reguladores de Occidente que dejaron pasar los contratos irregulares y a los bancos de Occidente que extrañamente no sintieron curiosidad por los nuevos flujos de dinero que entraban en sus cuentas.

Lo mismo puede decirse de otra famosa trama que también data de 1992, año en el que Putin y un grupo de colegas y socios de Rusia, Alemania y Liechtenstein registraron en Frankfurt la compañía inmobiliaria Saint Petersburg Holding Company. En 1998 la empresa empezó a cotizar en la Bolsa de Frankfurt, con Putin como miembro del consejo asesor. En 1999 el Servicio Federal de Inteligencia alemán publicó un informe en el que denunciaba que la empresa blanqueaba dinero ruso y del narcotráfico internacional. En 2000, justo después de la investidura de Putin como presidente de Rusia, la policía de Liechtenstein detuvo a Rudolf Ritter, uno de los socios originales de Putin. En ese punto, la investigación pareció frenarse. Hasta 2003, la policía no hizo por fin redadas en las veintisiete oficinas y bancos vinculados a la compañía inmobiliaria de San Petersburgo en Alemania. Nunca se presentaron cargos contra Putin. [23]

En esta historia, la cooperación de Occidente fue fundamental de principio a fin. La operación de blanqueo de dinero requirió la participación, entre muchos otros, de Ritter, que, casualmente, era el

hermano del ministro de Economía de Liechtenstein; de los otros socios de Alemania y Liechtenstein, junto con sus abogados y contables; de los funcionarios de la Bolsa de Frankfurt e incluso del canciller alemán, Gerhard Schröder —el mismo que estaba tan seguro de que el comercio llevaría el cambio político a China—. Supuestamente, (aunque más adelante lo negó), Schröder mantuvo informado a Putin de la investigación en nombre de la paz, la prosperidad y el *Wandel durch Handel* .[24]

El sistema político que acabó convirtiéndose en la Rusia putinista era producto de dos mundos: por una parte, el entorno del KGB, con su dilatada experiencia en el blanqueo de dinero, adquirida después de llevar años financiando a terroristas y a agentes durmientes, y, por otra, el mundo igual de cínico y amoral de las finanzas internacionales. Mientras los líderes políticos de Occidente hablaban de «democracia» y «Estado de derecho» en Rusia, las empresas e instituciones financieras occidentales contribuían a instaurar la autocracia y la falta de ley y orden, y no solo en Rusia. Antes de que Gran Bretaña devolviera Hong Kong a China, a algunos empresarios británicos y de otros países no les entusiasmaba la perspectiva de reformas democráticas en la colonia porque esperaban entablar relaciones con el nuevo régimen. Chris Patten ha escrito que incluso algunos funcionarios británicos pensaban así.

Cuando Putin llegó a la presidencia, ya conocía bien el doble rasero de las democracias occidentales, que predicaban valores liberales en su país, pero no tenían reparos en ayudar a establecer regímenes iliberales en el resto del mundo. En su primera década en el cargo, hizo lo mismo, utilizando los eslóganes de la democracia mientras construía lo que acabaría siendo una dictadura. En un

discurso a la nación del año 2000, declaró que «solo un Estado democrático es capaz de garantizar el equilibrio de intereses del individuo y la sociedad al combinar la iniciativa privada con las metas nacionales».[25] En 2002 dijo que, en un Estado democrático, debe haber «Estado de derecho, elecciones libres y respeto a los derechos humanos».[26]

Sin embargo, aunque Rusia se diseñó para parecer una democracia, lo suficiente, al menos, para engañar a los inversores extranjeros, no hubo vencedores accidentales en las elecciones rusas porque no hubo candidatos accidentales. Para aparentar que había opciones de voto, se puso mucho esmero en que surgieran opositores autorizados por el régimen que nunca cuestionaban el *statu quo*. Entretanto, a los verdaderos opositores al Kremlin les daban palizas en las manifestaciones, los encarcelaban, los hostigaban y los insultaban. En 2013, para dar un barniz de legitimidad a las elecciones, se permitió que Alexéi Navalni, quien acabó convirtiéndose en el crítico más eficaz de Putin, se presentara a la alcaldía de Moscú, pero atrajo demasiados apoyos. Durante esa campaña fue condenado por falsos cargos de corrupción; inmediatamente después, fue puesto bajo arresto domiciliario.

El capitalismo ruso no era distinto. Los bancos parecían bancos, pero no lo eran; muy a menudo, eran operaciones de blanqueo de dinero. Las empresas parecían empresas, pero también podían ser fachadas, instrumentos para que los muy ricos desviarán activos del Estado. Incluso para las verdaderas empresas, el mercado operaba dentro de unos límites: si el Kremlin decidía acabar con una empresa, tenía esa capacidad y a veces lo hacía. En 2004 Mijaíl Jodorkovski, presidente de la petrolera Yukos y en ese momento el

hombre más rico de Rusia, fue detenido y condenado a prisión. Jodorkovski pasó la década siguiente en un campo de trabajos forzados. Yukos se vio abocada a la quiebra y se vendió en subasta pública a un comprador desconocido hasta ese momento cuya empresa compartía dirección con una tienda de telefonía móvil de la ciudad de Tver, al noroeste de Moscú. Pocos días después, la misteriosa empresa vendió Yukos a Rosneft, una petrolera cuyo accionista mayoritario era el Gobierno ruso. El director general de Rosneft también era jefe adjunto del gabinete de Putin.

A su debido tiempo, Rosneft empezó a cotizar en la Bolsa de Londres, respaldada por algunos de los nombres más prestigiosos del mundo financiero. Como casi las tres cuartas partes del valor de Rosneft, que ascendía a casi ochenta mil millones de dólares, se habían generado a partir de activos robados, ABN AMRO Rothschild, Dresdner Kleinwort Wasserstein, J. P. Morgan y Morgan Stanley — junto con Linklaters (los abogados de Rosneft) y Ernst & Young (sus contables)— tenían que dejar muy claras las circunstancias en los documentos de la salida a bolsa. «La delincuencia y la corrupción podrían crear un clima empresarial difícil en Rusia», [27] señalaba el prospecto. Por si alguien tenía dudas sobre quién era el dueño de la empresa, el prospecto precisaba que la mayor parte de la compañía seguiría estando controlada por funcionarios del Gobierno, personas «cuyos intereses pueden no coincidir con los de otros accionistas [...] y pueden provocar que Rosneft se embarque en prácticas empresariales que no maximicen el valor de las acciones». No obstante, parece que estas compañías ganaron más de cien millones de dólares con la venta.

Debidamente advertidos, los inversores londinenses compraron las acciones de todos modos. Poco después de la venta, en julio de 2006, el G8 —el grupo original del G7 formado por las siete democracias más ricas, más Rusia— se reunió en un palacio zarista suntuosamente reformado a las afueras de San Petersburgo. Putin fue el anfitrión. En una rueda de prensa celebrada durante esa cumbre, declaró que toda la labor que estaba realizando tenía por objeto hacer «irreversible este proceso de democratización y puesta en marcha de la economía de mercado en la Federación Rusa. También va encaminada a crear las condiciones necesarias para que el pueblo ruso pueda elegir libremente».[28]

Sin duda, Putin sabía que sus palabras no eran ciertas. Cabe suponer que los periodistas del público también lo sabían y es muy probable que los demás presidentes y primeros ministros de la cumbre también lo supieran. Sin embargo, fueron pocos los que pusieron objeciones, entre otras cosas porque había muchos habitantes del mundo democrático a los que les beneficiaba aceptar esa mentira.

En 2010, las cosas empezaron a ir mal en la planta siderúrgica de Warren, Ohio, una ciudad del cinturón del óxido que más adelante votaría a Donald Trump por partida doble. Un panel de refrigeración comenzó a perder agua y el operario del horno no vio la fuga a tiempo; el agua entró en contacto con el acero fundido, lo que provocó una explosión que mandó al hospital a varios trabajadores con quemaduras y otras lesiones. Un año después, otra explosión causó otro desastre. Una investigación federal reveló gran cantidad

de infracciones de seguridad. «No hacían más que recortar gastos —dijo un empleado—. Tenían una plantilla mínima. No contrataban más personal». Unos años después, la planta cesó su actividad. En enero de 2016, cerró definitivamente. Unas doscientas personas perdieron su empleo.

Así es como Casey Michel, el autor de *American Kleptocracy*, describió la planta siderúrgica Warren Steel en 2021:

Hay profundos agujeros en el revestimiento de las paredes y los desconchones en la pintura amarilla y azul se alternan con manchas de óxido y salpicaduras de barro. Solares vacíos y ventanas que faltan, armarios abollados y despachos desordenados —no se sabe si destrozados por ladrones o por antiguos empleados— completan la estampa. La fábrica parece sacada de un futuro distópico —o de ciertas partes de la antigua Unión Soviética.[29]

Michel eligió bien sus palabras, porque la planta siderúrgica estaba, de hecho, sacada «de ciertas partes de la antigua Unión Soviética». Cuando cerró, Warren Steel pertenecía a Ígor Kolomoiski, un oligarca ucraniano que se enriqueció durante la época en la que Ucrania, como gran parte del resto del mundo postsoviético, seguía el camino de Rusia hacia la dictadura y la cleptocracia. Según el Departamento de Justicia de Estados Unidos, Kolomoiski compró la fábrica, junto con otras propiedades del Medio Oeste, por un valor de cientos de millones de dólares, como parte de una operación de blanqueo de dinero relacionada con la estafa a PrivatBank, un banco minorista de Ucrania.[30] Probablemente, el oligarca necesitaba canalizar dinero que se había obtenido de manera ilícita hacia algo «real» para ocultar su procedencia (y quizá para utilizarlo como garantía en préstamos legítimos). También es posible que Kolomoiski

confiara en que las ciudades y fábricas del cinturón del óxido de Estados Unidos estuvieran tan desesperadas por conseguir metálico que pasaran por alto la procedencia de su dinero.

Puede que tuviera razón. Durante décadas, los agentes inmobiliarios estadounidenses no estuvieron obligados a investigar la procedencia del capital de sus clientes como hacen los banqueros y otros empresarios.[31] Hace tiempo que es posible, tanto en Estados Unidos como en muchos países europeos, comprar propiedades de forma anónima a través de empresas fantasma. Uno de cada cinco pisos de los edificios que pertenecen a Trump o que llevan su marca es de propiedad anónima, por poner un ejemplo pertinente.[32] Puede que no todos esos propietarios misteriosos sean blanqueadores de dinero, pero, si lo fueran, jamás lo sabríamos. Se sabe que al menos trece personas con vínculos probados o presuntos con la mafia rusa han sido propietarias o han hecho negocios en pisos de edificios de la marca Trump. Sin embargo, mientras fue presidente de Estados Unidos, las empresas con propietarios misteriosos siguieron comprando pisos en edificios suyos; si fue una manera de contribuir a la campaña, jamás lo sabremos.

Durante la fiebre de compras de Kolomoiski, que duró de 2006 a 2016, diversas empresas relacionadas con él adquirieron media docena de plantas siderúrgicas, cuatro bloques de oficinas, un hotel y un palacio de congresos en Cleveland, un complejo de oficinas en Dallas y una fábrica de Motorola inactiva cerca de Chicago. Sin embargo, pocas de las personas que vivían o trabajaban en esas propiedades habrían tenido la menor idea de quién era él ni de que el capital provenía originalmente de PrivatBank, ya que el dinero

para las compras llegaba al Medio Oeste a través de empresas fantasma en Chipre, las Islas Vírgenes Británicas y Delaware, con la ayuda de la filial del Deutsche Bank en Estados Unidos, recorriendo la misma ruta que sigue el dinero ruso, kazajo, azerí, chino, angoleño o venezolano cuando sale de las autocracias cleptocráticas para entrar en los mercados y las instituciones financieras de América del Norte y Europa. Kolomoiski, que niega haber cometido ninguna irregularidad (y sigue luchando contra la nacionalización de PrivatBank en los tribunales ucranianos y europeos), apenas es conocido en Cleveland.[33]

En verdad, lo que desbarató su plan no fue ninguna investigación de Estados Unidos, sino la revolución ucraniana del Euromaidán en 2014, las mismas manifestaciones callejeras que convencieron al presidente prorruso de Ucrania, Víktor Yanukóvich, para que huyera del país. Los manifestantes que acudieron a la plaza central de Kiev pedían tanto democracia como el fin de la clamorosa corrupción en la que estaba sumido su país. Los dos presidentes ucranianos que lo sucedieron, Petró Poroshenko y Volodímir Zelenski, intentaron llevar a Ucrania por un camino distinto, entre otras cosas mediante la investigación de PrivatBank. Pero, mientras que sus esfuerzos han recibido mucha atención y críticas justificadas, no ha ocurrido lo mismo con los estadounidenses que formaron parte de la aventura de Kolomoiski en Estados Unidos.

Por el contrario, cuando los estadounidenses condenan la corrupción rusa, ucraniana o postsoviética, rara vez tienen en cuenta el papel que sus conciudadanos han desempeñado, o siguen desempeñando, para hacerla posible. Chaim Schochet, de Miami, tenía veintitrés años cuando empezó a comprar bienes raíces en

Cleveland por encargo de Kolomoiski. Mordechai Korf, otro empresario de Miami, se convirtió en el director general de Optima Specialty Steel, la empresa que poseía propiedades industriales en Estados Unidos adquiridas con dinero de Kolomoiski. Tanto Korf como Schochet utilizaron los servicios de un abogado estadounidense, Marc Kasowitz, que también representó a Donald Trump durante la investigación sobre sus vínculos con Rusia, entre otras batallas legales. En defensa de sus clientes, Kasowitz arguyó que ni Korf ni Schochet tenían conocimiento de ninguna irregularidad por parte de Kolomoiski.

Se tardó mucho tiempo en destapar su presunta trama, en parte porque muchas de sus inversiones no tienen sentido para nadie que compre propiedades con el propósito de gestionarlas bien y obtener beneficios. Su trama, como las ventas de Trump a clientes misteriosos, solo tiene sentido en el arcano mundo de la cleptocracia internacional, un universo alternativo cuyas reglas son claramente tan distintas a las de la economía cotidiana que los observadores han inventado nombres especiales para él. El periodista británico Oliver Bullough lo ha llamado «Moneyland», título de su libro de 2019. Tom Burgis, periodista de investigación del *Financial Times*, lo ha denominado «Cleptopía», título de su libro de 2020. Ellos y otros han señalado repetidas veces que ese mundo aparte, creado al alimón por el mundo autocrático y la comunidad financiera internacional, es muy grande y muy rico. Empresas fantasma de propiedad anónima y fondos domiciliados en paraísos fiscales como Jersey y las Islas Caimán ocultan lo que podría representar hasta el 10 por ciento del PIB mundial. Se trata de dinero procedente de operaciones de narcotráfico, ocultado a las autoridades fiscales o, en

el caso de Kolomoiski, presuntamente robado a ucranianos de a pie. En ese mundo, robar tiene premio. No se pagan impuestos. Las fuerzas del orden son inoperantes y están infradotadas. Las normativas deben eludirse a toda costa.

La mayoría de los ciudadanos de las democracias del mundo son vagamente conscientes de ese universo alternativo, pero imaginan que existe en países lejanos o en islas tropicales exóticas. Se equivocan. En octubre de 2021, el Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación, una organización sin ánimo de lucro que agrupa periódicos de todo el mundo, publicó fragmentos de los Papeles de Pandora, una gran cantidad de documentos filtrados que detallan las operaciones de los paraísos fiscales y las personas que tienen dinero en ellos. Entre otras cosas, los documentos dejaron claro cuánto flujo financiero clandestino circula no solo por el Caribe, sino por Estados Unidos y Gran Bretaña. Hay nigerianos ricos que poseen en secreto propiedades británicas por un valor de trescientos cincuenta millones de libras. El rey de Jordania utilizó legalmente empresas fantasma para comprar casas en Londres y Ascot en Inglaterra. La investigación del consorcio también mostró, por primera vez de manera tan accesible, cómo Delaware, Nevada, Dakota del Sur y Wyoming —estados de lo más normales, llenos de ciudadanos de lo más normales— han creado instrumentos financieros que los inversores anónimos pueden utilizar para ocultar su dinero al mundo.

A menudo lo hacen yéndose a vivir a lugares de lo más corrientes, donde nadie espera encontrarlos. En 2016, visité a unos amigos en Bramley, Hampshire, un pueblo rural con un pub, una iglesia medieval, verdes prados y una finca. La finca, llamada Beaurepaire

Park, la había comprado recientemente Elena Baturina, la esposa de Yuri Luzhkov, exalcalde de Moscú. Intrigada por el descubrimiento de que la única mujer multimillonaria de Rusia hubiera decidido experimentar la vida rural inglesa, busqué la casa en el Registro de la Propiedad británico. Aunque figuraba el precio de compra —5,5 millones de libras, unos 7,9 millones de dólares—, no encontré ningún nombre ruso. El propietario era Skymist Holdings Limited, la misma oscura empresa que estaba pagando la reforma integral. De no haberme enterado por casualidad de que habían visto al mismísimo exalcalde en el pub (y de no haberme escrito su abogado una carta amenazadora cuando mencioné la compra en *The Washington Post*), es posible que nunca hubiera podido determinar con certeza la identidad de la persona que se ocultaba detrás de Skymist Holdings Limited.

Lo que es difícil de entender, tanto para los residentes de los pueblecitos ingleses como para los habitantes de las ciudades industriales estadounidenses en decadencia, es que los nuevos clientes, vecinos o terratenientes que inyectan dinero en sus comunidades podrían estar haciéndolo por sus vínculos con un Estado que practica la represión y la violencia política. Para mantenerse en el poder, los autócratas modernos necesitan poder recibir dinero y ocultarlo sin que los importunen instituciones políticas que promueven la transparencia, la rendición de cuentas o el debate público. El dinero, a su vez, los ayuda a consolidar los instrumentos de represión. Esa es la razón, junto con sus delirantes sueños de hacer historia, de que Putin odiara tanto el activismo democrático ucraniano y se enfureciera tanto con la revolución

ucraniana de 2014; si un movimiento similar se hiciera con el poder en Rusia, él sería el primero en ir a la cárcel.

La cleptocracia y la autocracia van de la mano; se refuerzan una a otra, pero también socavan cualquier otra institución que tocan. Los agentes inmobiliarios que no hacen demasiadas preguntas en Sussex o Hampshire, los propietarios de fábricas en quiebra impacientes por deshacerse de ellas en Warren, los banqueros de Sioux Falls dispuestos a aceptar depósitos misteriosos de clientes misteriosos...; todos ellos contribuyen a debilitar el Estado de derecho en su propio país y en el resto del mundo. La globalización de las finanzas, la gran abundancia de escondites y la benévola tolerancia que las democracias han mostrado hacia las prácticas corruptas extranjeras ofrecen hoy a los autócratas oportunidades que pocos podrían haber imaginado hace una o dos décadas.

La cleptocracia crece como un tumor maligno

El presidente Hugo Chávez llegó al poder en 1998, después de una ruidosa campaña a favor del cambio. Quería modificar la Constitución e incluso el nombre del país. La República de Venezuela, creada cuarenta años antes, era el país más rico de América del Sur y había sido una de las democracias más sólidas. También, como muchos estados petroleros, Venezuela era nepotista y corrupta, si bien al estilo de siempre. A veces, se sobornaba a los políticos; a cambio, ellos concedían en ocasiones contratos a sus amigos. Cuando los precios del petróleo cayeron en los años noventa, esos tejemanejes generaron mucho enfado. Chávez, un teniente coronel del ejército venezolano que había dado un golpe de Estado fallido en 1992, reconoció ese enfado y lo utilizó. Cuando salió de la cárcel, ganó unas elecciones presentándose contra la corrupta República de Venezuela. Prometió crear en su lugar una República Bolivariana de Venezuela más honrada.

Un año después —cuando aún se lo consideraba un reformista— el nuevo presidente venezolano se reunió con el jefe de la policía interna, Jesús Urdaneta. Los dos hombres se habían conocido cuando eran jóvenes cadetes del ejército. Juntos, habían planeado el golpe de Estado de 1992. Juntos, fueron a la cárcel cuando el golpe

fracasó. A Urdaneta se lo consideraba parte del círculo íntimo de Chávez.

Urdaneta fue a ver a Chávez porque tenía pruebas de que el nuevo Gobierno, supuestamente revolucionario, también había empezado a incurrir en prácticas corruptas. Informó al presidente de que varios altos cargos de su Gobierno estaban inflando las facturas de los contratos públicos, incluido el contrato para la impresión de la nueva Constitución propuesta por Chávez. Según explicó años después, Urdaneta instó a Chávez a poner fin a ese proceder. Si se negaba, dijo, se generalizaría.

Chávez lo escuchó, pero no dijo nada. Unas semanas después, pidió su dimisión de improviso. El Tribunal Supremo de Venezuela bloqueó cualquier intento de investigar la corrupción.[1] Como Urdaneta había predicho, la élite gobernante captó el mensaje: «Si eres leal, puedes robar».

Al igual que Putin, Chávez tomó una decisión. Nadie lo forzó a convertir Venezuela en una cleptocracia e incluso su propio jefe de inteligencia se sorprendió cuando lo hizo. Tampoco se vio de algún modo obligado a aceptar prácticas cleptocráticas por razones culturales o históricas o por el peso de los precedentes. Por el contrario, si se hubiera puesto del lado de Urdaneta y hubiera exigido honradez a todo el sector público, su popularidad podría haber aumentado. Su régimen podría haber tenido más posibilidades de mejorar realmente la vida de sus ciudadanos, que es lo que decía que quería hacer. En cambio, al igual que Putin, hizo un cálculo político distinto cuyo objeto no era traer la prosperidad a su país, sino mantenerse en el poder para siempre. Apostó a que los

funcionarios corruptos serían más manejables que los honestos, y acertó.

En los años siguientes, los compinches de Chávez apoyaron la campaña del presidente para eliminar todo tipo de rendición de cuentas y transparencia, tanto porque hacerlo los ayudaba a mantenerse en el poder como porque impedía que sus actividades se sometieran a examen. Al igual que Putin, Chávez fue debilitando poco a poco las instituciones democráticas de Venezuela —la prensa, los tribunales, la administración pública, los defensores del pueblo—, pese a proclamar su fe en la democracia. Sus partidarios también le siguieron la corriente en ese aspecto. Con el tiempo, el propio Estado empezó a actuar como un sindicato del crimen, un parásito que despojaba de recursos a su anfitrión. Los empleados del Estado, cómplices de ese proceso, adoptaron la táctica de la *omertà* : mantener la boca cerrada. Como todo el mundo infringía la ley, nadie quería hablar de ello.

Para los funcionarios que participaron, las ganancias fueron extraordinarias. Durante los catorce años que Chávez estuvo en el poder, Venezuela se embolsó casi ochocientos mil millones de dólares en ingresos por exportaciones de petróleo.[2] Es cierto que gran parte de ese dinero sirvió para financiar planes estatales de prestaciones sociales, los mismos planes que convencieron a sus admiradores extranjeros de que Chávez era un héroe progresista. Sin embargo, cientos de miles de millones de dólares de Petróleos de Venezuela, S. A. (PDVSA), la petrolera estatal, así como de otras empresas públicas venezolanas, acabaron en cuentas bancarias de todo el mundo. En 2017, unos investigadores descubrieron que varios altos cargos de PDVSA habían estado ocultando millones de

dólares robados en un banco portugués, el Banco Espírito Santo.[3] Una investigación de 2021 demostró que los bancos suizos ocultaban más de diez mil millones de dólares por cuenta de altos funcionarios que trabajaban en bancos, compañías eléctricas y otras entidades del Estado venezolano.[4] Ese mismo año, un grupo de periodistas destapó un fraude de una petrolera venezolana que ascendía a casi dos mil millones de dólares y que se había tramitado a través de bancos del Principado de Andorra.[5] Es de suponer que se cometieron más fraudes, imposibles de descubrir, a través de paraísos fiscales. Transparencia Venezuela, una organización sin ánimo de lucro que lucha contra la corrupción, ha documentado ciento veintisiete casos de corrupción relevantes relacionados solo con PDVSA, diecisiete de los cuales se cree que ascienden a más de mil millones de dólares.[6]

Robar de la industria petrolera no era la única fuente de ingresos ilícitos para los miembros del régimen. Aún más importante era una clase de corrupción que no había existido a tan gran escala con anterioridad: la industria de la manipulación de los tipos de cambio, creada por el bizantino sistema estatal de tipos de cambio múltiples. Al principio, esas oportunidades estaban abiertas a todos. Los jóvenes venezolanos que estudiaban en el extranjero podían solicitar una asignación de dólares baratos, que debían utilizar para pagarse los estudios. Miles de jóvenes de clase media enseguida descubrieron cómo burlar al sistema, lo que ocasionó un pequeño boom de venezolanos en academias de inglés de Dublín y sus alrededores. Iban a beber Guinness, aprender unas cuantas frases y sacar el máximo provecho de los tipos de cambio artificiales.

Otros no salieron nunca de Venezuela, sino que pagaron a centros académicos sin escrúpulos para que presentaran papeles que sugerían que habían estudiado en el extranjero. A continuación, los dólares baratos podían cambiarse en el mercado negro por muchos más bolívares venezolanos que los que había costado comprarlos, con lo que el estudiante obtenía unos miles de dólares de beneficio. El periodista Francisco Toro llama a esta masificación del fraude «democratización de la cleptocracia»,^[7] aunque, por supuesto, también había grandes defraudadores. Los que tenían contactos verdaderamente buenos descubrieron cómo solicitar cientos de millones de dólares para importar piezas de recambio, suministros médicos, equipos de telecomunicaciones, sustancias químicas, ordenadores. Si Venezuela necesitaba importar algo, alguien se encargaba de generar la documentación falsa y efectuar sobornos discretos, solo para obtener acceso a moneda barata.

Nadie sabe realmente cuánto se perdió. En Caracas en 2020, estuve sentada en una sala llena de gente que debatía cuánto dinero exactamente había robado el régimen —«¿más de doscientos mil millones de dólares?», «¿más de seiscientos mil millones?»—, un juego de salón que también se practica en Moscú. Jorge Giordani, un economista marxista que fue ministro de Economía y Finanzas de Chávez, ha calculado que la cantidad robada antes de 2013, el año de su muerte, fue, quizá, de trescientos mil millones de dólares.^[8] La pérdida es visible en el paisaje urbano de Caracas. Dispersos por la capital venezolana hay muchos edificios de pisos nuevos, pero vacíos, cuya existencia es, según se dice, un efecto secundario del blanqueo de dinero. Sin ningún otro lugar donde colocar el dinero ilícito, sus dueños lo almacenan en vidrio y hormigón con la

esperanza de que los precios inmobiliarios vuelvan a subir algún día. El impacto de esta práctica se extiende más allá de Caracas: un tribunal de Miami ha acusado a una red de altos funcionarios venezolanos de blanquear más de mil doscientos millones de dólares en propiedades y diversos activos en Florida y otros lugares.[9] Las investigaciones sobre ese y otros casos ocupan a organismos de orden público de todo el mundo.[10]

Durante mucho tiempo, el Estado venezolano no solo ocultó esos fraudes a la ley, sino también a la opinión pública. Siguiendo el ejemplo de la campaña de Putin para convencer al mundo de que creía en la democracia, Chávez persuadió a personas de dentro y fuera del país de que su Revolución bolivariana era beneficiosa para la gente corriente y sobre todo para los pobres. Atrajo a famosos y admiradores, especialmente de la extrema izquierda europea. En 2007 Hans Modrow, el último primer ministro comunista de Alemania Oriental, me dijo que el «socialismo bolivariano» de Chávez representaba su mayor esperanza: imaginaba que las mismas ideas marxistas que habían provocado la caída de Alemania Oriental lograrían, por fin, llevar la prosperidad a América Latina. Jeremy Corbyn, el líder de extrema izquierda del Partido Laborista británico, presumía de sus reuniones con Chávez y, en una ocasión, describió su régimen como una «inspiración para todos los que luchamos contra la austeridad económica y la economía neoliberal».[11]

Esos admiradores se sentían atraídos por el antiamericanismo, el neomarxismo y el populismo autoritario y ampuloso de Chávez, las imágenes creadas por la propaganda. Algunos de ellos quizá desconocieran la corrupción. Pero, si la conocían, les dio igual. La

ignoraron y desdeñaron su importancia, al menos hasta que toda la economía se hundió.

El declive empezó con la industria petrolera. El primer revés llegó en 2002-2003, cuando Chávez sumió al sector en el caos al despedir a diecinueve mil trabajadores petroleros que se habían declarado en huelga y sustituir a los expertos por partidarios del régimen.[12] Más tarde, los precios de las materias primas bajaron; más tarde aún, la Administración Trump impuso sanciones a PDVSA, lo que aceleró la caída. Casi al mismo tiempo, debido a los fraudes cambiarios, Venezuela empezó a padecer una escasez extrema de todo. Miles de millones (o quizá decenas de miles de millones) de fondos estatales se habían volatilizado sin dejar rastro, toda la moneda extranjera del país se había ocultado en cuentas particulares de paraísos fiscales, la hiperinflación se aceleró y los artículos importados desaparecieron.

Acabaron reapareciendo, pero solo para algunos. Cuando estuve en Caracas en 2020, vi tiendas que aceptaban monedas fuertes donde los venezolanos con acceso a dólares podían comprar cereales Cheerios o kétchup Heinz. Entretanto, los que no tenían dólares se enfrentaban al hambre y a la desnutrición, si no a la inanición absoluta. La organización benéfica católica Cáritas estimó en 2019 que el 78 por ciento de los venezolanos comían menos que antes y que el 41 por ciento pasaban días enteros sin probar bocado. Los médicos de los hospitales venezolanos recibieron presiones para no incluir la desnutrición ni como causa de enfermedad ni como causa de muerte. Susana Raffalli, una reconocida experta en seguridad alimentaria, me contó que había sido testigo de una escena inaudita en un hospital: los padres de un niño que había muerto de inanición intentaron entregarle el cadáver

porque temían que los funcionarios del Estado se lo llevaran para ocultarlo. También visitó una zona rural donde los niños salían de la escuela a mediodía para cazar pájaros o iguanas que se cocinaban y consumían a la hora de comer.

La corrupción, como se vio, no era un efecto secundario menor de la Revolución bolivariana. La corrupción estaba en la base de la autocracia que había sustituido a la democracia, y los venezolanos lo sabían. Esa fue la razón de que, en los meses posteriores a la investidura de Nicolás Maduro como presidente en 2013, una serie de poderosas manifestaciones sacudieran el país. Se tenía la sensación de que el régimen tendría que haberse acabado con la muerte de Chávez y muchos esperaban que así fuera. En cambio, ese fue el momento en que Autocracia, S. A. se ofreció a ayudar.

¿Cómo sobrevive un Estado canalla cuando se le imponen sanciones? Tener nuevas vías de financiación como el narcotráfico, la explotación ilegal de minas, la extorsión, el secuestro o el contrabando de gasolina puede ayudar. En momentos distintos, diferentes miembros de la élite venezolana las han probado todas. Generales, exministros y funcionarios de los servicios de seguridad han sido sospechosos de traficar con cocaína e incluso condenados en firme.[13] Actualmente, la frontera colombovenezolana está sembrada de minas de oro ilegales. Los secuestros continúan siendo un peligro bien conocido en el trayecto entre el aeropuerto y el centro de Caracas.[14] Mis amigos me aconsejaron que llegara de día.

Sin embargo, un Estado que es miembro de Autocracia, S. A. también tiene otras opciones. Puede encontrar amigos y socios comerciales en otros estados sancionados, así como empresas a las que no solo no les molesta la corrupción, sino que están encantadas de fomentarla e incluso participar directamente. Cuando las empresas norteamericanas, sudamericanas y europeas empezaron a marcharse de Venezuela, ahuyentadas por la inestabilidad y el riesgo, hubo compañías rusas que, actuando tanto por iniciativa propia como en nombre del Estado, acudieron para ocupar su lugar. Rosneft, Gazprom, Lukoil y TNK-BP (un consorcio rusobritánico) invirtieron dinero en el petróleo, la agricultura e incluso el sector manufacturero venezolanos. Las exportaciones de cereales rusos subvencionados a Venezuela aumentaron y sustituyeron a los cereales que antes llegaban de Estados Unidos y Canadá. La gasolina importada de Rusia pasó a ser la única disponible en Venezuela. También llegaron a Caracas armas y equipamiento militar por un valor cercano a cuatro mil millones de dólares, incluidos cien mil fusiles Kaláshnikov, veinticuatro aviones de combate y cincuenta helicópteros.

Como las instituciones internacionales cada vez estaban menos dispuestas a prestarle dinero a Venezuela, China dio un paso al frente para ocupar su lugar. Al principio, se lo prestó sin condiciones, es decir, sin exigir reformas económicas o de otro tipo a cambio. Eso permitió primero a Chávez y después a Maduro, su sucesor, aplazar cualquier clase de ajuste financiero y continuar con las políticas que acabaron hundiendo la economía venezolana. En torno a 2013 o 2014, los chinos por fin se dieron cuenta de que podían no recuperar nunca los casi treinta mil millones de dólares prestados y de que un

sistema ferroviario de alta velocidad increíblemente costoso financiado por ellos que debía atravesar las llanuras meridionales poco pobladas de Venezuela jamás se terminaría.[15] Los contratistas venezolanos firmaban contratos y luego se fugaban, sin más ni más, con el dinero.

Como esa clase de corrupción parecía ser nueva incluso para ellos, los inversores chinos empezaron a pedir cambios en las políticas del Estado. En cierto momento, algunos funcionarios chinos, por fin conscientes de la importancia de la gobernanza, mantuvieron conversaciones clandestinas con la oposición venezolana. Sin embargo, esas preocupaciones jamás disuadieron a China de vender al Gobierno de Maduro tecnología de vigilancia, equipamiento de control de multitudes y material antidisturbios, junto con cañones de agua, pistolas de gases lacrimógenos y gigantescas paredes móviles que podían impedir que la gente formara multitudes, todos ellos instrumentos que ayudaron a evitar que la oposición accediera al poder.

Al igual que China, Cuba tenía razones tanto económicas como ideológicas para respaldar a Venezuela. Desde el comienzo de la presidencia de Chávez, los dos países se sintieron unidos por su postura contraria a Estados Unidos. Venezuela suministraba a Cuba petróleo subvencionado; a cambio, recibía del Gobierno cubano soldados, policías y expertos en seguridad e inteligencia —algunos para sustituir a venezolanos de los que Chávez no se fiaba—, así como entrenadores deportivos, médicos y enfermeras. Los espías cubanos siguen ayudando al régimen venezolano a reprimir la disidencia que surge cada cierto tiempo en el seno del ejército (a las familias de los soldados también les afecta la escasez de alimentos y

el descontento general), y Cuba también le ha enseñado a utilizar la escasez en su beneficio repartiendo raciones de alimentos entre sus partidarios y retirándoselas a los opositores como castigo. El hambre y la desnutrición, han aprendido los cubanos, también pueden ser instrumentos políticos.

En cambio, la cordial relación entre Venezuela y Turquía no parece ser fruto de la ideología, sino de los vínculos personales entre Recep Tayyip Erdoğan, el presidente turco, y Maduro. Ambos le tienen aversión a la democracia, así como a los movimientos anticorrupción dentro de sus países, y se sienten «ofendidos» por democracias consolidadas de todo el mundo. En una visita a Caracas en 2018, Erdoğan declaró que los habían insultado tanto a él como a Maduro: «A veces nos llaman “el sultán” o “dictador” [...]. No les prestamos atención».[16] Eso selló su amistad; Venezuela elude las sanciones, exporta oro a Turquía y recibe alimentos a cambio.

Sin embargo, ninguna de las relaciones exteriores de Venezuela es más improbable que los estrechos y profundos vínculos del régimen con Irán. Ambos países tienen poco en común desde el punto de vista histórico, geográfico o ideológico. La República Islámica es una teocracia; la República Bolivariana promueve, en teoría, el internacionalismo de izquierdas. Lo que las une es el petróleo, el antiamericanismo, la oposición a sus movimientos democráticos internos y la necesidad de aprender el oscuro arte de eludir las sanciones. Mientras que la mayoría de los países se relacionan entre sí sobre la base del comercio o la afinidad, Venezuela e Irán lo hacen a partir de un sentimiento de agravio compartido, así como de un interés común en la venta clandestina de petróleo.

Desde 2000, Irán ha aumentado su ayuda de manera sistemática, primero a Chávez y luego a Maduro. Los iraníes compraron oro venezolano y a cambio enviaron alimentos y gasolina. Se cree que asesoran a Venezuela en tácticas represivas contra los disidentes. También la ayudaron a construir una fábrica de drones (con un éxito relativo, según parece) y han enviado equipamiento y personal para contribuir a la reparación de refinerías de petróleo venezolanas. Los venezolanos, por su parte, podrían haber ayudado a blanquear dinero para Hezbolá,[17] el grupo terrorista respaldado por Irán, y se cree que también han proporcionado pasaportes a miembros de esa organización y a funcionarios iraníes.

La ayuda de Irán por sí sola habría mejorado mucho la situación del régimen venezolano. Sin embargo, la suma de Irán, Rusia, China, Cuba y Turquía lo ha mantenido a flote pese a su extrema impopularidad e incluso le ha permitido apoyar a autócratas en otros países. En octubre de 2022, cinco comerciantes de crudo rusos y dos españoles fueron acusados formalmente en Estados Unidos de participar en un elaborado complot para eludir tanto las sanciones estadounidenses a la industria petrolera venezolana como la prohibición de exportar componentes electrónicos y otra tecnología a Rusia. Mediante una compleja red de empresas fantasma —la misma clase de sociedades interpuestas con las que se encubre la tenencia de propiedades en todo el mundo democrático—, los siete comerciantes se confabularon para vender petróleo venezolano a compradores de China sin revelar su procedencia. Una acusación formal del Departamento de Justicia de Estados Unidos sostiene que las ganancias se invirtieron en comprar componentes de alta tecnología a empresas de Estados Unidos para contratistas militares

rusos, que los utilizaron para fabricar armas destinadas a matar ucranianos.[18]

Esa trama en concreto se descubrió. ¿Cuántas más siguen ocultas? Sabemos que otras siguen operando eficazmente en otras autocracias, en otros continentes, con participantes distintos que hablan idiomas distintos, pero que actúan de manera muy parecida, por ejemplo, en Zimbabue.

Uebert Angel es un pastor evangélico y empresario anglozimbabuense que predica el evangelio de la prosperidad: curaciones, profecías, asesoramiento financiero. En su página web, aparece con un esmoquin blanco y una pajarita negra. La página incluye enlaces a sus diversos proyectos, entre ellos la Academia de Millonarios (que «enseña los aspectos fundamentales de hacerse millonario») y un retiro profético (en el que, previo pago, los participantes vivirán la experiencia de «verse cara a cara con el profeta de Dios, del cristianismo y de esta última dispensación, el profeta Uebert Angel»). ¿Por qué querría nadie apuntarse? Porque «este es el hombre al que presidentes de todo el mundo llaman por teléfono para recibir enseñanzas; por quien los millonarios y multimillonarios del mundo se pelearán por conocer con la esperanza de oír una frase que mejore su trayectoria en la vida».

[19] Predice erupciones volcánicas, accidentes de avión e incluso las victorias del equipo de fútbol Manchester United, y divulga esas profecías en tres canales de YouTube: Miracle TV, GoodNews TV y Wow TV. También ha publicado más de una decena de libros, entre ellos *How to Hear the Voice of God* («Cómo oír la voz de Dios»),

Defeating the Demon of Poverty («Cómo vencer al demonio de la pobreza») y *The Greatest Secret God Told Me About Money* («El mayor secreto que Dios me contó acerca del dinero»). Como un mago, a veces incluso encuentra «dinero milagroso» —oro, diamantes y billetes— en los bolsillos o cuentas bancarias de la gente.

En marzo de 2023, salió a la luz otra faceta de Uebert Angel cuando apareció, sin saberlo, en un documental en cuatro entregas de Al Jazeera titulado *Gold Mafia* («Mafia del oro»).[20] El filme describía una serie de tramas de contrabando de oro solapadas, algunas de ellas estrechamente relacionadas con el partido gobernante de Zimbabue y su presidente, Emmerson Mnangagwa. Una de ellas utilizaba los correos humanos de siempre y pagaba a funcionarios de los aeropuertos para que hicieran la vista gorda mientras ellos pasaban lingotes de oro a Dubái en su equipaje de mano. El oro pertenece a personas que lo han robado o que no pueden venderlo legalmente a causa de sanciones internacionales. Angel, que fue filmado por periodistas que él tenía por empleados de un multimillonario chino, aparece en un papel un poco distinto. Después de ser nombrado «embajador itinerante» de Zimbabue, en teoría para ayudar a atraer inversiones y comercio al país, aprovecha su inmunidad diplomática para facilitar el clásico blanqueo de dinero. El metálico obtenido con la venta de oro se transfiere a las cuentas bancarias de organizaciones criminales; a continuación, estas entregan una cantidad equivalente de dinero «sucio» al Gobierno de Zimbabue. (A través de un portavoz,[21] Angel calificó el documental de «desinformación, especulaciones y un intento

deliberado de ultrajar al enviado presidencial y embajador itinerante, el excelentísimo embajador Uebert Angel»).

El asistente personal de Angel es otro pastor evangélico, Rikki Doolan, blanco, británico y, a juzgar por su cuenta de Twitter, defensor de los valores conservadores y activista a tiempo parcial contra las marchas del Orgullo.[22] El pastor Rikki —también filmado a escondidas— dice a cámara que el presidente Mnangagwa se asegurará de que la trama no fracase: «Mientras se aceite la maquinaria en África, no hay problema». Ofrece al periodista de Al Jazeera (que, una vez más, cree que trabaja para un multimillonario chino) una reunión con el presidente. Lo único que pide a cambio es un «pago de facilitación» de doscientos mil dólares por organizarla. (En un vídeo difundido después de que se destapara el escándalo, [23] Doolan dijo que el documental era obra de «afiliados de Al Jazeera financiados por el imperialismo» y que lo habían «montado cruelmente para presentar un relato falso»).

Junto a Angel y Doolan, en el filme aparece un repertorio impresionante de personajes de toda África y Oriente Próximo. Entre ellos, hay un canadiense afincado en Dubái («La mayor parte del tiempo, puedo moverme todo lo que quiera por donde quiera [...]. Lo mejor del oro es que es dinero contante y sonante»). Otra es la sobrina del presidente Mnangagwa, que trabaja en el banco nacional. Un tercero es líder de un partido político keniano, propietario de varias empresas que comercian con oro en Dubái y, casualmente, pastor.

Su modelo de negocio grupal es una irónica versión a la inversa de la globalización: personas de América de Norte, el sur de África, Gran Bretaña y Emiratos Árabes Unidos que se unen encantadas

para colaborar más allá de sus fronteras. Juntas, eluden las sanciones y se benefician unas a otras, ayudadas por la falta de transparencia en Zimbabue y la represión de toda oposición política.

También representan algo nuevo. La corrupción política forma parte de la vida en Zimbabue —al igual que en Venezuela y en buena parte del mundo desarrollado— desde hace ya tiempo. Después de ganar una guerra para independizarse de Gran Bretaña, en 1980, el líder revolucionario Robert Mugabe creó un clásico Estado de partido único. Él y Mnangagwa, su jefe de seguridad en esa época, reprimieron y asesinaron a sus rivales y acabaron gobernando el país como una red clientelar cada vez más extensa. [24] Sin embargo, en los años ochenta no se efectuaban complejas transacciones internacionales ni había intermediarios en Dubái. La mayor parte del botín —empleos, contratos, sobornos— iba a parar a manos de empresarios privilegiados de la tribu shona de Mugabe. La procedencia del dinero también era la de siempre: en los veinte años posteriores a la independencia, las granjas con propietarios blancos siguieron produciendo los cultivos comerciales —principalmente tabaco, pero también azúcar y flor cortada— que representaban la mayor parte de las exportaciones de Zimbabue.

Ese sistema se fue al traste en 2002 con una reforma agraria prometida desde hacía tiempo, muy necesaria y, en la práctica, caótica y violenta. Mugabe expropió a muchos de los agricultores blancos, entregó gran parte de la tierra a sus partidarios y expulsó a muchos de los antiguos trabajadores agrícolas negros. La producción agraria se desplomó; los ingresos por exportaciones cayeron en picado. El banco central empezó a emitir dinero y la inflación aumentó. El Gobierno impuso controles cambiarios con el mismo

resultado que en Venezuela; los miembros del régimen aprendieron a manipular el sistema de tipos de cambio múltiples. Por su parte, la minería sustituyó a la agricultura como principal fuente de monedas fuertes y eso también ayudó a los zimbabuenses con buenos contactos, a quienes el oro les resultaba más fácil de exportar y vender «en negro» que el tabaco o las flores.

Sin embargo, no solo Zimbabue había cambiado. Los sistemas financieros de todo el mundo se habían acostumbrado al dinero cleptocrático. Entre 1980 y 2002, surgieron nuevos tipos de Estado, no meros paraísos fiscales, sino «jurisdicciones puente», como las llama un estudio de la Fundación Nacional para la Democracia. Se trata de estados híbridos que son parte legítima del sistema financiero internacional, que comercian normalmente con el mundo democrático, que en ocasiones son miembros de alianzas militares democráticas, pero que también están dispuestos a blanquear o aceptar dinero doloso o robado o a ayudar a personas y empresas que han sido sancionadas.[25] Por ejemplo, en los últimos años, Emiratos Árabes Unidos ha puesto muchas más facilidades para que los extranjeros, incluso los sancionados, se hagan residentes o incluso ciudadanos y adquieran propiedades. Como consecuencia, la compra de bienes raíces en el país por parte de rusos aumentó en un ciento por ciento tras la invasión de Ucrania. Turquía también ha creado lagunas jurídicas que facilitan no solo a los rusos, sino a cualquiera, transferir dinero al país e importar metálico y oro directamente. Además de esas invitaciones abiertas a extranjeros sancionados, ese comercio tiene una faceta clandestina: el contrabando de oro a Dubái, por ejemplo, o las tramas turcas para transportar oro de Venezuela a Irán.[26]

La entrada de dinero cleptocrático también puede fortalecer a los propios regímenes y volverlos más autocráticos y represivos. A partir de 2022, las exportaciones de Kirguistán a Rusia se multiplicaron por dos veces y media. Entre los productos que salían de la república centroasiática había algunos que los kirguises nunca antes habían exportado a Rusia: champú, palillos, jabón, piezas de recambios para coches y otros artículos fabricados en Europa o China por empresas europeas o chinas que querían eludir las sanciones. En paralelo, también aparecieron en los mercados europeos madera y productos derivados de esta fabricados en Bielorrusia, pero etiquetados como si procedieran de Kirguistán o Kazajistán, ninguno de los cuales había exportado madera a Europa con anterioridad. [27] En el mismo periodo de dos años, el régimen autocrático de Kirguistán también se endureció. Después de haber permitido una prensa relativamente libre y un diálogo político abierto —uno de los más abiertos de la región—, empezó a prohibir publicaciones y a aprobar leyes que coartaban a los periodistas.[28] El Estado les confiscó los teléfonos y los ordenadores portátiles, en algunos casos tras acusarlos de infringir una ley redactada en términos muy vagos que prohíbe «llamar a la desobediencia y a los disturbios multitudinarios».

El cambio fue drástico. En 2007 Bektour Iskender cofundó Kloop, un sitio web de investigación kirguís que realizaba reportajes serios sobre corrupción, formaba a jóvenes periodistas y cooperaba estrechamente con otras publicaciones centroasiáticas.[29] En 2020, Kloop publicaba primicias e investigaciones con asiduidad, incluidos una serie de artículos derivados de investigaciones a fondo y muy detallados que sacaban a la luz una trama multimillonaria de

contrabando y blanqueo de dinero en Kirguistán. Cuando lo conocí en el verano de 2022, Iskender estaba rebosante de optimismo y planes para proyectos transfronterizos y de investigación. Su charla TED sobre «el poder del periodismo de investigación en la lucha contra el crimen» fue escuchada por un millón y medio de personas. Cuando me reuní con él por segunda vez dieciocho meses después, se enfrentaba a la perspectiva de un exilio de larga duración. Tomando un café en Varsovia, me dijo que le habían advertido de que debía abandonar el país. El régimen, añadió, se había «envalentonado con la enorme entrada de dinero ruso». Las posibilidades de que hubiera un cambio positivo, fuera más libertad de expresión o más transparencia, eran para entonces muy escasas, dada la cantidad de dinero sucio disponible de repente para preservar el *statu quo*. En noviembre de 2023, Kirguistán había bloqueado los sitios web de Kloop tanto en ruso como en kirguís. [30]

A lo largo de una década se produjo un cambio similar en Zimbabue. En 2008, la mala gestión provocó una verdadera crisis; la tasa de inflación estaba por encima de 200 millones por ciento, los billetes de dólares zimbabuenses más grandes tenían valores de billones y Mugabe parecía dispuesto a hacer cambios. Surgió una oposición, el Movimiento por el Cambio Democrático. De hecho, su líder, Morgan Tsvangirai, ganó la primera vuelta de las elecciones presidenciales. En ese momento, Mugabe podría haber permitido una transición democrática. Podría haber dado paso a una verdadera reforma económica destinada a beneficiar a todos los zimbabuenses y no solo al partido gobernante. Podría haber dejado espacio, al menos, para un debate franco sobre la crisis perpetua de Zimbabue.

En cambio, respondió con violencia. Los esbirros del partido gobernante hostigaron y dieron palizas a los partidarios de Tsvangirai. El Foro de Derechos Humanos de Zimbabue documentó ciento treinta y siete secuestros políticos, diecinueve desapariciones, ciento siete asesinatos y seis violaciones por motivos políticos.[31]

En vez de restituir los derechos de los ciudadanos de Zimbabue, en vez de buscar la prosperidad general, Mugabe y su círculo más cercano aprovecharon oportunidades que no existían en 1980. Pasaron de ser líderes corruptos «tradicionales» a transformarse en otra cosa, una nueva clase de oligarcas cuyo dinero estaba oculto tras un aluvión de transacciones que la mayoría de los zimbabuenses son incapaces de comprender. En un país en el que algunas personas pueden hacerse inmensamente ricos solo por estar en el lugar indicado en el momento justo, mientras las demás continúan siendo pobres, no es de extrañar que el asesoramiento financiero y el «dinero milagroso» de Uebert Angel atraigan tanta fe y esperanza; una clase de «magia» extranjera invisible ha hecho extremadamente ricos a unos pocos. ¿Quizá una clase de magia distinta podría ayudar al resto?

No obstante, precisamente porque la magia de la riqueza no estaba al alcance de todos, los dirigentes también tuvieron que buscar nuevas vías para controlar el descontento popular. Después de echar a Mugabe en 2017, Mnangagwa empezó a eliminar todos los resquicios del Estado de derecho que quedaban en Zimbabue. Atacó al sistema judicial y modificó la Constitución en 2021 para arrogarse el poder de contratar y despedir jueces,[32] entre los que repartió sobornos, camuflados como préstamos hipotecarios, para tenerlos a su favor.[33]

En el periodo previo a las elecciones de agosto de 2023, hizo aprobar la Ley Patriótica, que, a todos los efectos, consideraba delito que un zimbabuense hablara mal de Zimbabue o de su Gobierno a cualquier extranjero.[34] Yo pensaba ir a Zimbabue para observar esas elecciones, pero, después de que se aprobara la ley, suspendí el viaje. En cambio, hablé por teléfono con varios candidatos de la oposición durante la campaña. Estaban entusiasmados, organizados y motivados. Me dijeron que la aversión al régimen era generalizada y que estaban seguros de que tenían posibilidades de ganar.

Al cabo de unos días, después de que se amañaran las elecciones para asegurar otra victoria del Gobierno, uno de ellos me llamó aterrizado para preguntarme si podía ayudarlo a huir del país. La policía de su distrito estaba deteniendo a sus compañeros. La violencia y la corrupción acarrearón más sanciones de Estados Unidos y la Unión Europea, entre ellas, algunas contra personas específicas.[35] Sin embargo, de igual manera que el sistema financiero internacional había creado muchos servicios que podían ayudarla a ganar y ocultar su dinero, en 2023 la élite zimbabuense sabía que tenía alternativas.

El partido gobernante tenía una larga relación con el Partido Comunista de China que se remontaba a los tiempos en los que compartían consignas maoístas y hablaban de rebelión campesina. Los chinos habían proporcionado armas, instrucción y asesoramiento al partido ZANU-PF de Mugabe cuando aún combatía por la independencia y más tarde durante el conflicto con un partido de liberación rival respaldado por la Unión Soviética.[36] Después de la independencia, China pasó poco a poco a ser el mayor inversor en Zimbabue, el mayor proveedor de importaciones y un importante

destino para las exportaciones. En 2022, había contribuido a una amplia variedad de proyectos, desde un almacén farmacéutico nacional hasta el nuevo edificio del Parlamento de Zimbabue. Durante la pandemia, China suministró al país un millón de dosis de su vacuna Sinovac para la COVID-19.[37]

El interés mutuo estaba claro. China obtenía minerales; en septiembre de 2022, unos inversores chinos firmaron un acuerdo de más de dos mil ochocientos millones de dólares para construir instalaciones de procesamiento de litio, platino y níquel que luego se exportarían a fábricas de pilas chinas.[38] A cambio, Zimbabue consiguió acuerdos de banda ancha y tecnología de vigilancia china, lo que incluía equipos y cámaras de vigilancia Huawei que China utiliza desde hace tiempo para seguirle la pista a la disidencia interna.[39] Otras tecnológicas chinas, entre ellas algunas que fabrican software de reconocimiento facial, firmaron acuerdos a fin de proporcionar equipos para lo que se describió vagamente como «propósitos policiales».[40] Zimbabue cedió a China su infraestructura de telecomunicaciones. A cambio, China ayudó a Mnangagwa a mantenerse en el poder.

Aunque no existe un vínculo histórico profundo entre Harare y Moscú, Mnangagwa y Putin acabaron descubriendo que también tenían mucho en común. Ambos se mantienen en el poder no por medio de elecciones o constituciones, sino gracias a la propaganda, la corrupción y la violencia selectiva. Ambos necesitan mostrar al público tanto de su país como al del mundo democrático lo poco que les importan sus críticas, sus leyes de derechos humanos, su palabrería sobre la democracia. Para demostrar su solidaridad con la cleptocracia rusa, Zimbabue fue uno de los once países que votaron

en Naciones Unidas a favor de la anexión rusa de Crimea en 2014, junto con Corea del Norte, Bielorrusia, Cuba y Venezuela. Ese mismo año, Zimbabue otorgó a Rusia una concesión minera de platino y, a cambio, obtuvo varios cazas MiG-35.[41] En 2019, Putin recibió a Mnangagwa en Moscú una semana después de que su policía abriera fuego contra varios manifestantes en Harare.[42] Firmaron acuerdos sobre inversiones rusas en la industria del diamante de Zimbabue. [43]

En 2023, su relación pasó al siguiente nivel cuando Mnangagwa, que había liderado un movimiento independentista anticolonial, ofreció su apoyo a la brutal guerra de dominio colonial de Putin en Ucrania. Zimbabue, declaró en una cumbre Rusia-África celebrada en San Petersburgo, «se solidariza con la Federación Rusa en la operación militar especial de su país en Ucrania». En señal de agradecimiento, Putin obsequió a su nuevo camarada con un helicóptero. «Este pájaro pronto adornará nuestros cielos», proclamó el portavoz del Gobierno zimbabuense. Publicó una fotografía del octogenario Mnangagwa sentado en la cabina junto a una mesa repleta de vino y frutas[44] y el mensaje de Mnangagwa al pueblo zimbabuense y al mundo. «Las víctimas de las sanciones deben cooperar», afirmó.

El control del relato

El 4 de junio de 1989, el Partido Comunista Polaco celebró unas elecciones parcialmente libres, lo que puso en marcha una serie de acontecimientos que acabaron apartando a los comunistas del poder. No mucho después, diversas manifestaciones callejeras a favor de la libertad de expresión, la rendición de cuentas y la democracia ayudaron a derrocar los regímenes comunistas de Alemania Oriental, Checoslovaquia, Hungría y Rumanía. En pocos años, la propia Unión Soviética dejó de existir.

También el 4 de junio de 1989, el Partido Comunista de China ordenó al ejército que desalojara a miles de estudiantes de la plaza de Tiananmén. Como los europeos orientales, pedían libertad de expresión, rendición de cuentas y democracia. Sin embargo, los soldados detuvieron y mataron a manifestantes en Pekín y en todo el país y después localizaron a los líderes del movimiento de protesta y los obligaron a confesar y a retractarse. Algunos pasaron años en la cárcel. Otros consiguieron burlar a sus perseguidores y huir del país para siempre.

A raíz de esos acontecimientos, los chinos llegaron a la conclusión de que incluso esa respuesta era insuficiente. Para impedir que la ola democratizadora que entonces recorría Europa oriental llegara al Lejano Oriente, los dirigentes chinos se propusieron eliminar no solo

a las personas, sino también las ideas que habían motivado las protestas: el Estado de derecho, la separación de poderes, el derecho a la libertad de expresión y reunión y todos los principios que calificaban de «contaminación espiritual» procedente del mundo democrático. Mucho antes de que Xi Jinping encaminara a China hacia la autocracia, las autoridades chinas empezaron a utilizar las nuevas tecnologías de la información que justo en ese momento comenzaban a cambiar las políticas y las conversaciones en todo el mundo.

Mientras ese sistema estuvo en construcción, nadie creyó que fuera a funcionar. Si los estadounidenses eran ingenuos con respecto al papel que desempeñaría el comercio en consolidar la democracia, aún eran más candorosos en lo concerniente a la tecnología. Merece la pena volver a recordar la sala repleta de expertos en política exterior que, en 2000, se rieron cuando el presidente Clinton dijo que cualquier intento de controlar internet por parte de China sería como «intentar clavar gelatina en la pared». Libros con títulos como *Here Comes Everybody* y *Virtuous Reality* argumentaron en su día que internet traería consigo un boom de la autogestión, incluso un renacimiento cultural. En fecha tan reciente como 2012, aún era posible que un crítico de *The New York Times* menospreciara la idea, expresada en un libro mío, de que internet podía convertirse en un instrumento de control. «Vladimir Putin aún puede consagrarla como profeta —escribió Max Frankel sobre mí—, pero, en lo que va de siglo, la tecnología se ha convertido en una valiosa defensa contra la tiranía».[1]

Mientras los estadounidenses seguían hablando extasiados sobre las muchas maneras en las que internet expandiría la democracia,

los chinos diseñaban el sistema a veces conocido como la Gran Muralla Cortafuegos de China o, simplemente, el Cortafuegos de China. El nombre, pese a su atractivo histórico, lleva a engaño. «Cortafuegos» hace pensar en un objeto físico y el sistema chino de gestión de internet —de hecho, gestión de las conversaciones— consta de muchos elementos distintos, empezando por un complejo sistema de bloqueos y filtros que impiden a los internautas ver determinadas palabras y frases. Entre ellas, son bien conocidos los términos «Tiananmén», «1989» y «4 de junio», pero hay muchos más. En 2000, una normativa titulada Medidas para la Gestión de los Servicios de Información en Internet prohibió una variedad extraordinariamente amplia de contenidos, entre otros, cualquier cosa que «ponga en peligro la seguridad nacional, divulgue secretos de Estado, desestabilice al Gobierno, socave la unidad nacional» y «sea perjudicial para el honor y los intereses del Estado»; en otras palabras, cualquier cosa que no les guste a las autoridades.[2] Se permitió crecer a las redes sociales chinas, pero solo en cooperación con los servicios de seguridad, que las configuraron desde el comienzo para permitir la vigilancia de sus usuarios.

Al principio, las empresas extranjeras ayudaron, apresurándose a entrar en ese nuevo mercado de la seguridad como habían hecho en los mercados financieros postsoviéticos. En cierto momento, Microsoft modificó su software de blogs para adaptarlo a los protocolos del Gran Cortafuegos. Yahoo accedió a firmar un «compromiso público de autodisciplina» que garantizaba que los términos prohibidos no aparecieran en sus búsquedas.[3] Cisco Systems, otra empresa estadounidense, vendió a China equipamiento por un valor de cientos de millones de dólares,

incluida tecnología que bloqueaba el tráfico a sitios web prohibidos. Cuando escribí sobre esas ventas en 2005, un portavoz me dijo que se trataba de «la misma tecnología que vuestra biblioteca local utiliza para bloquear la pornografía», y añadió: «No estamos haciendo nada ilegal». Harry Wu, el ya fallecido activista chino por los derechos humanos, me informó de que había sabido por representantes de Cisco en China que la empresa tenía contratos para suministrar tecnología a los departamentos de policía de al menos treinta y una provincias.[4]

Sin embargo, como en tantos otros ámbitos, China incorporó la tecnología que necesitaba y después se deshizo poco a poco de las empresas extranjeras. Google se esforzó por observar las normas del Gran Cortafuegos antes de darse por vencido en 2010, tras un ciberataque dirigido por el ejército chino.[5] Más adelante, la empresa trabajó en secreto en una versión de su motor de búsqueda compatible con la censura china, pero también abandonó el proyecto en 2018 a raíz de protestas de sus empleados y críticas de la ciudadanía.[6] China prohibió Facebook en 2009 e Instagram en 2014. TikTok, aunque inventada por una empresa china, jamás ha tenido autorización para operar en este país.

El régimen chino también amplió su radio de acción más allá del ciberespacio aprendiendo a combinar los sistemas de rastreo en línea con otros instrumentos de represión como cámaras de vigilancia, inspecciones policiales y detenciones. La versión más sofisticada de ese sistema combinado opera actualmente en Sinkiang, la provincia habitada por la minoría musulmana uigur de China. Tras una serie de protestas políticas en 2009, el Estado no solo empezó a detener y encarcelar a los uigures, sino también a

experimentar con nuevas modalidades de control tanto en línea como físicas. Les ha exigido instalar en su teléfono móvil una aplicación que busca constantemente «virus ideológicos», lo que incluye versículos del Corán y referencias religiosas, así como comentarios sospechosos en toda clase de correspondencia. La aplicación controla las compras de libros digitales y rastrea la ubicación de las personas, una información que envía a la policía. También detecta comportamientos inusuales: todo aquel que se descargue una emisora privada virtual, se desconecte por completo y consuma demasiada electricidad en casa (lo que podría indicar la presencia de un huésped secreto) puede levantar sospechas. Para controlar por dónde pasean, circulan y compran los uigures, se recurre a tecnología de reconocimiento de voz e incluso a frotis de ADN.[7]

Este sistema podría acabar extendiéndose a toda China, donde cientos de millones de cámaras de seguridad ya vigilan los espacios públicos. La inteligencia artificial y el software de reconocimiento facial ya identifican a las personas que pasan por delante de las cámaras y las relacionan instantáneamente con otra información recogida de teléfonos, redes sociales y otras fuentes. Un supuesto sistema de crédito social ya conecta una gran cantidad de bases de datos y pone en la lista negra a quienes infringen las normas. A veces ese sistema se describe con el benévolo nombre de «tecnología para una ciudad segura», como si su único propósito fuera mejorar la fluidez del tráfico, lo que, de hecho, también hace.

La seguridad no es ni por asomo el único objetivo. El periodista especializado en tecnología Ross Andersen ha escrito en *The Atlantic* que pronto «los algoritmos chinos serán capaces de encadenar datos

de una amplia variedad de fuentes de información —historial de viajes, amigos y colegas, hábitos de lectura, compras— para predecir la resistencia política antes de que ocurra».[8] Con cada nuevo descubrimiento, con cada avance de la inteligencia artificial, China se acerca más a su versión del santo grial: un sistema que no solo elimine de internet las palabras «democracia» y «Tiananmén», sino también las ideas que impulsan a las personas a convertirse en activistas por la democracia o a participar en protestas ciudadanas en la vida real.

Otros países podrían seguir su ejemplo. El gigante tecnológico chino Huawei ha vendido a Pakistán, Brasil, México, Serbia, Sudáfrica y Turquía «tecnología para una ciudad segura», así como sistemas de vigilancia e inteligencia artificial.[9] Una sección de los servicios de seguridad de Malasia ha cerrado un acuerdo con una empresa china cuya tecnología de inteligencia artificial los ayudará a comparar imágenes de cámaras, en tiempo real, con imágenes de una base de datos central. Singapur ha adquirido una gama similar de productos e incluso ha anunciado su intención de instalar cámaras con tecnología de reconocimiento facial en todas las farolas de la ciudad Estado.[10] El presidente Mnangagwa compró tecnología de reconocimiento facial para Zimbabue, con el supuesto fin de diseñar «aplicaciones de seguridad inteligentes en aeropuertos y estaciones de tren y autobús», pero también con un claro potencial para el control político.

Es solo cuestión de tiempo que estas ideas se difundan a otros confines y también tienten a los líderes de las democracias. Algunos elementos de la «tecnología para una ciudad segura» pueden ser muy útiles para combatir la delincuencia y muchas democracias

experimentan con ella. Las democracias, sobre todo las híbridas, también son perfectamente capaces de implantar su propia tecnología de vigilancia, que utilizan contra críticos y adversarios políticos, además de contra delincuentes o terroristas auténticos. El programa espía para teléfonos móviles Pegasus, creado por la empresa israelí NSO, se ha empleado para espiar a periodistas, activistas y opositores políticos en Hungría, Kazajistán, México, India, Baréin y Grecia, entre otros países. En 2022 el Gobierno polaco de entonces, liderado por el partido nacionalpopulista Ley y Justicia, instaló el software Pegasus en los teléfonos de amigos y compañeros míos, todos ellos afiliados a lo que entonces era la oposición política. El debate sobre qué información debe y no debe conservar el Gobierno de Estados Unidos sobre sus ciudadanos dio pie, en 2013, a un escándalo internacional cuando Edward Snowden, un empleado de la Agencia de Seguridad Nacional, reveló los métodos y las tácticas de esa organización e hizo públicos miles de documentos que detallaban operaciones militares estadounidenses en todo el mundo. Snowden huyó a Rusia, donde sigue residiendo.

Hay diferencias importantes en el recorrido que tienen estas noticias en las democracias y las dictaduras. Las revelaciones de Snowden fueron objeto de un amplio debate. Hubo periodistas que recibieron premios Pulitzer por investigarlas. En Polonia, el escándalo del software espía Pegasus acabó destapándose y fue investigado, primero por los medios de comunicación y después por una comisión parlamentaria. Si nunca ha estallado un escándalo similar en China, Rusia, Irán o Corea del Norte es porque no hay comisiones legislativas ni medios de comunicación libres que puedan desempeñar el mismo papel.

Aun así, el uso de programas espía y de vigilancia en el mundo democrático ayuda a las autocracias a justificar su propio abuso de estas tecnologías. Conforme más países adopten esos sistemas, las objeciones éticas y morales irán atenuándose. China exporta estas tecnologías por razones comerciales, posiblemente para espionaje, pero también porque su difusión justifica su uso interno; si hay menos objeciones a la vigilancia generalizada fuera de China, hay menos peligro de que surjan críticas dentro del país. Los dictadores, los partidos políticos y las élites que han pasado a depender de la avanzada tecnología de China para controlar a sus poblaciones también pueden empezar a sentir una cierta obligación de alinearse políticamente con ella, o quizá incluso la necesidad de hacerlo, para mantenerse en el poder. Cuanto más pueda China «alinearse los modelos de gobierno de otros países con el suyo propio —argumenta Steven Feldstein, experto en tecnología digital—, menos supondrán esos países una amenaza para la hegemonía china».[11]

Sin embargo, ni tan siquiera las formas más sofisticadas de vigilancia ofrecen garantías. Durante los años de la pandemia, el Gobierno chino impuso los controles a la movilidad más rigurosos que la mayoría de sus ciudadanos habían experimentado nunca. Millones de personas se vieron obligadas a confinarse en sus casas; un número incalculable de personas ingresaron en campos de cuarentena del Gobierno. No obstante, el confinamiento también suscitó las protestas chinas más enérgicas y vehementes en muchos años. Jóvenes que nunca habían participado en una manifestación y no guardaban ningún recuerdo de Tiananmén se congregaron en las calles de Pekín y Shanghái en el otoño de 2022 para hablar de libertad de movimiento y de expresión. En Sinkiang, donde los

confinamientos fueron los más largos y duros de toda China, y donde los controles de internet son los más exhaustivos y completos, la gente salió a las calles y cantó el himno nacional chino haciendo hincapié en un verso de la letra: «¡Los que os negáis a ser esclavos, alzaos!».[12] Los vídeos del acto público circularon ampliamente porque el programa espía y los filtros no identificaron el himno nacional como disidencia.

La lección para Autocracia, S. A. fue alarmante: incluso en un Estado donde la vigilancia parece completa, la experiencia de la tiranía y la injusticia siempre puede radicalizar a las personas. La indignación ante el poder arbitrario siempre insta a alguien a empezar a pensar en algún otro sistema, en alguna forma mejor de gobernar a la sociedad. La fuerza de esas manifestaciones y la rabia generalizada que reflejaban bastaron para asustar a las autoridades chinas, que levantaron las cuarentenas y permitieron que el virus se propagara. Las muertes que se produjeron fueron preferibles a la indignación y las protestas de la población.

Es posible que también se extrajeran enseñanzas más generales. Al igual que las manifestaciones contra Putin en Rusia en 2011 o las enormes protestas callejeras en Caracas unos años después, las protestas de 2022 en China habrían dado a los regímenes autocráticos otra razón para dirigir sus mecanismos represivos hacia fuera, al seno del mundo democrático. Si las personas se sienten naturalmente atraídas por la imagen de los derechos humanos, el lenguaje de la democracia, el sueño de ser libres, hay que emponzoñar esas ideas. Ello no solo requiere vigilancia y un sistema político que se defienda de las ideas liberales; también exige un plan

de ataque, un relato que dañe la idea de democracia, dondequiera que se utilice, en cualquier parte del mundo.

En el siglo xx , la propaganda del Partido Comunista era arrolladora y motivadora, o al menos eso pretendía. Los carteles, el arte, las películas y los periódicos retrataban un futuro brillante e idealizado, lleno de fábricas limpias, productos agrícolas abundantes, trabajadores entusiastas y tractoristas rebosantes de salud. La arquitectura diseñaba para imponer, la música para intimidar, los espectáculos públicos para sobrecoger. En teoría, los ciudadanos debían sentir entusiasmo, motivación y esperanza. En la práctica, esa clase de propaganda resultaba contraproducente porque la población podía comparar lo que veía en los carteles y películas con una realidad mucho más empobrecida.

Unas pocas autocracias siguen presentándose a sus ciudadanos como estados modelo. Los norcoreanos, por ejemplo, son famosos por celebrar grandes desfiles militares con exhibiciones de gimnasia muy elaboradas y enormes retratos de su líder, muy al estilo estalinista.[13] Sin embargo, muchos de los propagandistas de Autocracia, S. A. han aprendido de los errores del siglo xx . No ofrecen a sus conciudadanos una visión utópica ni los mueven a construir un mundo mejor. En cambio, les enseñan a ser cínicos y pasivos porque ese mundo mejor no existe. Su objetivo es persuadir a la población de que se ocupe de sus asuntos, se mantenga al margen de la política y no abrigue nunca esperanzas de una alternativa democrática: «Nuestro Estado puede ser corrupto, pero también lo son todos los demás. Nuestro líder puede no agradarte,

pero el resto son peores. Nuestra sociedad puede no gustarte, pero al menos nosotros somos fuertes y el mundo democrático está debilitado, degradado, dividido, moribundo».

En vez de presentar a China como la sociedad perfecta, su propaganda interna moderna intenta inculcar el orgullo nacionalista basándose en el desarrollo económico y la redención nacional que ha experimentado el país. El régimen chino también contrapone su propio «orden» al caos o la violencia de la democracia. Los medios de comunicación chinos se burlaron de la laxitud de la respuesta de Estados Unidos a la pandemia con una película de animación que terminaba con la estatua de la Libertad conectada a un equipo de goteo intravenoso.[14] Más adelante, el periódico chino *Global Times* escribió que los chinos se referían al asalto al Capitolio de Estados Unidos como «karma» y «castigo merecido»: «Al ver semejantes escenas, muchos chinos recordarán naturalmente que Nancy Pelosi elogió en una ocasión la violencia de los manifestantes de Hong Kong describiéndola como “un bello espectáculo para la vista”».[15] (Por supuesto, Pelosi había elogiado las manifestaciones pacíficas, no la violencia). A los chinos también se les dice que esas fuerzas del caos pretenden perturbar su propia vida y se los anima a combatirlos en una «guerra popular» contra la influencia o los espías extranjeros: «Las fuerzas hostiles extranjeras están trabajando muy arduamente y [nosotros] no debemos bajar nunca la guardia en el ámbito de la seguridad nacional».[16]

Los rusos aún saben menos de lo que ocurre en su pueblo o ciudad. En cambio, les hablan constantemente de la decadencia de lugares que la mayoría no conoce y que solo unos pocos han visitado: Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Suecia, Polonia,

países donde, al parecer, imperan la degeneración, la hipocresía y la rusofobia. Un estudio sobre la televisión rusa llevado a cabo entre 2014 y 2017 reveló que, en las tres principales cadenas, todas ellas controladas por el Estado, aparecían noticias negativas sobre Europa una media de dieciocho veces diarias.[17] Algunas eran obviamente inventadas («¡Los gobiernos europeos están robando niños a familias heterosexuales y dándoselos a parejas homosexuales!»), pero incluso las verídicas se escogían para respaldar la idea de que la vida cotidiana en Europa es aterradora y caótica, los europeos son débiles e inmorales y la Unión Europea es dictatorial e intervencionista o, si no, está a punto de desmoronarse. El objetivo es claro: impedir que los rusos se identifiquen con Europa como una vez hicieron.

La imagen que proyectan de Estados Unidos es más distorsionada si cabe. Sus ciudadanos, que rara vez piensan en Rusia, se asombrarían de saber cuánto tiempo dedica la televisión pública rusa a las guerras culturales de su país, sobre todo a las polémicas de género. El propio Putin ha hecho gala de un conocimiento inquietantemente íntimo de los debates en Twitter sobre los derechos de los transexuales fingiéndose solidario con personas que, según él, han sido víctimas de la cultura de la cancelación de Occidente.[18] En parte, lo hace para demostrarles a los rusos que no hay nada que admirar en el mundo democrático liberal. Sin embargo, esa también es su manera de crear alianzas entre su público nacional y sus partidarios en Europa y América del Norte, donde cuenta con seguidores de la extrema derecha autoritaria después de haber convencido a unos cuantos conservadores ingenuos de que Rusia es un «Estado cristiano blanco».[19] En

realidad, Rusia tiene una tasa de asistencia a la iglesia muy baja, el aborto legal y una población multiétnica con millones de ciudadanos musulmanes. La región autónoma de Chechenia, que pertenece a la Federación Rusa, se rige en parte por preceptos de la *sharíá* y ha detenido y asesinado a homosexuales en nombre de la pureza islámica.[20] El Estado ruso hostiga y reprime muchas formas de religión fuera de la Iglesia ortodoxa rusa autorizada por él, incluidos los protestantes evangélicos.[21]

No obstante, la imagen que Putin proyecta de Rusia como líder de una alianza de estados fuertes y tradicionales contra las democracias débiles ha ganado algunos partidarios en Estados Unidos. Los nacionalistas blancos que marcharon en la tristemente célebre manifestación de Charlottesville que acabó con incidentes violentos en 2017 gritaron, entre otros lemas, «Rusia es nuestra amiga».[22] Los rusos forman parte de organizaciones internacionales que dicen promover los valores tradicionales o cristianos y se sospecha que financian en secreto a algunas de ellas.[23] Putin envía mensajes a este sector con regularidad. «Sigo con el enfoque tradicional de que una mujer es una mujer, un hombre es un hombre, una madre es una madre y un padre es un padre», dijo en una rueda de prensa en diciembre de 2023, casi como si eso fuera una justificación para la guerra en Ucrania. Justo antes de esa rueda de prensa, el Estado ruso prohibió lo que llamó «movimiento internacional LGBTQ+» por considerarlo una forma de «extremismo» y la policía empezó a hacer redadas en bares gays.[24]

Esa manipulación de las emociones fuertes en torno a los derechos de los homosexuales y el feminismo se ha copiado profusamente en todo el mundo autocrático. Yoweri Museveni,

presidente de Uganda durante más de tres decenios, también aprobó una ley «antihomosexualidad» en 2014 que impone la cadena perpetua a las parejas homosexuales que se casen y penaliza la «promoción» de un estilo de vida homosexual. Generando controversia sobre los derechos de los homosexuales, pudo consolidar a sus partidarios dentro del país, al tiempo que neutralizaba las críticas del extranjero a su régimen. Acusó a las democracias de «imperialismo social». «Los de fuera no pueden dictarnos nada, este es nuestro país», declaró.[25] Viktor Orbán, primer ministro de Hungría, un Estado híbrido iliberal, también elude el debate sobre la corrupción húngara ocultándose tras una guerra cultural. Ha optado por fingir que las continuas tensiones entre su Gobierno y el de Estados Unidos tienen que ver con la religión y el género cuando, en realidad, la mala relación se debe a los fuertes lazos económicos y políticos de Orbán con Rusia y China.[26]

Otros autócratas monopolizan la conversación nacional acaparando toda la atención posible. Hugo Chávez aparecía constantemente en la televisión venezolana, interrumpiendo la programación habitual y copando todas las cadenas de televisión y emisoras de radio a la vez. Los domingos presentaba un programa de entrevistas de una hora de duración, *Aló Presidente*, durante el que deleitaba a los telespectadores con largos monólogos sobre política o deporte, así como anécdotas personales y canciones. A veces invitaba a famosos, como Naomi Campbell y Sean Penn.[27] En ciertos aspectos, su monopolio de la conversación nacional fue un anticipo de la campaña electoral de Donald Trump en 2016, aunque Trump utilizó las redes sociales, no la televisión, para acaparar la conversación. Ambos también mintieron repetida y flagrantemente,

como hacen otros dictadores modernos. La politóloga Lisa Wedeen ha señalado que el régimen sirio cuenta mentiras tan absurdas que es imposible que nadie las crea, por ejemplo, que Siria, en plena guerra civil, era un destino turístico excelente.[28] Esas «mentiras nacionales», concluye, no pretendían persuadir a nadie, sino demostrar el poder de las personas que las inventaban. A veces, el objetivo no es conseguir que la gente se crea una mentira, sino que le tenga miedo al mentiroso.

Esto marca otro cambio con respecto a épocas anteriores. Los líderes soviéticos también decían mentiras, pero intentaban que parecieran ciertas. Al igual que Jrushchov en la ONU, se enfadaban cuando alguien los acusaba de mentir y, en respuesta, presentaban «pruebas» falsas o contraargumentos. En la Rusia de Putin, la Siria de Al Asad o la Venezuela de Maduro, los políticos y las figuras de la televisión suelen jugar a otra cosa. Mienten constante, descarada y burdamente. Sin embargo, cuando los descubren, no se molestan en ofrecer contraargumentos. Cuando las fuerzas controladas por Rusia derribaron el vuelo 17 de Malaysia Airlines sobre Ucrania en 2014, el Gobierno ruso no solo reaccionó negándolo, sino con multitud de historias, verosímiles e inverosímiles: le echaron la culpa al ejército ucraniano, o a la CIA, o a un vil complot en el que habían metido a doscientos noventa y ocho muertos en el avión para fingir un accidente y desacreditar a Rusia.

Esa táctica, conocida como «manguera de falsedades», no engendra indignación, sino nihilismo. Ante tantas explicaciones, ¿cómo podemos saber qué ocurrió realmente? ¿Y si nunca podemos saberlo? Si no entendemos lo que sucede a nuestro alrededor, no nos uniremos a una gran movilización por la democracia, ni

seguiremos a un líder que diga la verdad ni prestaremos atención cuando alguien hable de cambios políticos positivos. En cambio, evitaremos por completo la política. Los autócratas tienen un incentivo enorme para sembrar esa desesperanza y cinismo no solo en sus propios países, sino en todo el mundo.

En una cena en Múnich en febrero de 2023, me tocó sentarme enfrente de un diplomático europeo que acababa de regresar de África. Allí se había reunido con algunos estudiantes y se había quedado muy sorprendido de descubrir lo poco que sabían o les importaba la guerra de Ucrania. Habían repetido las afirmaciones de Rusia de que los ucranianos son «nazis», le habían echado la culpa de la invasión a la OTAN y, en general, habían utilizado el mismo tipo de lenguaje que se oye todas las noches en los informativos rusos de última hora. El diplomático estaba desconcertado. Buscaba explicaciones: quizá fuera un legado del colonialismo o el abandono occidental del Sur global. Quizá solo fuera la sombra alargada de la Guerra Fría. Negó con la cabeza.

Como tantos europeos y estadounidenses que intentan explicar el mundo basándose únicamente en su propia experiencia, había pasado por alto la explicación más sencilla y obvia. La historia de cómo los africanos —al igual que los latinoamericanos, muchos asiáticos y, de hecho, muchos estadounidenses y europeos— han acabado repitiendo la propaganda rusa sobre Ucrania no está primordialmente relacionada con el legado colonial europeo. Más bien tiene que ver con los esfuerzos sistemáticos de China por comprar los medios de comunicación y a las élites de todo el mundo

o de influir en ellos; con campañas de propaganda rusa muy bien diseñadas, algunas de ellas potenciadas por miembros pagados y no pagados de la extrema derecha estadounidense y europea, y, cada vez más, con los esfuerzos de otras autocracias que se unen a esas redes utilizando las mismas tácticas y el mismo lenguaje para promover sus propios regímenes iliberales, a menudo con el fin de lograr un control similar del relato. La retórica antidemocrática se ha globalizado.

Quizá por ser la autocracia más rica, y tal vez porque sus dirigentes creen de verdad que tienen una buena historia que contar, China se ha esforzado más que nadie por mostrarse al mundo y lo ha hecho en más países y utilizando más canales que nadie. El analista Christopher Walker ha acuñado el término «poder inteligente»[29] —ni poder militar «duro» ni poder cultural «blando»— para describir las campañas de influencia chinas que ahora se dejan sentir en ámbitos muy diversos de la cultura, los medios de comunicación, el mundo académico e incluso el deporte. Muchas están coordinadas por el Frente Unido, el instrumento de influencia más importante del Partido Comunista de China, el cual crea programas educativos y de intercambio, intenta controlar a las comunidades chinas en el exilio, funda cámaras de comercio chinas y, lo más destacado, ayuda a dirigir los Institutos Confucio, integrados en instituciones académicas de todo el mundo.[30] Considerados en un primer momento organismos culturales beneficiosos, no muy distintos del Instituto Goethe gestionado por el Gobierno alemán o la Alianza Francesa, los Institutos Confucio fueron bien acogidos por muchas universidades porque ofrecían clases y profesores de chino económicos o incluso gratuitos. Con el

tiempo, los institutos levantaron sospechas al vigilar a los chinos que estudiaban en universidades de Estados Unidos, intentar impedir los debates públicos sobre Tíbet o Taiwán y, en algunos casos, modificar la enseñanza de la historia y la política de China para adaptarlas a los relatos del país. Aunque en Estados Unidos se han disuelto casi todos, los Institutos Confucio prosperan en muchos otros países. Solo en África hay más de cincuenta.[31]

Esas operaciones más sutiles se ven favorecidas por las ingentes inversiones de China, estimadas entre siete mil y diez mil millones de dólares, en medios de comunicación internacionales. La agencia de noticias Xinhua, la Cadena Global de Televisión de China (CGTN, por sus siglas en inglés), la Radio Internacional de China y el portal web *China Daily* reciben toda importante financiación pública, tienen cuentas en redes sociales en muchos idiomas y regiones y venden, comparten o promocionan sus contenidos de algún otro modo. Sus noticias y vídeos son de categoría profesional, cuentan con cuantiosas subvenciones, cuestan menos que sus equivalentes occidentales y siempre presentan una imagen positiva de China y sus aliados.[32] Cientos de agencias de noticias de Europa, Asia y África utilizan sus contenidos, muchas de ellas en África, desde Kenia y Nigeria hasta Egipto y Zambia. Su centro regional se encuentra en Nairobi, donde contratan a destacados periodistas locales y crean contenidos en lenguas africanas, además de árabe, inglés, francés, español, ruso y chino.

Por el momento, no muchas personas ven estas cadenas y portales de propiedad china, cuya oferta es predecible y a menudo aburrida.[33] Sin embargo, poco a poco van apareciendo formatos de televisión china más amenos. StarTimes, una empresa

semiprivada de televisión por satélite vinculada a China, cuenta ya con más de trece millones de abonados en treinta países africanos. StarTimes es barata para los consumidores, ya que solo cuesta unos dólares al mes. Da prioridad a los contenidos chinos, no solo noticias, sino también películas de kungfu, telenovelas y fútbol de la Superliga de China, con los diálogos y comentarios traducidos al hausa, el suajili y otras lenguas africanas. Dispone asimismo de contenidos occidentales, pero su acceso tiene un coste adicional. StarTimes también ha adquirido una participación en una empresa sudafricana de televisión por satélite y ha creado una sociedad con una cadena de radiotelevisión pública de Zambia. De ese modo, incluso el entretenimiento puede transmitir mensajes positivos sobre China.[34]

A diferencia de muchos medios de comunicación occidentales, estos operadores no solo colaboran entre sí, sino directamente con el Gobierno chino. China no separa la propaganda, la censura, la diplomacia y los medios de comunicación en compartimentos estancos ni los considera actividades independientes, sea dentro o fuera del país. La presión jurídica sobre las agencias de noticias extranjeras, el bloqueo de sitios web extranjeros, los troleos dirigidos a periodistas extranjeros, los ciberataques..., todos ellos pueden utilizarse como parte de una única operación destinada a perjudicar a una agencia concreta o promover un determinado relato. El Partido Comunista de China se vale de asociaciones estudiantiles y agrupaciones profesionales para transmitir mensajes,[35] ofrece cursos de formación o estipendios a periodistas locales e incluso suministra teléfonos y ordenadores portátiles. Eso también forma parte de una estrategia clara: los propagandistas chinos prefieren

que sus puntos de vista aparezcan en la prensa local, firmados por periodistas locales. Ellos lo llaman «tomar prestado un barco para salir al mar».[36]

En esa línea, los chinos también cooperan, tanto abierta como discretamente, con los medios de comunicación de otras autocracias. Telesur, creada en la era de Hugo Chávez, es, en teoría, una cadena multinacional, pero, en la práctica, su sede está en Caracas y sus socios son Nicaragua y Cuba. Algunos de sus contenidos parecen dirigidos a audiencias regionales de izquierdas —por ejemplo, sus frecuentes ataques a Monsanto, la gigantesca multinacional agraria—. Telesur también recibe de sus colaboradores noticias extranjeras convenientemente escogidas, con titulares que se supone que generan poco interés en América Latina: «Las maniobras militares conjuntas de Estados Unidos y Armenia comprometen la estabilidad regional», por ejemplo, o «Rusia no tiene planes expansionistas en Europa», noticias ambas sacadas directamente de la agencia de noticias Xinhua en 2023.[37] Para los telespectadores que prefieren contenidos relacionados con un enfoque distinto, Irán también ofrece HispanTV, la versión en español de PressTV, la cadena de televisión internacional iraní, con una inclinación más clara hacia el antisemitismo y el negacionismo del Holocausto. Un titular de marzo de 2020 afirmaba: «El nuevo coronavirus es el resultado de un complot sionista».[38] España prohibió HispanTV y Google la bloqueó en YouTube, pero es muy accesible en toda América Latina, al igual que Al-Alam, la versión árabe de PressTV, lo está en Oriente Próximo.

RT —Russia Today— tiene mayor presencia que Telesur o PressTV y, en África, vínculos más estrechos con China.[39] Cuando la

cadena fue eliminada de las redes satelitales de televisión tras la invasión de Ucrania, desapareció brevemente de muchos países africanos. Sin embargo, cuando el satélite de StarTimes de China la incorporó, RT reapareció y empezó de inmediato a construir oficinas y relaciones en todo el continente, sobre todo en países gobernados por autócratas que están deseando recoger y reproducir los mensajes «tradicionales» de Rusia contra Occidente y el movimiento LGBT y que agradecen su falta de reportajes críticos o de investigación. Si bien el Gobierno argelino ha hostigado a periodistas de France 24, la cadena internacional francesa, parece que RT es ahora bien recibida en Argel.[40] Se están construyendo unas oficinas centrales en Sudáfrica.[41] RT Actualidad y RT Árabe pretenden llegar a la población de América Latina y Oriente Próximo.

Sin embargo, el verdadero objetivo de RT no es forzosamente la cadena de televisión en sí.[42] RT, al igual que PressTV, Telesur e incluso la CGTN de China, es más bien un escaparate, un centro de producción y un generador de videoclips que pueden difundirse por el entramado de redes sociales y, de hecho, humanas que los rusos y otros países han tejido con ese fin. Los estadounidenses recibieron un curso intensivo sobre cómo funciona ese entramado en 2016, cuando la Agencia de Investigación de Internet, con sede en San Petersburgo y dirigida en ese momento por el ahora difunto Yevgueni Prigozhin (posteriormente más famoso por liderar la rebelión de un grupo mercenario), generó gran cantidad de material cuyo objetivo era confundir a los votantes de Estados Unidos. Diversas cuentas de Facebook y Twitter de propiedad rusa que se hacían pasar por ciudadanos estadounidenses divulgaron eslóganes contra la inmigración destinados a favorecer a Donald Trump, así

como cuentas falsas de Black Lives Matter que atacaban a Hillary Clinton desde la izquierda. Generaron una atmósfera de histeria antimusulmana en lugares con pocos musulmanes[43] e incluso crearon el grupo de Facebook Secured Borders que dio pábulo a un movimiento contra los refugiados en Twin Falls, Idaho.[44]

Esa clase de tácticas se han extendido desde 2016. Hoy en día, las oficinas de Xinhua y RT en África, junto con Telesur y PressTV, generan noticias, eslóganes, memes y relatos que promueven la visión del mundo de Autocracia, S. A. Esos contenidos se reproducen y se amplían a través de plataformas reales y ficticias en muchos países, se traducen a muchos idiomas y se adaptan a los mercados locales. La mayor parte del material que se genera no es sofisticado, pero tampoco es caro. Los políticos, «expertos» y grupos mediáticos que lo utilizan son tanto reales como ficticios. Estos últimos ocultan a veces su titularidad amparándose en las mismas dúctiles leyes societarias que las empresas cleptocráticas. En vez de blanqueo de dinero, se trata de blanqueo de información. El objetivo es divulgar los mismos relatos que los autócratas utilizan en su país, relacionar la democracia con la degeneración y el caos, debilitar las instituciones democráticas, desprestigiar no solo a los activistas que promueven la democracia, sino al propio sistema.

El 24 de febrero de 2022, cuando Rusia invadió Ucrania, empezaron a circular por internet relatos fantásticos de guerra biológica. Los portavoces de los ministerios de Defensa y Asuntos Exteriores rusos declararon solemnemente que diversos laboratorios biológicos secretos de Ucrania financiados por Estados Unidos habían estado realizando experimentos con virus de murciélagos.[45] La información era infundada, por no decir ridícula, y se desacreditó de

inmediato y repetidas veces. Sin embargo, una cuenta de Twitter estadounidense con vínculos con la comunidad afín a la teoría de la conspiración QAnon —@WarClandestine— empezó a tuitear sobre el asunto y acumuló miles de retuits y visitas. El hashtag #biolab comenzó a ser tendencia en Twitter y obtuvo más de nueve millones de visitas. Incluso después de la suspensión de la cuenta —más adelante se reveló que pertenecía a una persona de carne y hueso, un veterano de la Guardia Nacional del ejército de Estados Unidos—, los usuarios siguieron publicando capturas de pantalla.[46] Una versión de la noticia apareció en Infowars, el sitio web conspiranoico creado por Alex Jones, que fue demandado con resultado favorable por divulgar teorías conspirativas sobre el trágico tiroteo escolar de Sandy Hook. Tucker Carlson, que aún era presentador de Fox News, emitió vídeos en los que un general ruso y un portavoz chino repetían la acusación y exigió que la Administración Biden «deje de mentir y nos diga qué pasa aquí».[47]

Los medios de comunicación públicos de China, respaldados por el Gobierno, también perseveraron en divulgar el bulo. Un portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores chino corroboró la versión de sus colegas rusos y declaró que Estados Unidos controlaba veintiséis laboratorios biológicos en Ucrania: «Rusia ha descubierto durante sus operaciones militares que Estados Unidos utiliza esas instalaciones para llevar a cabo proyectos biológicos militares». Xinhua publicó varios titulares: «Los laboratorios biológicos dirigidos por Estados Unidos podrían representar una amenaza para la población de Ucrania y de otros países»[48] y «Rusia insta a Estados Unidos a explicar el propósito de los laboratorios biológicos en Ucrania». Los diplomáticos estadounidenses desmintieron

vehementemente esas noticias.[49] Sin embargo, China siguió divulgándolas, al igual que los medios de comunicación asiáticos, africanos y latinoamericanos que tienen acuerdos de intercambio de contenidos con ese país. También lo hicieron Telesur,[50] PressTV y los diversos servicios lingüísticos de RT.[51]

China tenía un claro interés en esa versión de los hechos, ya que enturbiaba la historia reciente y ayudaba a eximirlos de tener que investigar sus propios laboratorios biológicos peligrosos, incluido el de Wuhan que podría haber sido el verdadero origen de la pandemia de COVID-19. La comunidad QAnon, muchos de cuyos integrantes promueven teorías conspirativas contra la vacuna, también podría haberse visto atraída por la idea de un complot para una guerra biológica porque encaja en su falso relato sobre la mala praxis médica en Estados Unidos. Con todo, estas tres fuentes de información —rusa, china y estadounidense extremista— también se unen en torno a muchos otros temas. Tras la invasión de Ucrania, repitieron todo el repertorio de la propaganda rusa sobre la guerra, desde describir a los ucranianos como «nazis» hasta afirmar que Ucrania es un Estado títere de la CIA. Después, esos temas aparecieron varios eslabones más abajo de la cadena, en medios de comunicación y redes sociales africanos, asiáticos y latinoamericanos.

Ese esfuerzo coordinado dio resultado. Restó efectividad al intento encabezado por Estados Unidos de generar solidaridad internacional con Ucrania e imponer sanciones a Rusia. En Estados Unidos, restó efectividad al intento de la Administración Biden de unificar la opinión pública del país. Según una encuesta, una cuarta parte de los estadounidenses creían que la teoría conspirativa de los

laboratorios biológicos era cierta.[52] Rusia y China, con la ayuda de algunos estadounidenses y europeos, crearon una cámara de resonancia internacional, en la que los venezolanos, los iraníes y muchos otros cumplen funciones de apoyo. Todas las personas que están dentro de esa cámara habrían oído la teoría conspirativa de los laboratorios biológicos muchas veces, siempre de una fuente distinta que la repetía y la ampliaba para que pareciera veraz.

Incluso gente que está fuera de la cámara de resonancia o cuyo medio de comunicación preferido no tiene un acuerdo de intercambio de contenidos con Xinhua también oyó la teoría conspirativa, gracias a las otras vías, más clandestinas, que Autocracia, S. A. utiliza para reforzar sus mensajes. Una de esas vías pasa por organizaciones como Pressenza, un sitio web fundado en Milán y trasladado a Ecuador en 2014. Pressenza publica en ocho idiomas, se describe como «una agencia de noticias internacional dedicada a noticias sobre la paz y la no violencia» y, en efecto, sacó un artículo sobre los laboratorios biológicos de Ucrania. Sin embargo, según el Centro para la Participación Mundial, que forma parte del Departamento de Estado de Estados Unidos, Pressenza es un proyecto ruso, dirigido por tres empresas rusas.[53] Escriben artículos en Moscú, los traducen al español y después los publican en sitios «autóctonos» de América Latina, siguiendo la práctica china, para que parezcan «locales». Pressenza negó esas acusaciones; de hecho, uno de sus periodistas, Oleg Yasinsky, que dice ser de origen ucraniano, respondió atacando a la «maquinaria de propaganda planetaria de Estados Unidos» y aludiendo al Che Guevara.

Al igual que Pressenza, Yala News también se publicita como independiente. Esta agencia de noticias en lengua árabe registrada en Reino Unido ofrece todos los días a sus tres millones de seguidores vídeos impecablemente realizados, algunos de entrevistas a famosos. En marzo de 2022, mientras otras agencias divulgaban las falsas alegaciones sobre los laboratorios biológicos, el sitio publicó un vídeo que se hacía eco de una de las versiones más sensacionalistas: Ucrania tenía previsto utilizar aves migratorias como vehículo de reparto de armas biológicas, infectándolas y después enviándolas a Rusia para propagar la enfermedad.

Yala no se inventó ese cuento absurdo. Los medios de comunicación públicos rusos lo publicaron primero, seguidos del sitio web Sputnik Árabe y RT Árabe. Con cara seria, el embajador ruso en la ONU hizo público un largo comunicado sobre el «escándalo de las aves biológicas», advirtiendo del «peligro biológico real para la población de los países europeos que puede acarrear la propagación incontrolada de agentes biológicos desde Ucrania».[54] Algunos se rieron; en una entrevista en Kiev en abril de 2022, el presidente Zelenski nos dijo a mis compañeros y a mí que la historia de las aves biológicas le recordaba un *sketch* de los Monty Python. Como agencia de noticias que se declara «independiente», Yala News tendría que haber verificado los hechos de esta historia, que se ridiculizó y se desmintió de manera generalizada.

Sin embargo, Yala News no es en absoluto una agencia de noticias. Como ha informado la BBC, es un centro de blanqueo de información, un sitio que existe para divulgar material creado por RT y otros medios rusos. Yala News ha afirmado en sus publicaciones que la matanza rusa de civiles ucranianos en Bucha fue un montaje;

que el presidente Zelenski apareció borracho en televisión y que los soldados ucranianos huían del frente. Aunque la empresa está registrada en una dirección de Londres —un apartado de correo compartido con otras sesenta y cinco mil empresas—, su «equipo de redacción» tiene su base en un barrio de Damasco. El director general de la empresa es un hombre de negocios sirio afincado en Dubái que, cuando la BBC le preguntó, volvió a defender su supuesta «imparcialidad».

¿Por qué molestarse en ocultar los vínculos de la empresa con Rusia y Siria? Las razones eran quizá pragmáticas: como la compañía es, en teoría, «británica», Yala News pudo eludir las sanciones impuestas a Siria y Rusia y, por tanto, publicar vídeos en Facebook y otras plataformas. Sin embargo, la identidad «británica» también podría haber tenido como objetivo dar legitimidad a los vídeos,[55] desvincularlos de las fuentes rusas que los realizaban y hacerlos más creíbles en una parte del mundo que es famosa por desconfiar de todas las fuentes de información oficiales.

Yala News no es el único agente extraño en este ámbito en particular. Otro es African Initiative, una agencia de noticias en línea constituida en 2023 y concebida específicamente para divulgar teorías conspirativas sobre la labor de salud pública de Occidente en África.[56] La agencia preparó una campaña para desacreditar la filantropía sanitaria occidental a partir de rumores sobre un nuevo virus que estaría siendo transmitido por mosquitos. La idea era desprestigiar a los médicos, dispensarios y filántropos occidentales y crear un clima de desconfianza en torno a la medicina occidental, de manera muy similar a como la campaña rusa contribuyó a crear un clima de desconfianza en torno a las vacunas occidentales durante la

pandemia. Una vez más, el Centro para la Participación Mundial del Departamento de Estado de Estados Unidos identificó al líder ruso del proyecto, señaló que varios empleados de African Initiative provenían del grupo Wagner y localizó dos de sus oficinas, en Malí y Burkina Faso.

En Europa, otra campaña rusa se vehiculó a través de la empresa RRN —las siglas de Reliable Russian News, que más adelante cambió a Recent Reliable News—. Creada en Moscú después de la invasión de Ucrania, RRN, que forma parte de una operación de blanqueo de información de mayor envergadura que los investigadores conocen como Doppelgänger, es fundamentalmente un «ciberokupa», una empresa que registra nombres de dominio que se parecen a los nombres de dominio de medios de comunicación reales —Reuters.cfd en vez de Reuters.com, por ejemplo—, así como sitios web con nombres que parecen auténticos (como Notre Pays, «Nuestro País»), pero que se crean con la intención de engañar. RRN es prolífica. Durante su corta existencia, ha creado más de trescientos sitios en Europa, Oriente Próximo y América Latina. Los enlaces a esos sitios se utilizan entonces para que las publicaciones en Facebook, Twitter, TikTok y otras redes sociales parezcan creíbles. Cuando una persona se desplaza rápidamente por la pantalla, puede no darse cuenta de que un titular enlaza con el sitio web falso Spiegel.pro, por ejemplo, en vez de hacerlo con la auténtica página web de la revista alemana Spiegel.de.[57]

La labor de Doppelgänger,[58] llevada a cabo por un puñado de empresas en Rusia (entre ellas, algunas de las mismas vinculadas a Pressenza), ha variado mucho y parece haber incluido un sitio web de verificación de datos falso, así como notas de prensa falsas de la

OTAN, con los mismos tipos de letra y presentación que las notas de prensa auténticas, que «revelaban» que los líderes de la organización tenían previsto desplegar tropas paramilitares ucranianas en Francia para sofocar las protestas por las pensiones. En noviembre de 2023, una serie de activistas que el Gobierno francés cree que están vinculados a Doppelgänger incluso pintaron estrellas de David por todo París, las fotografiaron y las publicaron en las redes sociales esperando aumentar la división de opiniones sobre la guerra de Gaza en Francia.

En otoño de ese año, parte del mismo equipo que creó RRN también emprendió un proyecto en Estados Unidos. Cuando la Administración Biden presentó una extensa propuesta de ley para financiar la ayuda militar a Ucrania, los estrategas rusos dieron instrucciones a sus empleados para que crearan mensajes en las redes sociales «en nombre de un residente de un barrio de las afueras de una gran ciudad». Según *The Washington Post*, debían hacerse pasar por un estadounidense que «no apoya la ayuda militar que Estados Unidos está dando a Ucrania y opina que el dinero debería gastarse en defender las fronteras de Estados Unidos y no las de Ucrania. Considera que la política de Biden está llevando a Estados Unidos a la ruina». En los meses siguientes, esa clase de publicaciones parecieron inundar, en efecto, algunas plataformas de redes sociales, al igual que las que trataban sobre la corrupción en Ucrania, incluida una que afirmaba, de manera infame y falsa, que el presidente Zelenski era propietario de dos yates.[59]

En parte porque el proyecto estaba relacionado, una vez más, con la idea de que democracias como la estadounidense o la ucraniana son caóticas y corruptas, una idea que atrae a un sector del Partido

Republicano de Estados Unidos, el ataque dio resultado y algunos de los bulos calaron. Un senador republicano, Thom Tillis, dijo a un entrevistador de televisión que, durante los debates sobre la ayuda a Ucrania, a algunos de sus compañeros, que habían leído los bulos, les preocupaba que «la gente se comprara yates con este dinero». El congresista Michael R. Turner, republicano de Ohio y presidente del Comité Selecto Permanente de Inteligencia de la Cámara de Representantes, dijo a otro entrevistador que «vemos intentos que provienen directamente de Rusia de camuflar comunicaciones que son mensajes antiucranianos y prorrusos, algunos de los cuales oímos incluso en el hemiciclo de la Cámara».[60]

Aun así, la gran mayoría de las personas que oyeron esas ideas y las repitieron tenían pocas pistas sobre quién las había creado, dónde o por qué. Y de eso se trataba: por muy chapuceros que parezcan esos esfuerzos, hay una lógica detrás de RRN y sus numerosas organizaciones hermanas. Ahora, esa lógica la están estudiando y copiando otros miembros de Autocracia, S. A.

En 2018, un tifón dejó a miles de personas atrapadas en el aeropuerto internacional de Kansai, cerca de Osaka (Japón). Entre ellas, había algunos turistas de Taiwán. Normalmente, esa noticia podría no haber tenido mucho peso político. Sin embargo, a las pocas horas del incidente, un portal de noticias taiwanés poco conocido empezó a informar sobre lo que describía como el fracaso de los diplomáticos taiwaneses en rescatar a sus ciudadanos. Un puñado de blogueros también empezaron a publicar en redes sociales, elogiando con entusiasmo a los funcionarios chinos que

habían enviado autocares para ayudar a sus ciudadanos a escapar con rapidez. Algunos de los turistas taiwaneses se habrían hecho pasar por chinos para subir a bordo. Los rumores sobre el incidente se extendieron. Empezaron a circular fotografías y vídeos, supuestamente del aeropuerto.

La noticia enseguida llegó a los principales medios de comunicación taiwaneses. Los periodistas atacaron al Gobierno: ¿por qué los diplomáticos chinos habían actuado con tanta rapidez y eficacia?, ¿por qué los taiwaneses eran tan lentos e incompetentes? Las agencias de noticias de Taiwán describieron el incidente como una vergüenza nacional, sobre todo para un país cuyos dirigentes proclaman que no necesitan el apoyo de China. Los titulares afirmaban: «Para subir al autocar, hay que hacerse pasar por chino» y «Los taiwaneses siguen al autocar de China». En su punto álgido, la furibunda cobertura mediática y los ataques en redes sociales fueron tan arrolladores que un diplomático taiwanés, aparentemente incapaz de soportar el aluvión de comentarios y la vergüenza del fracaso, se quitó la vida.[61]

Las investigaciones posteriores revelaron algunos hechos extraños. Muchas de las personas que con tanto entusiasmo habían escrito sobre el incidente en redes no eran reales; sus fotografías eran imágenes compuestas. El sitio web poco conocido que había divulgado la noticia resultó estar afiliado al Partido Comunista de China. Los vídeos también eran falsos. Lo más extraño de todo es que el Gobierno japonés confirmó que no había habido autocares chinos y, por tanto, ningún fallo especial por parte de Taiwán.

Sin embargo, también se habían abalanzado sobre ese aparente fracaso periodistas y presentadores de noticias taiwaneses reales, en

particular los que querían utilizarlo para atacar al partido gobernante de Taiwán, como sin duda había sido la intención de los propagandistas chinos. El anonimato de las redes sociales, la proliferación de sitios de «noticias» de origen incierto y la polarización de la política taiwanesa habían sido manipulados para promover uno de los relatos preferidos del régimen chino: «La democracia taiwanesa es débil. La autocracia china es fuerte. En caso de emergencia, los taiwaneses quieren ser chinos».

El blanqueo de información ruso y la propaganda china eran, hasta tiempos recientes, bastante distintos. China se mantenía casi siempre al margen de la política y el espacio informativo de Estados Unidos, salvo para promover logros propios o sus relatos sobre Tíbet, Sinkiang y Hong Kong. Incluso sus ataques a Taiwán estaban claramente enfocados, combinando a veces campañas de información con amenazas militares y boicots económicos. Por el contrario, las arremetidas de Rusia parecían más desordenadas, como si unos cuantos piratas informáticos estuvieran arrojando a voleo noticias descabelladas, solo para ver cuál daba en la diana.

Poco a poco, las tácticas de China y Rusia están convergiendo. En 2023, tras el devastador incendio forestal de Maui, los troles chinos se valieron de la inteligencia artificial para crear fotografías que demostraban supuestamente que los incendios habían sido provocados por un «arma meteorológica» secreta de Estados Unidos.[62] Pocos se enteraron de esas conspiraciones, pero marcaron una importante nueva fase: los chinos estaban experimentando, tejiendo redes y quizá preparándose para nuevas operaciones desestabilizadoras, al estilo ruso. En la primavera de 2024, una serie de cuentas chinas que hasta entonces habían

publicado material prochino en mandarín empezaron a hacerlo en inglés, utilizando símbolos trumpistas y atacando al presidente Joe Biden. Publicaron imágenes falsas de Biden vestido de presidiario, se burlaron de su edad y lo llamaron pedófilo satánico. Una cuenta vinculada a China compartió un vídeo de RT para reiterar la mentira de que Biden había enviado a un criminal neonazi a combatir en Ucrania. Alex Jones republicó la mentira en redes sociales, donde llegó a más de cuatrocientas mil personas.[63]

No son los únicos con grandes ambiciones territoriales. Diversas cuentas de redes sociales tanto reales como automatizadas geolocalizadas en Venezuela desempeñaron un papel pequeño pero interesante en las elecciones presidenciales mexicanas de 2018 al impulsar la campaña electoral de Andrés Manuel López Obrador. Destacan dos clases de mensajes:[64] los que divulgaban imágenes de la violencia y el caos de México —imágenes que pueden inducir a la población a pensar que necesita a un hombre fuerte para restablecer el orden— y los que se oponían ferozmente al Tratado de Libre Comercio de América del Norte y a Estados Unidos en general. Los troles radicados en Venezuela y los prorrusos —un analista los llamó «todo un ejército de cuentas zombis»— también actuaron juntos en España, sobre todo durante el referéndum ilegal de independencia de Cataluña de 2017. Organizado por el Gobierno regional separatista de Cataluña sin un fundamento legal en la legislación española, el referéndum estuvo marcado por protestas y refriegas con la policía, descritas en RT como «brutal represión policial contra los votantes en el referéndum catalán». Valiéndose de ese tipo de titulares, junto con declaraciones de que «Cataluña elige

su destino entre porras y balas de goma», los troles consiguieron llegar a más gente que la televisión pública española.[65]

Tanto en el caso mexicano como en el catalán, estas minúsculas inversiones en redes sociales, si acaso ayudaron en algo, probablemente se valoraron de manera positiva. Después de ocupar la presidencia, López Obrador entregó empresas civiles al ejército, [66] debilitó la independencia del poder judicial y degradó la democracia mexicana en otros aspectos. También promovió los relatos de Rusia sobre la guerra en Ucrania, así como las de China sobre la represión de los uigures.[67] Las relaciones de México con Estados Unidos se volvieron más difíciles, lo que, sin duda, era parte del objetivo.

El caso de Cataluña tuvo un desarrollo aún más largo y complejo. Después de que el Gobierno español anulara el referéndum ilegal, el expresidente catalán Carles Puigdemont huyó de España. En 2019 envió a un emisario, Josep Lluís Alay, a Moscú. Allí, según *The New York Times*, el emisario recabó la ayuda del Gobierno ruso para crear cuentas bancarias y empresas secretas que financiarían operaciones en apoyo del independentismo. Unos meses después estalló en Cataluña una protesta extraña y forzada cuando un grupo de manifestantes que habría contado con el respaldo de la inteligencia rusa ocupó un banco, cerró un aeropuerto y bloqueó la principal carretera entre Francia y España.[68]

Las redes rusa y venezolana no inventaron nada nuevo en ninguno de los dos casos. López Obrador es una figura íntegramente mexicana, con una larga trayectoria política en el país, no un intruso ni un infiltrado ruso. Las divisiones internas de España también son muy antiguas y muy reales. Tanto los partidarios como los

detractores de la independencia de Cataluña tienen una larga historia. En Francia, el antisemitismo es igual de genuino, al igual que el sentimiento antisistema en líneas más generales, y esa es también la idea; las operaciones de información de las autocracias exageran las divisiones internas y la rabia que son normales en política. Pagan o apoyan a las voces más exaltadas esperando volverlas más extremas y quizá más violentas; confían en incitar a la gente a cuestionar al Estado, a desconfiar de la autoridad y, finalmente, a poner en duda la democracia misma.

Para sembrar el caos, estos nuevos propagandistas, al igual que sus líderes, recurrirán a cualquier ideología, tecnología o emoción que les resulte útil. Los instrumentos de desestabilización pueden ser conservadores, progresistas, separatistas o nacionalistas e incluso adoptar la forma de conspiraciones médicas o pánico moral. Solo el propósito no cambia nunca: Autocracia, S. A. espera reescribir las reglas del mismísimo sistema internacional.

Cambiar el sistema operativo

Antes de explicar la manera en que las autocracias intentan acabar con el sistema internacional, conviene recordar cómo empezó todo.

En 1946, durante los primeros tiempos aún optimistas del mundo de la posguerra, las novísimas Naciones Unidas crearon la Comisión de Derechos Humanos. Presidida por Eleanor Roosevelt, la viuda del presidente Franklin Delano Roosevelt, la comisión se propuso redactar lo que se convertiría en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. El comité de redacción original incluía a un jurista canadiense, uno francés, un teólogo libanés y un filósofo chino. También se sumaron representantes de la Unión Soviética, Reino Unido, Chile y Australia; en una fase posterior, una delegada india, Hansa Mehta, argumentó con acierto que el artículo 1 del documento no solo debía proclamar que «todos los *hombres* nacen libres e iguales», sino que «todos los *seres humanos* nacen libres e iguales». Los redactores estaban influidos por el movimiento de la democracia cristiana, el confucianismo, las tradiciones jurídicas liberales y el campo en expansión del derecho internacional. Por asombroso que parezca, los unía la idea de que de verdad podía existir algo llamado «derechos humanos universales», una serie de principios comunes a todas las culturas y sistemas políticos.

La Unión Soviética votó en contra del documento cuando se ratificó en 1948, al igual que varios de sus estados satélite. Sin embargo, la mayor parte de los nuevos miembros de la ONU — africanos, asiáticos y latinoamericanos, así como norteamericanos y europeos— votaron a favor. El documento declaraba que «la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana».[1] También reconocía que «el desconocimiento y el menosprecio de los derechos humanos han originado actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la humanidad». Entre otros muchos principios, la declaración afirmaba que «todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona», que «nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado», y que deben prohibirse la tortura y la esclavitud. La declaración incluso proclamaba que «nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra esas injerencias o esos ataques».

Esas ideas se convirtieron en la base de una veintena de otros tratados, así como de muchas instituciones multilaterales. El Acta Final de Helsinki,[2] el tratado que reconoció la inviolabilidad de las fronteras en Europa y puso oficialmente fin a la Segunda Guerra Mundial, estipula que los signatarios «promoverán y fomentarán el ejercicio efectivo de los derechos y libertades civiles, políticos, económicos, sociales, culturales y otros derechos y libertades, todos los cuales derivan de la dignidad inherente a la persona humana». La Carta de la Organización de los Estados Americanos declara que

«la democracia representativa es condición indispensable para la estabilidad, la paz y el desarrollo de la región».[3]

En la práctica, esos documentos y tratados, a veces conocidos colectivamente como «orden liberal internacional», siempre han descrito cómo debería funcionar el mundo, no cómo lo hace en realidad. El Convenio para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de la ONU no evitó el genocidio en Ruanda. La Convención de Ginebra no impidió que los vietnamitas torturaran a los prisioneros de guerra estadounidenses ni que los estadounidenses torturaran a los prisioneros de guerra iraquíes. Entre los signatarios de la Declaración Universal de los Derechos Humanos figuran estados conocidos por vulnerar los derechos humanos, entre ellos China, Cuba, Irán y Venezuela. La Comisión de Derechos Humanos de la ONU hace tiempo que degeneró en una farsa.

Sin embargo, esos documentos han influido en el comportamiento humano en el mundo real y aún lo hacen. En los años sesenta, los disidentes soviéticos aprendieron a avergonzarse a su Gobierno señalando las referencias a los derechos humanos en tratados que el Kremlin había firmado. En la primera década del siglo XXI, los estadounidenses que torturaron a prisioneros de guerra iraquíes, violando los Convenios de Ginebra, fueron juzgados en consejo de guerra, declarados culpables y condenados a penas de cárcel en prisiones militares. En 2022, el Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos hizo público un informe que evaluaba el hostigamiento de los uigures por parte de China y describía las detenciones y torturas masivas como «crímenes contra la humanidad». Los chinos reaccionaron como cabía esperar —

calificaron el documento de «información fragmentada y falsa que sirve de instrumento político a Estados Unidos y otros países occidentales»—,[4] pero no pudieron hacer que desapareciera de los medios de comunicación internacionales ni, quizá, evitar que tuviera eco en China. En 2023, el Tribunal Penal Internacional dictó una orden de detención contra el presidente Putin y María Lvova-Belova, la comisaria rusa para los derechos de la infancia, por el delito de secuestro y deportación de miles de niños ucranianos. Aunque los rusos tacharon la acusación de irrelevante, la orden significa que el presidente ruso corre el riesgo de que lo detengan cuando visita países que han firmado ese tratado fundacional.[5]

Incapaces de impedir ese tipo de decisiones, o al menos no todas ellas, las autocracias lideran ahora la ofensiva para eliminar por completo esa clase de lenguaje del ámbito internacional. Durante más de una década, mientras los líderes de Occidente han estado distraídos con otras preocupaciones, los chinos han convertido la reescritura gradual de las normas en uno de los pilares centrales de su política exterior. En un congreso del Partido Comunista en 2017, Xi Jinping declaró públicamente que esta era una «nueva era» de «diplomacia de gran potencia con características chinas».[6] Y en esta nueva era —una época de «gran rejuvenecimiento de la nación china»— China busca «tomar parte activa en el liderazgo de la reforma del sistema de gobernanza mundial». En la práctica, eso significa que China lidera la ofensiva para eliminar el lenguaje de los derechos humanos y la democracia de las instituciones internacionales. «Para que el PCCh logre la legitimidad moral, el respeto y el reconocimiento que necesita para liderar un nuevo orden mundial —escribe la jurista y experta en China Andréa

Worden—, debe eliminar la amenaza de los derechos humanos universales de Occidente».[7]

En lugar de los derechos humanos, que están supervisados por organizaciones externas y organismos independientes y pueden valorarse en virtud de normas internacionales, China quiere dar prioridad al derecho al desarrollo, que es una cuestión que solo pueden definir y valorar los gobiernos. China también recurre en gran medida a la palabra «soberanía», que tiene muchas connotaciones, algunas de ellas positivas. Sin embargo, en el contexto de las instituciones internacionales, «soberanía» es el término que los dictadores utilizan cuando quieren rebatir las críticas a sus políticas, provengan de organismos de la ONU, observadores independientes de derechos humanos o sus propios ciudadanos. Cuando alguien protesta por las ejecuciones extrajudiciales del régimen de Irán, los mulás iraníes gritan «soberanía». Cuando alguien se opone a la represión del pueblo de Hong Kong por parte del Gobierno chino, China también habla de «soberanía». Cuando alguien cita la famosa frase del artículo 1 de la declaración de la ONU —«Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos»—, los defensores autoritarios de la soberanía rechazan ese lenguaje como muestra del imperialismo occidental. A ese uso general del término, el presidente ruso añade un giro adicional. Soberanía, en la definición de Putin, incluye el derecho a maltratar a los ciudadanos de su país y a invadir a otros en el extranjero. Ese privilegio solo está al alcance de unas pocas grandes naciones. «No hay muchos países en el mundo que tengan soberanía», dijo Putin en 2017. El contexto dejaba claro que creía que Rusia es soberana, pero las naciones europeas no.[8]

Para proteger su soberanía, China también aspira a cambiar otros lenguajes. En vez de «derechos políticos» o «derechos humanos», los chinos pretenden que la ONU y otras organizaciones internacionales hablen de «cooperación de beneficio mutuo» —con lo que quieren decir que todo el mundo saldrá beneficiado si cada país conserva su propio sistema político—. También pretenden que se popularice el «respeto mutuo» —con lo que quieren decir que nadie debe criticar a nadie—. Ese vocabulario es insulso y nada intimidante a propósito: ¿quién podría estar en contra de la «cooperación de beneficio mutuo» o del «respeto mutuo»?

Aun así, los chinos ponen muchísimo empeño —tanto que los delata— en introducir esa clase de lenguaje en los documentos de la ONU. Si prevalecen el respeto mutuo, la cooperación de beneficio mutuo y la soberanía, los defensores de los derechos humanos, las comisiones internacionales de investigación o cualquier crítica pública a la política de China en Tíbet, Hong Kong o Sinkiang no tendrán razón de ser. La ya limitada capacidad de la ONU para investigar a sus estados miembros se verá más mermada aún.

Mientras China intenta cambiar la manera de hablar de los diplomáticos y los burócratas en el seno de la ONU, Rusia ha centrado la mayor parte de sus esfuerzos en cambiar la conversación popular en todo el mundo. Si «beneficio mutuo» suena bien, «multipolaridad», la palabra que hoy prefieren los medios informativos rusos, podría ser incluso más atrayente. Un mundo multipolar tiene por objeto ser justo y equitativo, a diferencia del mundo centrado en Estados Unidos o la hegemonía estadounidense con la que intentan acabar. El término es especialmente útil porque a menudo se utiliza, sin connotaciones políticas, para expresar la idea

de que hay más naciones con peso internacional que las que había antes, lo que tan solo es una observación acertada. «Avanzamos hacia un mundo multipolar», dijo el secretario general de la ONU, António Guterres, en 2023.[9] La idea no es nueva: el periodista Fareed Zakaria publicó un libro que describía el «ascenso del resto», el poder cada vez mayor de las nuevas potencias mundiales, hace más de quince años.[10]

Como parte de un relato ruso más reciente sobre el fin de los valores universales, el término también ha adquirido un cierto tinte marxista, como si los países previamente oprimidos estuvieran derrocando a sus opresores. Sirviéndose de esa idea, Rusia, que es una potencia colonial, se presenta como líder de países que fueron colonias y hace un llamamiento a lo que el analista Ivan Kłyszcz describe como multipolaridad mesiánica, una batalla contra la imposición por parte de Occidente de valores «decadentes» y «globalistas».[11] En septiembre de 2022, cuando el presidente ruso ofició una ceremonia para conmemorar su anexión ilegal del sur y el este de Ucrania, no habló de las personas a las que había torturado o recluido en campos de concentración, sino que afirmó estar protegiendo a Rusia del Occidente «satánico» y de las «perversiones que llevan a la degradación y extinción».[12] Unos meses después, dijo en una reunión en Moscú: «Hoy en día luchamos por la libertad no solo de Rusia, sino de todo el mundo [...]. Decimos abiertamente que la dictadura de Estados Unidos —lo vemos, todo el mundo lo ve ahora— se está descomponiendo. Ha caído, como dicen, en el caos, y sencillamente es peligrosa para quienes nos rodean».[13]

Por supuesto, la paradoja reside en que Rusia es un verdadero peligro para todos los que la rodean, razón por la cual la mayoría de

sus vecinos, ahora también Suecia y Finlandia, están rearmándose y preparándose para resistirse a la ocupación colonial rusa. El tono anticolonial también crea paradojas en otros países. Desde 2021, los mercenarios rusos del grupo Wagner ayudan a mantener una dictadura militar en el poder en Malí, donde los han acusado de llevar a cabo ejecuciones sumarias, cometer atrocidades contra civiles y saquear propiedades.[14] En Malí, como en Ucrania, la multipolaridad significa que brutales esbirros rusos de piel blanca desempeñan ahora un papel destacado en la vida pública. Sin embargo, Mali Actu, una página web prorrusa de Malí, explica solemnemente a sus lectores que «en un mundo cada vez más multipolar, África tendrá un papel cada vez más importante».[15]

Por paradójica o siniestra que sea, la multipolaridad es hoy la base de toda una campaña, divulgada de forma sistemática en RT en inglés, francés, español y árabe, repetida por sitios web de blanqueo de información como Yala News y proclamada hasta la saciedad por otros mil intermediarios, grupos de reflexión y periodistas prorrusos pagados y no pagados, así como por otros portavoces de Autocracia, S. A. Xinhua celebró el ingreso de la Unión Africana en el G20 —el foro internacional de las veinte mayores economías del mundo— como muestra de «la enérgica irrupción del mundo multipolar».[16] La Cadena Global de Televisión de China, en un artículo en línea ilustrado con una fotografía del dictador sirio Bashar al Asad —que masacra a su propio pueblo—, informa a sus espectadores de que «la diplomacia de China inyecta vitalidad al mundo multipolar».[17] El presidente de Venezuela, Nicolás Maduro, ha hablado del «mundo multipolar y pluricéntrico que nosotros anhelamos y por el cual unimos nuestras banderas de lucha con todos los pueblos del mundo

multipolar».[18] Cuando visitó China, tuiteó que su viaje fortalecería «los lazos de cooperación y la construcción de una nueva geopolítica mundial».[19] Corea del Norte ha expresado su deseo de cooperar con Rusia «para establecer un “nuevo orden internacional multipolarizado”».[20] Cuando el presidente de Irán, Ebrahim Raisi, visitó en 2023 las tres autocracias más importantes de América Latina, Venezuela, Cuba y Nicaragua, dijo que el propósito de su viaje era «oponerse al imperialismo y al unilateralismo», con lo que se refería a que quería consolidar su oposición a la democracia y a los derechos universales.[21]

Poco a poco, los países que lideran el ataque al lenguaje de los derechos, la dignidad humana y el Estado de derecho están creando sus propias instituciones. Los miembros de la Organización de Cooperación de Shanghái —China, India, Kazajistán, Kirguistán, Rusia, Pakistán, Tayikistán y Uzbekistán (Afganistán, Bielorrusia, Irán y Mongolia tienen estatus de observadores)— están todos de acuerdo en reconocer la «soberanía» del resto, no criticar su comportamiento autocrático y no intervenir en su política interna. El grupo de países conocido como los BRICS (el acrónimo de Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, y originalmente un término acuñado por un economista de Goldman Sachs para describir las oportunidades de negocio de los mercados emergentes) también está transformándose en una institución internacional alternativa, con reuniones periódicas y nuevas adhesiones. En enero de 2024, Irán, Arabia Saudí, Egipto, Emiratos Árabes Unidos y Etiopía se unieron al grupo para darle el carácter de un nuevo orden mundial orientado hacia Moscú y Pekín.

A veces, a los grupos como los BRICS y la Organización de Cooperación de Shanghái se los desdeña por resultar en mucho ruido y pocas nueces, un pretexto para hacerse la foto una vez al año. No obstante, representan algo real. Aunque no todos los líderes que asisten a las reuniones son autócratas —el grupo BRICS, en particular, no tiene una postura política unificada—, muchos quieren utilizar estas instituciones para ayudar a expandir por todo el mundo el mismo tipo de poder ilimitado del que gozan en sus países. Si el antiguo sistema tenía por objeto inculcar el «gobierno mediante la ley», estas nuevas instituciones pretenden promover el «gobierno bajo la ley», es decir, la idea de que la «ley» es lo que el actual autócrata o líder del partido gobernante dice que es, sea en Irán, Cuba o cualquier otro país del mundo. Y al igual que el antiguo sistema de derechos universales tenía implicaciones para el comportamiento real de las naciones, también el nuevo las tiene.

Al leer sobre «derecho internacional» o «derechos humanos», los habitantes del mundo democrático pueden sentir aún un cierto distanciamiento, una ausencia de amenaza directa. Sin duda, su sistema político protegerá a cualquiera que viva en él de la falta de ley y orden que impera en Rusia o Cuba; sin duda, existen normas y reglamentos que la comunidad internacional siempre compartirá: el derecho marítimo, por ejemplo, o las normas que rigen el proceder de los controladores aéreos. En 2021 el dictador de Bielorrusia, Alexandr Lukashenko, echó por tierra ese supuesto fundamental con una maniobra sin un precedente exacto cuando pidió a las autoridades de aviación del país que desviarán un avión de la

compañía irlandesa Ryanair que atravesaba el espacio aéreo bielorruso en su trayecto de Atenas (Grecia) a Vilna (Lituania), de una parte de la Unión Europea a otra. El control de tráfico aéreo bielorruso informó falsamente a los pilotos de que el avión llevaba una bomba a bordo. Según los medios de comunicación públicos de Bielorrusia, el avión fue «escortado» hasta Minsk, la capital, por un caza MiG.

En realidad, no había ninguna bomba, la amenaza era falsa y Minsk ni tan siquiera era el aeropuerto más cercano. Cuando el avión aterrizó, nadie corrió a poner a salvo a los pasajeros. El verdadero propósito de la maniobra quedó claro cuando se llevaron a dos de ellos: Roman Protasevich, bloguero y periodista de la oposición bielorrusa, y su novia, Sofia Sapega. Protasevich fue uno de los redactores originales de Nexta,[22] el canal de Telegram que se convirtió en una de las fuentes más importantes de información ciudadana durante las multitudinarias manifestaciones contra el régimen que tuvieron lugar en Minsk en 2020. Había huido del país y vivía en el exilio desde entonces. En su ausencia, el Estado bielorruso lo había declarado «terrorista» y, en cuanto el avión empezó a descender, supo que era el objetivo.[23] «Me enfrento a la pena de muerte», dijo a uno de los pasajeros.[24] Al final, el Estado no lo mató, pero fue sometido a brutales interrogatorios, aislamiento y tortura, como tantos otros presos políticos en Bielorrusia.[25] Finalmente, hizo una grotesca confesión televisada, renegó de sus amigos y dejó a Sapega para salvar la vida.[26]

Que Lukashenko estuviera dispuesto a retener con engaños y posiblemente poner en peligro un avión de propiedad y matrícula europeas que transportaba a ciudadanos en su mayor parte

Europeos de un país europeo a otro significaba tanto que estaba listo para romper por completo con Europa como que confiaba plenamente en el apoyo económico y político del mundo autocrático. Su confianza estaba bien depositada. Aunque el secuestro suscitó las habituales protestas de Occidente, y aunque se expulsó a la aerolínea nacional bielorrusa del espacio aéreo europeo, Lukashenko no pagó otro precio que ese. No había ninguna institución internacional con peso suficiente para castigarlo o liberar a Protasevich. El dictador bielorruso estaba protegido por la «soberanía» y por sus amigos. Inmediatamente después del incidente, la directora de RT tuiteó que el secuestro la hacía «envidiar» a Bielorrusia.[27] Lukashenko, escribió, «actuó de manera impecable». Otro alto funcionario ruso calificó el secuestro de «factible y necesario».[28]

Aunque quizá esa fue la primera vez que un régimen autocrático abusaba de los mecanismos de control del tráfico aéreo para secuestrar a un disidente, no era ni de lejos la primera vez que las autocracias extendían sus tentáculos más allá de sus fronteras para hostigar, detener o asesinar a sus ciudadanos. La organización de derechos humanos Freedom House llama a esta práctica «represión transnacional» y ha recopilado más de seiscientos ejemplos.[29] A veces, esos crímenes los comenten agentes de inteligencia o sicarios. Los empleados del GRU, la inteligencia militar rusa, han utilizado venenos radiactivos y agentes nerviosos contra enemigos del Kremlin en Londres y Salisbury, en Inglaterra, donde su objetivo sobrevivió, pero asesinaron a una mujer británica por error. Otro sicario, enviado por el Estado ruso, asesinó a un antiguo combatiente checheno en el centro de Berlín.[30] Diversos críticos y

ejecutivos rusos han muerto de manera misteriosa al caer por escaleras o ventanas en India,[31] el sur de Francia[32] y Washington D. C.[33] Asimismo, la República Islámica de Irán lleva más de cuatro décadas asesinando o intentando asesinar a exiliados iraníes en Europa[34] —Dinamarca, Francia, Alemania, Países Bajos, Suecia, Reino Unido—, así como en Oriente Próximo, América Latina y Estados Unidos, y la cifra ha aumentado de manera drástica en la última década. En enero de 2023, el Gobierno estadounidense acusó a tres miembros de una banda criminal —originarios de Azerbaiyán, Rusia y Georgia— de conspirar en nombre del Gobierno iraní para asesinar a Masih Alinejad, firme opositora del régimen iraní y ciudadana estadounidense, en su domicilio de Brooklyn.[35]

A veces, las autocracias se apoyan unas a otras en esa clase de actuaciones, lo que contribuye a darles un viso de legalidad. Por ejemplo, los miembros de la Organización de Cooperación de Shanghái han acordado luchar juntos contra el terrorismo, el separatismo y el extremismo, con lo que, de hecho, cada Estado acepta reconocer las definiciones que los demás hacen de esos términos. En la práctica, significa que, si China dice que uno de sus ciudadanos exiliados es un delincuente, Rusia, Kazajistán o cualquiera de los otros miembros ordenará su deportación a China. Sin embargo, esas definiciones están empezando a aplicarse en más países, incluidas algunas democracias híbridas que sienten la presión de Rusia y China. Tailandia, que no es miembro de la Organización de Cooperación de Shanghái, ha detenido a disidentes rusos y ha deportado a China a miembros de la minoría uigur. Turquía, un país que hasta fechas recientes respaldaba a los uigures por sentirlos afines —son musulmanes y hablan una lengua túrquica—, también

ha empezado a detenerlos y deportarlos. «Cuando te alzas contra China —ha dicho un disidente uigur—, eres una amenaza estés donde estés».[36]

China también sigue muy de cerca a su diáspora. Activistas chinos por la democracia que viven en Estados Unidos y Canadá han recibido visitas de agentes de su país que intentan convencerlos, o chantajearlos, para que regresen a él.[37] Algunos son objeto de amenazas por teléfono o por internet.[38] Ciping Huang, directora ejecutiva de la Fundación Wei Jingsheng, que lleva el nombre de uno de los activistas por la democracia más famosos de China, me contó que, en la última década, les han entrado más de una docena de veces en sus oficinas de Washington D. C. Se han llevado ordenadores viejos, han cortado cables telefónicos y han tirado el correo al váter, presuntamente solo para dejar constancia de su presencia. En 2023, el FBI detuvo a dos personas por dirigir una «comisaría» china ilegal en Nueva York, unas oficinas utilizadas por agentes de seguridad chinos para vigilar a ciudadanos y disidentes chinos.[39] El Gobierno neerlandés dice haber descubierto también dos comisarías chinas ilegales en los Países Bajos y hay testimonios y rumores de que existen otras.[40]

Otras autocracias más pequeñas han seguido su ejemplo. En febrero de 2024, cuatro hombres que se hacían pasar por agentes de la policía chilena secuestraron y asesinaron a Ronald Ojeda, un exmilitar venezolano exiliado, en su casa de Santiago de Chile; nueve días después fue hallado desmembrado y sepultado bajo un metro y medio de hormigón.[41] El Gobierno ruandés ha hostigado, agredido o asesinado a disidentes exiliados en al menos seis países, entre ellos Bélgica, donde encontraron a un expolítico flotando en un

canal, y Sudáfrica, donde dispararon a un exdirigente militar en el estómago. Paul Rusesabagina, que cobijó a más de mil personas durante el genocidio de Ruanda en 1994 y cuya historia se narra en *Hotel Ruanda*, película que estuvo nominada al Óscar, emigró de su país después de enfrentarse con el presidente ruandés, Paul Kagame. Pese a vivir en Estados Unidos, en 2020 lo engañaron para que subiera a bordo de un avión privado en Dubái y lo llevaron de regreso a Kigali, donde lo encarcelaron de inmediato.[42] Incluso India, una democracia híbrida, ha empezado a seguir a sus opositores políticos por todo el mundo. En 2023, unos agentes indios habrían asesinado a Hardeep Singh Nijjar, líder de la comunidad sij en Canadá,[43] y urdido el asesinato de otro en Estados Unidos.

El objetivo principal de esos ataques es, por supuesto, la eliminación, intimidación o neutralización de los exiliados políticos. Hoy en día, incluso desde la distancia, un crítico elocuente puede tener impacto, sea a través de un canal de YouTube o un grupo de WhatsApp o sencillamente porque se mantiene fiel a sus ideas, pese a los esfuerzos del régimen, y se convierte en un símbolo de esperanza. La represión transnacional también degrada el Estado de derecho en los países donde se perpetran los crímenes. Poco a poco, su policía se acostumbra a la violencia; al fin y al cabo, afecta sobre todo a personas extranjeras. Los funcionarios del Gobierno que se han solidarizado con los exiliados o sus causas también se vuelven insensibles o indiferentes al hostigamiento; al fin y al cabo, tienen otras cosas que hacer. La prensa local no cubre esa clase de noticias o, si lo hace, es solo de manera esporádica. La idea de que es imposible parar a China, Ruanda o Irán —es su forma de ser, ellos son así— pasa a formar parte de la cultura. Las democracias acaban

simplemente por aceptar la falta de ley y orden, incluso dentro de sus fronteras. Lo cual no es sorprendente, ya que también están acabando por aceptar la violencia a una escala mucho mayor.

En septiembre de 2018, Naciones Unidas intervino para «desescalar» la situación en Idlib, la región noroccidental de Siria. «Desescalada» es un eufemismo; es lo que ocurre cuando los diplomáticos no pueden impedir una guerra, pero, aun así, intentan salvarle la vida a la gente. Siria era una zona de guerra activa, convulsionada por la violencia desde 2011. Ese año, el dictador sirio se había vuelto contra los manifestantes pacíficos que esperaban acabar con su cruel régimen. Al Asad bien podría haber perdido la guerra civil que siguió si el Gobierno iraní no le hubiera enviado combatientes, asesores, inteligencia y armas y si el ejército ruso, en 2015, no hubiera entrado en el conflicto a favor del régimen sirio. Si los dictadores de Venezuela, Zimbabue y Bielorrusia han estado respaldados por la propaganda, la tecnología de vigilancia y la ayuda económica del mundo autocrático, a Al Asad lo salvaron de una manera menos sutil las balas rusas e iraníes.

Los dos ejércitos tenían motivos distintos. Irán necesitaba acceder al territorio sirio porque envía armas y combatientes a sus delegados cercanos, Hezbolá en Líbano y Hamás y otros grupos pequeños en Palestina, Irak y la propia Siria. A los iraníes también les convenía la hostilidad de Siria hacia Israel.[44] Aunque no estuviera totalmente alineado con la guerra religiosa de la República Islámica, Al Asad era un apoyo adicional, una amenaza añadida y un aliado más en la región.

A buen seguro, la lógica de Putin era más amplia. Probablemente, intervino porque le asustaba la Primavera Árabe que había precedido al levantamiento sirio, ya que se parecía demasiado a la «revolución de colores» que teme en Rusia, y porque quería demostrarles a los rusos que la movilización y la protesta políticas terminan con un baño de sangre. También quería preservar los antiguos lazos de Rusia con Siria y demostrar que podía competir de igual a igual con Estados Unidos en Oriente Próximo.[45] Dos años antes, el presidente Barack Obama se había negado a intervenir después de que el Gobierno sirio utilizara armas químicas —armas fabricadas con la ayuda de los iraníes— incluso después de prometer que lo haría.[46] Putin vio la oportunidad de desmarcarse de Obama y demostrar a qué se refería realmente con multipolaridad y un nuevo orden mundial. En el transcurso de los años siguientes, las tropas rusas, sirias e iraníes se emplearon a fondo para infringir todas las normas y todos los principios del derecho internacional posibles.

Una de esas transgresiones tuvo lugar en Idlib. En ese momento, la provincia era uno de los pocos territorios que quedaban bajo control de la oposición siria. Como parte de la «desescalada», la ONU pidió a todos los participantes en el conflicto que evitaran atacar hospitales y centros médicos. Incluso facilitó al Gobierno ruso las coordenadas exactas de los hospitales y centros médicos de Idlib a fin de proteger esos edificios. Sin embargo, en vez de preservarlos, los pilotos rusos y sirios i utilizaron las coordenadas de la ONU para dirigir los misiles hacia los hospitales! Tras una serie de impactos directos, los equipos médicos sobre el terreno dejaron de compartir información con la ONU.[47]

Ese hecho tan alarmante tendría que haber puesto al mundo en alerta. «Hoy, en Siria, lo anormal es ya normal. Lo inaceptable se acepta —dijo Joanne Liu, presidenta de Médicos Sin Fronteras, la organización médica sin ánimo de lucro—. La normalización de este tipo de ataques es intolerable».[48] Aun así, la normalización continuó. No se adoptaron medidas especiales; en la práctica, Europa y América del Norte aceptaron los ataques rusos a hospitales. En la práctica, el mundo también aceptó otro ataque de la aviación siria a un convoy de la ONU que un informe de la propia organización describió como «planeado con mucho rigor y ejecutado con suma crueldad [...] para entorpecer a propósito la llegada de ayuda humanitaria y atacar a los cooperantes».[49] La magnitud de la violencia en Siria contribuyó a sentar las bases para el ascenso de ISIS, la secta fanática; para el despiadado ataque de Hamás en Israel el 7 de octubre de 2023; para el uso de hospitales como refugios por parte de Hamás en Gaza, y para los ataques israelíes a hospitales y otros objetivos civiles también en Gaza. Cuando se descubrió que el Organismo de Obras Públicas y Socorro de Naciones Unidas en Palestina albergaba a combatientes de Hamás, nadie se extrañó; la ONU, incapaz de impedir que un miembro del Consejo de Seguridad infringiera sus normas, tampoco era ya capaz de impedir que los empleados de sus propios organismos cometieran actos de violencia al margen de la ley.

La guerra civil siria también sentó otro tipo de precedente. Por primera vez, una de las partes en guerra convirtió deliberadamente a las instituciones internacionales y a los cooperantes en el foco de su propaganda de guerra. La «manguera de falsedades», articulistas respaldados por el Kremlin disfrazados de periodistas y miles de

cuentas de redes sociales conocidas de otras campañas se utilizaron de manera reiterada para desacreditar a la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas, que estaba investigando el uso de gas sarín y otras sustancias químicas por parte de Siria, con el propósito de alegar que las filmaciones o pruebas de esos ataques eran falsas o un montaje.[50]

La misma red, reforzada por profesores universitarios, comentaristas, troles y blogueros británicos y estadounidenses de extrema izquierda y extrema derecha, también ha logrado desprestigiar a los cascos blancos, un equipo de tres mil trescientos socorristas sirios que ayudaron a decenas de miles de sirios a reponerse de los bombardeos sacándolos literalmente de entre los escombros. Los cascos blancos, cuya denominación oficial es Defensa Civil Siria, también documentaron los ataques del Gobierno sirio con fotografías, vídeos y testimonios personales. Cuando este usó gas sarín en 2017, un voluntario de los cascos blancos testificó que había visto a personas «perder por completo el conocimiento [...] casos de temblores y convulsiones, con espuma que les salía por las vías respiratorias y la boca».[51] La gente lo creyó porque los cascos blancos eran personas corrientes que ayudaban a otras personas corrientes, porque su labor generaba confianza. Los rusos lo sabían, razón por la cual intentaron minar esa confianza relacionándolos con George Soros o Al Qaeda, denunciando que sus operaciones de rescate eran «montajes» y desprestigiando también a sus donantes como partidarios del terrorismo.

La campaña de Rusia contra los cascos blancos llegó a millones de personas, entre otras cosas porque sus propagandistas aprendieron a manipular los algoritmos incluso antes de que las plataformas de

redes sociales entendieran lo que había sucedido. En abril de 2018, escribí «casco blanco» en un motor de búsqueda de YouTube y descubrí que siete de los primeros diez resultados eran enlaces a vídeos realizados por RT.[52] Sembraban dudas sobre si las armas químicas habían llegado a utilizarse e, incluso en el caso de haber sido así, argumentaban que la responsable era la oposición siria y no el Gobierno. La ingente cantidad de material contradictorio también pretendía, una vez más, convencer a la gente de que era imposible saber la verdad. Sin embargo, no se trataba solo de eso. Los cascos blancos generaban sentimientos de solidaridad, humanidad y esperanza. Para ganar la guerra, Rusia e Irán necesitaban que la población siria sintiera desesperación y apatía y que el resto del mundo se sintiera impotente. Y lo consiguieron.

Con el tiempo, los europeos dejaron de hablar de la guerra. En cambio, centraron su atención en una oleada de refugiados sirios sin precedentes, lo suficientemente grande para desestabilizar la política del continente y dar pie a una serie de elecciones europeas, desde las polacas de 2015 o el referéndum británico sobre el Brexit de 2016 hasta las elecciones al Parlamento Europeo de 2024. La preocupación por la cifra de migrantes se vio acrecentada por las operaciones de troleo de la extrema derecha y las campañas rusas, así como por varios prominentes atentados terroristas de grupos con raíces o financiación en el mundo autocrático. El mundo árabe también aceptó la violencia en Siria. Después de haber expulsado a Al Asad por abrir fuego contra manifestantes desarmados en 2011, la Liga Árabe finalmente se ofreció a readmitirlo en 2023. Con cara seria, el dictador cuyo régimen habían salvado Rusia e Irán aceptó con un llamamiento a la «no intervención». «Es importante dejar los

asuntos internos en manos de la gente del país, ya que ellos son los que mejor pueden gestionar sus propios intereses», dijo.[53]

Xi Jinping también respaldó el resultado de la guerra en Siria e incluso viajó a Irán, en 2016, para anunciar una nueva asociación con el régimen que había ayudado a destruirla. «Hemos decidido convertir nuestra relación mutua en [...] una relación estratégica», declaró.[54] Irán, por su parte, creó un nuevo eslogan en política exterior —«Mirar a Oriente»— y firmó un acuerdo que daba a China acceso al petróleo iraní a precios reducidos, así como a los mercados petroquímico, bancario, de infraestructuras y de telecomunicaciones de la república islámica. Esos acuerdos restaron eficacia a las sanciones que la Administración Trump impuso a Irán, lo que, en parte, era el objetivo.[55]

Por último, la guerra en Siria sentó el precedente para nuevas formas de intervención militar. Además del ejército regular ruso y los asesores iraníes, multitud de contratistas y mercenarios, combatientes con vínculos con estados reconocidos, pero con sus propias fuentes de financiación (y, en ocasiones, sus propios motivos), dominaron partes del campo de batalla. El primero de esos contratistas es el grupo Wagner, el nombre de varios grupos de mercenarios creados para combatir en el este de Ucrania en 2014 y enviados a Libia y Siria poco después. Desde el principio, Wagner estuvo financiado y abastecido por el Estado ruso, tanto directamente como a través de contratos gubernamentales concertados con Yevgueni Prigozhin, director general *de facto* de Wagner.[56] Dado que Wagner se anunciaba como «privado», el Estado ruso podía distanciarse de sus actividades y de las personas que lo integraban. Si morían en combate, no eran «soldados del

ejército ruso» y el Estado no tenía que reconocerlos. A diferencia de los soldados regulares, los comandantes de Wagner también podían hacer negocios en los lugares en los que operaban, donde pactaban concesiones mineras o la exportación de minerales y otros bienes tanto para beneficio personal como para sufragar su equipamiento y munición.

Los afiliados iraníes cumplen una función similar. Hezbolá y Hamás, al igual que los hutíes en Yemen y muchos grupos de menor tamaño, suelen describirse como organizaciones terroristas más que como grupos mercenarios, pero su *modus operandi* es parecido. Al igual que los estados de Autocracia, S. A., no tienen una ideología común; los iraníes no comparten ideología con el grupo Wagner o, a veces, ni tan siquiera entre ellos.[57] Sí se parecen a sus homólogos rusos en otros aspectos. Como Wagner, los grupos respaldados por Irán contratan a soldados profesionales, tienen amplios intereses comerciales y llevan a cabo campañas de propaganda, todo ello con diversos grados de respaldo iraní. Hezbolá dirige un partido político en Líbano y produce series y programas de televisión.[58] Hamás, antes de atacar a Israel en octubre de 2023, gobernaba Gaza como su propio feudo, un Estado autocrático en miniatura. Los hutíes, entrenados por Hezbolá, controlan una región de Yemen, pero también se consideran parte de un conflicto mundial, con Israel y Estados Unidos como principales adversarios. Todos ellos sienten un desprecio similar por las normas internacionales de cualquier tipo, un radicalismo a veces tan fuerte que incluso trasciende las diferencias entre chiíes y suníes u otras divisiones religiosas.

Hoy en día, se ofrecen a otros países paquetes similares de apoyo militar y económico, que incluyen armas, soldados a sueldo,

propagandistas y asesores. Los mercenarios de Wagner llegaron a Malí en 2021, invitados por un régimen militar, después de un golpe de Estado, para sustituir a las tropas francesas y de otros países que habían ayudado a combatir una insurgencia islámica. Incluso antes del golpe, aparecieron en Malí medios de comunicación y organizaciones prorrusos, así como campañas de desinformación al estilo ruso contra Francia y la ONU;[59] desde el golpe, los rusos han logrado acceder a tres minas de oro malienses, entre otros intereses.

Una historia paralela se desarrolló en la República Centroafricana después de que su presidente también invitara a las tropas de Wagner para que lo ayudaran a sofocar una revuelta. En la actualidad, los mercenarios de Wagner protegen al presidente y reprimen brutalmente a sus enemigos. Dirigen una emisora de radio que divulga propaganda rusa y del Gobierno y clama contra las «prácticas modernas del neocolonialismo».[60] En marzo de 2022, un diplomático ruso ordenó al máximo tribunal de la República Centroafricana que modificara la Constitución para que su presidente prorruso pudiera seguir en el poder después del periodo límite de dos mandatos.[61] Cuando el máximo juez del tribunal se opuso, fue destituido. A cambio de esos servicios, los rusos han obtenido licencias mineras, a veces después de intimidar a los anteriores propietarios, así como el derecho a exportar diamantes, oro y madera sin pagar impuestos.[62]

Como los fundadores de tantas otras empresas prósperas, los inversores originales de la operación Wagner en África parecen estar planteándose crear una franquicia. Un equipo del Royal United Services Institute británico ha descrito la actual oferta de Rusia a

dictadores en ejercicio o a aspirantes a dictador como un «paquete para la supervivencia del régimen».[63] Este *pack* de ayuda puede incluir protección personal para el dictador; ataques violentos a sus enemigos políticos; ayuda para sofocar una revuelta; campañas en medios de comunicación o redes sociales que incidan en los conceptos de «multipolaridad» y «anticolonialismo», así como contactos cleptocráticos que ayuden a la élite a ocultar dinero (y que posiblemente también beneficien a Rusia). Al aceptar ese paquete, el dictador local también se verá aislado de sus aliados democráticos, sea porque la violencia y la represión necesarias para mantenerse en el poder lo vuelven demasiado inaceptable o porque sus nuevos aliados rusos le insisten para que rompa relaciones con sus viejos amigos de Estados Unidos y Europa.

Quizá, en el futuro, otras autocracias ofrecerán también esa clase de paquetes. China podría prestarse a invertir en el tipo de régimen adecuado para debilitar la eficacia de las sanciones; Irán podría organizar una revuelta islámica para ayudar a derrocar a un Gobierno democrático inestable; los venezolanos podrían aportar su experiencia en el tráfico internacional de estupefacientes; los zimbabuenses podrían contribuir con el contrabando de oro. Puede que todo esto parezca descabellado, pero no debería. Un mundo en el que las autocracias colaboran para mantenerse en el poder, promover su sistema y perjudicar a las democracias no es una distopía lejana. Es el mundo en el que vivimos ahora mismo.

Desprestigiar a los demócratas

«En años recientes, diversas dictaduras —de origen tanto interno como externo— han caído o se han tambaleado cuando se les ha enfrentado una población desafiante y movilizada».[1]

Estas son las palabras con las que empieza *De la dictadura a la democracia*, un emblemático opúsculo escrito por Gene Sharp, un profesor universitario estadounidense. Sharp surgió del mundo del pacifismo, los derechos civiles y el activismo contra la guerra de los años cincuenta para convertirse, en los noventa, en un defensor de la revolución no violenta. Estudioso de Gandhi, King y Thoreau, creía que las dictaduras no sobreviven por las facultades o la personalidad fuera de lo común de los dictadores, sino porque la mayoría de las personas que viven bajo su dominio están sumidas en la apatía o tienen miedo. Creía que, si superaban su apatía y miedo y se negaban a aceptar las exigencias del dictador, este ya no podría seguir gobernando.

Sharp era un pragmático, no un soñador. No se oponía al uso de la violencia por motivos morales, sino porque es un medio ineficaz de luchar contra una dictadura: «Al depositar la confianza en los medios violentos, se ha escogido precisamente el modo de lucha con el cual los opresores casi siempre tienen superioridad». Los activistas por la democracia que utilizan la fuerza contra un régimen autocrático

suelen salir perdiendo, argüía. Tienen menos potencia de fuego y menos recursos que el Estado. Rara vez son capaces de reunir un ejército. Sharp argumentaba que los movimientos sociales deberían empezar «identificando el talón de Aquiles» del dictador, las áreas en las que es débil o vulnerable. Deberían dedicarse sistemáticamente a consolidar la oposición, combatir el miedo y la apatía, convencer a las personas para que expresen su resistencia al régimen y despojar de legitimidad a sus dirigentes. El objetivo es tomar el poder, pero hacerlo de manera pacífica.

De la dictadura a la democracia se publicó originalmente en Bangkok, en 1994, como un manual para los activistas por la democracia birmanos. Sin embargo, las propuestas de Sharp podían aplicarse prácticamente en cualquier parte y acabó reimprimiéndose en casi todas las latitudes, en muchos idiomas, de manera legal e ilegal. La sección del opúsculo que más se copió fue su apéndice, que recoge una lista de ciento noventa y ocho tácticas no violentas y antiautoritarias. Incluyen discursos, cartas, declaraciones y peticiones de grupo; canciones y obras de teatro protesta; «escritura en el cielo» y «métodos de no cooperación económica»; huelgas de campesinos y presos, huelgas de brazos caídos, huelgas «relámpago» de abandono del trabajo, «declararse enfermo» y más de una veintena de otros tipos de huelgas. Sharp también enumeró «intervenciones físicas», como «entrar y sentarse», «entrar y quedarse de pie», «entrar montado», «meterse a tropel», «entrar rezando» y la «ocupación no violenta» de espacios públicos, así como la «acción de dueños de recursos financieros», lo que incluye «retirar depósitos del banco», «negarse a pagar estipendios»,

«negarse a pagar deudas o intereses» y «recortar fondos y créditos». Y así sucesivamente.

Con el tiempo, la lista cobró vida propia. Sin el nombre de Sharp ni ninguna otra atribución de autoría, su lista circulaba en El Cairo, en lengua árabe, cuando estalló la revuelta de la plaza Tahrir en 2011.[2] Sharp ya tenía ochenta y tres años por entonces, pero ese pudo ser el momento de mayor fama de su vida. Después de la Primavera Árabe, *The New York Times* le dedicó dos artículos. Se lo mencionó como influencia en Serbia, Siria, Venezuela, Bielorrusia e Irán. Fue atacado por sus presuntos vínculos (de hecho, inexistentes) con la CIA.

Muchas de las personas que encabezaron manifestaciones multitudinarias en esa época negaron que hubiera influido en ellas y, en sentido estricto, probablemente fuera cierto. A menudo, los manifestantes no adoptaban esa clase de tácticas por nada que Sharp hubiera dicho o hecho, sino porque ya se habían utilizado en otras partes y porque se las consideraba eficaces. Es más, lo eran. Los activistas de todo el mundo veían lo que había ocurrido en Filipinas en 1986 o en Alemania Oriental en 1989 y querían lo mismo.

La mayoría de esos movimientos aprendieron mucho más unos de otros que de Gene Sharp y, desde luego, no tuvieron nada que ver con «agentes externos» ni con la CIA. Ya en 1980, mucho antes de que Sharp publicara su opúsculo, *Solidaridad* —el movimiento sindical independiente y anticomunista de Polonia, ilegal en ese momento— diseñó un logo reconocible en todo el país y en el mundo entero: la palabra polaca *solidarność*, escrita en letras garabateadas, rojas sobre un fondo blanco en alusión a la bandera

polaca. Aparecía en los carteles, se llevaba en la solapa, se imprimía en revistas clandestinas y se entendía en todas partes como un signo de oposición. Conocedor de la historia de este símbolo, Otpor (la palabra significa «resistencia»), un movimiento juvenil serbio constituido en 1998 para oponerse a Slobodan Milošević, también diseñó un logo: el dibujo en blanco y negro de un puño dentro de un círculo y la palabra *Otpor*, seguida de un signo de exclamación. La misma idea, plasmada de otra forma, fue adoptada por los activistas a favor de la democracia de Georgia, que utilizaron una rosa roja como símbolo, y por los manifestantes que se vistieron de naranja para protestar por las elecciones fraudulentas celebradas en 2004 en Ucrania.

Sharp llamaba a estas tácticas «actos simbólicos» y creía que servían a un propósito que le habría resultado familiar a un filósofo de la oposición ciudadana anterior a él, el dramaturgo Václav Havel. En un ensayo de 1978, *El poder de los sin poder*, [3] Havel pedía a sus lectores que imaginaran que un verdulero, un ciudadano corriente de lo que entonces era la Checoslovaquia comunista, «pone en su escaparate, entre las cebollas y las zanahorias, el eslogan: "¡Proletarios de todo el mundo, uníos!"». A continuación, Havel preguntaba: «¿Por qué lo ha hecho?».

Es probable que el verdulero no sea un verdadero entusiasta de la clase obrera internacional, escribió Havel, ni le importe si sus miembros se unen o no. Más bien, ha colocado el cartel en el escaparate para demostrar su lealtad simbólica al régimen, sabiendo que, si no lo hace, podría tener problemas. No irá a la cárcel ni perderá su trabajo. Pero «podrían acusarle de no poner el adorno, incluso alguien podría acusarle de falta de lealtad». Lo hace, escribe

Havel, «porque es una de las mil “naderías” que le aseguran una vida».

El cartel tiene un segundo propósito: ayuda al verdulero a ocultarse a sí mismo su obediencia al Estado. Puede esconder sus motivos secretos —su deseo de asegurarse una vida— tras un motivo más noble, la «unidad de todos los proletarios del mundo». Sin embargo, en cuanto alguien entra en esa tienda imaginaria llevando una insignia de *solidarność* (en Varsovia en 1980) o una camiseta de Otpor (en Belgrado en 1998) o una rosa (en Tbilisi en 2003) o una chaqueta naranja (en Kiev en 2004-2005), la ideología del verdulero queda expuesta. Se enfrenta a personas que han decidido decir lo que piensan y anunciar aquello en lo que creen, a pesar del régimen. En palabras de Havel, son personas que quieren «vivir en la verdad».

Esos pequeños actos simbólicos de valentía obligan al verdulero a afrontar el hecho de que ha estado viviendo una mentira. Como consecuencia, podría cambiar su comportamiento o podría no hacerlo. Quizá decida convertirse en un verdadero partidario del régimen. Pero, al menos, habrá tomado una decisión consciente. Havel creía que, si todo el mundo se viera obligado a elegir, y si todos se vieran obligados a contraponer la propaganda con la realidad, tarde o temprano las mentiras difundidas por el régimen quedarían al descubierto.

Llevar símbolos en público —insignias, flores, logos, colores— para obligar a la gente a tomar partido solo es una de las muchas tácticas que pasaron de un movimiento democrático a otro en las últimas décadas del siglo xx y las primeras del XXI desde Filipinas, Corea del Sur o Taiwán hasta el mundo postsoviético u Oriente Próximo —la

Revolución de los Cedros en Líbano, el Movimiento Verde en Irán, la Primavera Árabe— y más allá. La creación intencionada de vínculos entre grupos y clases sociales distintos es otra de esas tácticas. La Revolución húngara anticomunista de 1956 fue posible porque los obreros y, al final, también soldados y policías se unieron a los intelectuales de Budapest en su protesta. Entre 1980 y 1981, el movimiento Solidaridad creó en Polonia relaciones explícitas entre los trabajadores de los astilleros de Gdansk, liderados por el electricista Lech Wałęsa, y los «asesores» del sindicato, que eran periodistas, abogados e historiadores de Varsovia.

Crear vínculos entre clases distintas y a través de geografías distintas no compete únicamente al activismo. También requiere una idea o una serie de ideas lo bastante abarcadoras para superar las divisiones sociales y de clase. Para algunos, lo más importante son los principios universales de libertad y libertad de expresión. A otros los mueve haber conocido la injusticia o la violencia del Estado. En muchos casos, la brecha entre los principios enunciados en la Constitución y la realidad que ofrece el régimen es suficiente para inspirar llamamientos al cambio. En Irán, los rumores sobre unas elecciones fraudulentas en 2009 dieron pábulo a un movimiento de protesta multitudinario. En 2011, cuando quedó claro que Vladímir Putin pensaba seguir gobernando —tras haber cumplido el límite constitucional de dos mandatos—, se organizaron a lo largo de muchos meses manifestaciones en Moscú y San Petersburgo contra unas elecciones fraudulentas e inconstitucionales.

En 2016, en Venezuela, cuando la oposición obtuvo la mayoría en el Parlamento pero se le impidió legislar, millones de personas participaron en más de mil protestas distintas. En 2020, tras unas

elecciones amañadas de manera flagrante, los bielorrusos organizaron protestas por primera vez en su historia. Vestían de rojo y blanco, los colores de la bandera bielorrusa alternativa (e ilegal), mientras bailaban y cantaban en las calles; hubo policías y soldados que se unieron a ellos y algunos se arrancaron las insignias y las quemaron en público.

A veces, la buena o mala fama del líder puede cohesionar un movimiento. Aung San Suu Kyi, hija de un líder anterior de la independencia birmana, quien llevaba años bajo arresto domiciliario, se convirtió en el evidente eje central de la primera revolución democrática de Myanmar, cuyo éxito solo fue parcial. Sin embargo, el líder también puede ser apolítico, alguien que se percibe como un elemento externo que está por encima de la refriega y no busca el poder personal; Svetlana Tijanóvskaya, un ama de casa cuyo marido fue encarcelado por activismo político, se convirtió primero en candidata presidencial y después en líder de las protestas bielorrusas de 2020 precisamente porque se la consideraba una persona que se preocupaba por la gente corriente como ella.

En años más recientes, los activistas se han modernizado y han adoptado tácticas que ni Sharp ni Havel habrían podido imaginar. En la era de los servicios de mensajería encriptada, nadie necesita pasar de contrabando por una frontera libros como *De la dictadura a la democracia* o *El poder de los sin poder*. Pueden utilizarse VPN —redes privadas virtuales— y otras herramientas para acceder a contenidos bloqueados en internet; pueden difundirse mensajes en las redes sociales, en el internet oscuro, mediante aplicaciones personalizadas. Financiar un movimiento es más fácil cuando los

activistas pueden transferirse dinero utilizando bitcoins para eludir tanto el sistema bancario como a la policía secreta.

En la última década, ningún grupo político ha asimilado todas esas lecciones con mayor habilidad y reflexión que el movimiento democrático de Hong Kong en su lucha por exigir al régimen chino que cumpliera sus propias promesas. En 1997, cuando los británicos devolvieron el territorio a China después de ciento cincuenta y seis años de dominio colonial, los dirigentes chinos prometieron que se preservarían las libertades económicas y políticas de las que gozaba Hong Kong. La promesa se plasmó en el eslogan «un país, dos sistemas». En las dos décadas siguientes, China aumentó la presión, tanto directa como velada, sobre Hong Kong. En 2014 Pekín modificó el sistema electoral hongkonés para permitir al Partido Comunista seleccionar de antemano a los aspirantes al puesto de jefe del Ejecutivo de Hong Kong. Reconociendo esa «reforma» como el comienzo de un ataque a la democracia de Hong Kong e incluso un intento de cambiar su identidad, los manifestantes organizaron una serie de sentadas. Ocuparon varios espacios públicos de Hong Kong y acamparon en ellos, por lo que llamaron a su movimiento Occupy Central. Llevaban paraguas para protegerse de los gases lacrimógenos y el gas pimienta; de ahí su otro nombre, Movimiento de los Paraguas. La protesta no logró sus objetivos, entre otras cosas porque resultó imposible ocupar espacios públicos durante mucho tiempo, pero los manifestantes aprendieron la lección, analizaron sus errores y se prepararon para lo que estaba por venir.

En 2019, soliviantados por una ley que habría exigido que los delincuentes hongkoneses fueran extraditados a China — extendiendo así la jurisdicción china a Hong Kong—, un grupo muy

diverso de activistas volvió a organizar otra serie de manifestaciones. Esa vez, no hubo un único líder ni comités organizadores en los que infiltrarse o a los que poder detener. En vez de organizar largas ocupaciones del centro de la ciudad, los manifestantes sorprendieron a la policía apareciendo cada día en un lugar distinto. Utilizaron aplicaciones para seguir los movimientos de la policía, se pintaron la cara para engañar a las cámaras de videovigilancia y se instaron a «ser como el agua» —a ser flexibles y cambiar de táctica cada hora si era necesario.

También aprendieron de las experiencias de otros. De las protestas organizadas en los países bálticos en 1989 adoptaron la idea de crear una cadena humana multitudinaria. De las protestas ucranianas de 2014 aprendieron a llevar cascos y máscaras antigás si preveían enfrentamientos con la policía. Mantuvieron el anonimato utilizando códigos y seudónimos. Se valieron de pancartas y carteles para llegar al gran público en una sociedad en la que gran parte de internet está controlado por el Estado. Emplearon tácticas de «no cooperación» para perturbar la vida cotidiana. Financiaron colectivamente anuncios en la prensa internacional. Utilizaron las tácticas de Sharp y muchas más.

Su objetivo era transformar no solo las políticas gubernamentales, sino también la sociedad: concienciar, enseñar a la población a oponerse a un régimen autocrático y cada vez más cruel, y lo consiguieron. Los manifestantes de Hong Kong sostuvieron la batalla más larga y dura que se ha librado contra el autoritarismo chino. Sus actuaciones fueron más continuadas y sistemáticas que las protestas de la plaza de Tiananmén de 1989, más inteligentes y flexibles que su propio Movimiento de los Paraguas de unos años antes. Las

protestas trascendieron las barreras de clase y abarcaron a millones de personas, ricas y pobres.

Sin embargo, pese a ganar una batalla tras otra, perdieron la guerra. En el momento de escribir estas líneas, todos los líderes de las protestas de Hong Kong están en la cárcel o en el exilio. Muchos de los que siguen en Hong Kong tienen empleos de baja categoría.

Lo hicieron todo bien. Sin embargo, las autoridades chinas los derrotaron porque también ellas habían analizado la clase de tácticas propuestas por Sharp y Havel. Habían reflexionado mucho sobre cómo ridiculizar y boicotear actos simbólicos; cómo desprestigiar y desacreditar a líderes carismáticos; cómo utilizar las redes sociales para divulgar rumores falsos y teorías de la conspiración; cómo aislar y alienar a las personas; cómo romper los vínculos entre grupos y clases sociales distintos; cómo eliminar a exiliados influyentes y, sobre todo, cómo presentar el lenguaje de los derechos humanos, la libertad y la democracia como una muestra de deslealtad y traición. Los otros miembros de Autocracia, S. A. también aprendieron esas lecciones.

En abril de 2016, Evan Mawarire, un pastor pentecostal de Zimbabue, se sentó en su despacho, se puso la bandera nacional alrededor del cuello, miró a la cámara de su teléfono y empezó a grabarse. Durante los minutos siguientes, Mawarire pronunció un breve discurso improvisado con una fuerza excepcional en el que describía la bandera de Zimbabue y el significado de sus colores, uno a uno:

Me dicen que el verde es por la vegetación y los cultivos. No veo cultivos en mi país.

El amarillo es por todos los minerales, oro, diamantes, platino, cromo... No sé cuánto queda, no sé a quién se lo vendieron ni cuánto sacaron por ello.

El rojo, dicen, es por la sangre, la sangre que se derramó para conseguir mi libertad, y estoy muy agradecido por eso. Es solo que no sé, si estuvieran aquí —los que derramaron la sangre— y vieran cómo es este país, si exigirían que les devolvieran su sangre.

El negro es por la mayoría, la gente como yo. Y, sin embargo, por alguna razón, no me siento parte de ella.[4]

Años después,[5] Mawarire me explicó que había grabado el vídeo por pura desesperación. Había recibido una buena educación y tenía hijos a los que también esperaba dársela. Había vivido varios años en Reino Unido, pero había regresado a Zimbabue en 2008, el momento en que, por un instante, el cambio parecía posible. Pero, en vez de cambiar, Zimbabue se hundió todavía más en la crisis política y económica. La inflación dejó reducidas a nada las pensiones de sus padres ancianos. El propio Mawarire apenas llegaba a fin de mes. Su desesperación lo impulsó a grabar el vídeo.

No tenía contactos especiales con extranjeros, ni vínculos con europeos o estadounidenses que promuevan la democracia, ni experiencia en política. Era un pastor de jóvenes, no un político ni una persona influyente en redes sociales. Sin embargo, aunque jamás había liderado ningún tipo de movimiento, las palabras le salieron del corazón. El hundimiento de la economía zimbabuense, me dijo, había «por fin llamado a mi puerta y la realidad estaba ahora presente como una mesa vacía de comida».

Su vídeo se hizo viral y también su hashtag, #ThisFlag. Mawarire se convirtió en una celebridad. La gente lo abordaba por la calle y le daba las gracias. «Has dicho lo que yo siento desde hace muchos años», le comentaban. O bien: «Lo que dices es lo que yo he

sentido desde hace mucho tiempo, pero no sabía cómo expresarlo». Al principio, pensó: «Pasará, terminará olvidándose, la emoción irá bajando y eso será todo, no saldrá nada de esto». Pero la emoción no hizo sino crecer. Por un breve y excitante momento, #ThisFlag se convirtió en un fenómeno nacional, un símbolo unificador de la clase que había descrito Gene Sharp.

La gente comentó el vídeo, lo citó, incluso empezó a llevar banderas de Zimbabwe en apoyo a las ideas expresadas en él. Los puestos callejeros también comenzaron a vender banderas de Zimbabwe, apresurándose a satisfacer la nueva demanda. Un mes después de pronunciar su primer discurso #ThisFlag, Mawarire decidió aprovechar el tirón y publicar un vídeo diario durante veinticinco días esperando contribuir con ello a iniciar un debate real sobre la situación del país. El gobernador del Banco de la Reserva de Zimbabwe aceptó debatir con él sobre la inflación y los cambios propuestos para la moneda. La grabación de esa reunión, a la que asistieron miles de simpatizantes de #ThisFlag, también se hizo viral. En julio, Mawarire convocó una huelga general nacional. Millones de personas se quedaron en casa.

El régimen, que primero lo había ignorado y después había desdeñado su vídeo como un «truco publicitario» y su movimiento como «el pedo de un pastor en los pasillos del poder»,^[6] empezó poco a poco a centrarse en Mawarire como una amenaza real. Jonathan Moyo, ministro de Información de Zimbabwe, puso en marcha un movimiento alternativo, #OurFlag, en apoyo al régimen.^[7] Sin embargo, cuando no logró despegar, los dirigentes de Zimbabwe tomaron otro camino. En vez de limitarse a hacer propaganda sobre la grandeza del líder,^[8] como habría hecho un

dictador del siglo xx , el régimen hizo campaña para sabotear al propio Mawarire: su autenticidad, su espontaneidad y, sobre todo, su patriotismo —las mismísimas cualidades que habían movilizado a los zimbabuenses—. Para contrarrestar esas emociones reales, el régimen tenía que presentar a Mawarire como un farsante hipócrita y manipulado por agentes externos, no como un patriota, sino como un traidor.

El uso de campañas de desprestigio personalizadas contra los adversarios políticos no es nuevo. En el año 64 a. C., el hermano de Cicerón, Quinto, le aconsejó que buscara trapos sucios de sus adversarios durante su campaña para el cargo de cónsul.[9] En el siglo xx , el régimen de Stalin logró desprestigiar a Trotski tachándolo de traidor y espía y, en los años treinta y cuarenta, detuvo a decenas de miles de personas acusándolas de traidoras simpatizantes de Trotski. Sin embargo, los regímenes autocráticos modernos van un paso más allá, ya que necesitan desprestigiar no solo a sus adversarios, sino también sus ideas. Para ello, a menudo presentan su lenguaje —palabras como «democracia», «justicia», «Estado de derecho»— no como reflejo de un deseo de cambio genuino, popular y orgánico, sino de «traición», «vínculos con el extranjero» y, por supuesto, dinero extranjero.

En 2009, después de que cientos de miles de personas se opusieran a unas elecciones fraudulentas y se sumaran a las mayores protestas de la historia de la República Islámica, las autoridades iraníes abrieron fuego contra los manifestantes, detuvieron a los líderes y anunciaron: «Vamos a encontrar el vínculo entre los conspiradores y los medios de comunicación extranjeros».[10] Hugo Chávez tachó reiteradamente a sus adversarios de

agentes «derechistas» del imperialismo estadounidense, incluso cuando ellos mismos se definían como socialistas. La acusación de que «George Soros» organiza las manifestaciones —siendo el nombre de Soros sinónimo de «conspiración judía internacional»— ha sido utilizada una y otra vez para desprestigiar a los activistas, primero por el partido autocrático que gobierna Hungría y después en Estados Unidos, Europa e incluso Israel. Vladímir Putin dejó caer una referencia a Soros durante la rueda de prensa que celebró con Trump en Helsinki en 2018.[11]

Otras veces fue mucho más lejos. Culpó a Hillary Clinton, entonces secretaria de Estado de Estados Unidos, por las manifestaciones de Moscú en los años 2011 y 2012 aduciendo que había marcado «la pauta», dado «la señal a algunas personas en nuestro país», y había ayudado a canalizar cientos de millones de dólares en «dinero extranjero» para sacar a los manifestantes a las calles.[12] En 2014, una página web oficial rusa afirmó que los ucranianos que protestaban contra un presidente corrupto habían sido «utilizados por estrategias venidos de muy lejos con el único propósito de convertir a Ucrania en un país “antirruso”».[13] La historiadora Marci Shore ha escrito que los periodistas rusos que visitaron el Maidán en el invierno de 2013-2014, en plena protesta multitudinaria, no hacían sino preguntarles a los manifestantes qué clase de ayuda recibían de Estados Unidos. «Sencillamente, no podían entender —explicó una joven— que nos organizáramos nosotros mismos». Como explica Shore, «la propaganda del Kremlin, la convicción de que la inteligencia estadounidense o alguna otra fuerza que controla el mundo debía de estar moviendo los hilos, no solo denotaba mala

fe, sino también la incapacidad de creer que puedan existir individuos que piensan y actúan por sí mismos».[14]

Siguiendo el mismo patrón, las autoridades de Zimbabue atacaron a Mwarire por estar presuntamente respaldado por gobiernos occidentales, citando como prueba los retuits y reenvíos de sus intervenciones por parte de embajadas extranjeras. Sin embargo, también lo atacaron por presuntas estafas financieras. La sencillez de Mwarire, incluso sus dificultades económicas, eran parte de su atractivo. Por consiguiente, Moyo y su equipo lo retrataron como un estafador que «recaudaba dinero de sus crédulos partidarios en Reino Unido solo para evadir impuestos». Un periódico gubernamental citó «fuentes» que afirmaban que #ThisFlag era «otra más de las lucrativas empresas del pastor Mwarire».[15]

A la campaña pública de desprestigio se sumaron el hostigamiento económico, el control de sus movimientos y la violencia física, aunque no el asesinato; el objetivo era asustarlo e intimidar a sus seguidores, no hacerlo desaparecer.

Freedom House llama «muerte civil» a este tipo de campañas. En Zimbabue, como en tantos otros países, su propósito es que resulte imposible llevar una vida productiva.[16] Mwarire fue detenido, encarcelado y torturado. «Puedo hablar del interrogatorio, que duró horas en plena noche —me dijo—, pero no de la tortura por las cosas que me hicieron, cosas de las que todavía no hablo en público». Las intimidaciones incluyeron amenazas específicas a su mujer e hijos, así como a sus padres ancianos. No dejaban de preguntarle: «¿Quién te financia? Dinos de dónde sacas la influencia. ¿Cómo has conseguido que todo el país haga huelga? ¿Has pagado a gente?». Al igual que los periodistas rusos en Ucrania en 2013 y

2014, sencillamente no creían que alguien pudiera ser tan idealista, o quizá tan ingenuo, como para ponerse en peligro por la «democracia» o por «patriotismo». «¿Lo haces solo porque amas a este país? Imposible».

Al final, Mawarire fue puesto en libertad. Sacó a su familia del país y luego él mismo cruzó discretamente la frontera. Sin embargo, en vez de atenuarse, la campaña contra su persona se recrudeció. Mawarire pensaba que sus conciudadanos entenderían por qué se había marchado y se alegrarían de que no corriera peligro. Los legendarios líderes revolucionarios anticoloniales de Zimbabue, Mugabe y Mnangagwa, también habían pasado un tiempo en el exilio. En cambio, algunos de sus propios partidarios empezaron a repetir las palabras de Jonathan Moyo y las burlas e insultos de los medios de comunicación del régimen. «¿Veis?, os dijimos que era un traidor. ¿Veis?, se va a vivir al extranjero, mantenido por sus pagadores». «Las mismas redes sociales que nos crearon —me dijo Mawarire— nos hundieron».

Después de irse del país, me contó, «esos comentarios negativos me consumían. Había algo dentro de mí que quería demostrarles que se equivocaban, que quería decirles: “Mirad, no soy un cobarde. Y, además, era sincero”». Regresó a Zimbabue y fue detenido de inmediato en el aeropuerto, donde lo desnudaron para cachearlo. La policía lo llevó a una cárcel de máxima seguridad, donde volvieron a pegarle, torturarlo y dejarlo incomunicado. Cuando por fin lo pusieron en libertad, intentó reanudar su campaña. Trabajó para organizar a la gente; montó otra huelga general, sin dejar de sufrir repetidos ataques contra su integridad, sus finanzas, sus intenciones. Poco a poco, se dio cuenta de que sus esfuerzos eran

en vano. En vez de cambiar el sistema, #ThisFlag había alertado del creciente grado de descontento al régimen, que iba modificando su propaganda en consecuencia y, en 2017, sustituyó a Mugabe por Mnangagwa. Al final, le ofrecieron devolverle el pasaporte y captó la indirecta. Actualmente, vive con su familia en el extranjero.

«Quiero volver a Zimbabue; ¿quién no quiere volver a su patria? —me dijo. Pero no cree que lo haga pronto—. La primera vez que te implicas, tienes muchas ganas, confianza y energía, y fe y esperanza en que va a pasar mañana mismo: “Lo veo, lo siento, vamos a lograrlo”. Y entonces, justo cuando lo tienes delante, se desvanece. Es horrible, y luego vuelve a pasar, y es entonces cuando empiezas a darte cuenta de que esto va a llevar un tiempo».

En cambio, está aprendiendo a ser paciente.

«Quería conseguirlo, retirarme y volver a ser padre. Pero la lucha por la libertad y la democracia no es así. Te atrapa. Y después... después... te transforma; reestructura todo tu mundo».

Mawarire había descubierto algo que ahora ya saben muchos otros gobiernos autocráticos: las campañas de desprestigio dan resultado. Cuando un aparato estatal combina el ministerio fiscal, los juzgados, la policía, los medios de comunicación bajo su control y las redes sociales para incriminar falsamente a una persona —para construir un determinado relato sobre su vida e ideas, acusarla de traición, fraude o delito y, a veces, detenerla o torturarla por esas falsas acusaciones—, parte de ese desprecio se queda adherido a la víctima.

En otra época, los regímenes autocráticos a menudo resolvían el problema de la disidencia asesinando a sus opositores, y algunos aún lo hacen. En 2018, Arabia Saudí se deshizo de Jamal Khashoggi, un destacado crítico en el exilio y columnista de *The Washington Post*, asesinándolo en el consulado saudí de Estambul. En 2012, el Gobierno cubano montó un accidente de carretera que terminó con la vida de Oswaldo Payá, el activista democrático más importante del país en ese momento.[17] El régimen de Putin ha asesinado a un gran número de críticos, desde la periodista Anna Politkóvskaya, en 2006, o el líder de la oposición democrática Borís Nemtsov, en 2015, hasta Alexéi Navalni, que fue envenenado dos veces y murió en un campo de prisioneros en febrero de 2024. En 2023, la policía china propinó tal paliza a Sun Lin, un periodista independiente chino, en su domicilio de Nanjing que murió pocas horas después.[18]

Esos asesinatos selectivos no solo eliminan a opositores difíciles, también transmiten un mensaje. La monarquía saudí, los servicios de seguridad cubanos, el Kremlin y la policía china no necesitan matar hasta el último periodista para asustar a todos los demás de sus respectivos países. Los dictadores modernos han aprendido que la violencia de masas del siglo xx ya no es necesaria; a menudo, la violencia selectiva basta para mantener a los ciudadanos de a pie totalmente alejados de la política, ya que los convence de que es una lucha que jamás podrán ganar.

Sin embargo, la mayoría de las veces, las autocracias modernas prefieren acallar a los críticos sin dejar un rastro de cadáveres. Los funerales figuran en la lista de tácticas no violentas de Gene Sharp. Los héroes muertos pueden convertirse en mártires. Como es bien sabido, el funeral de László Rajk en 1956 ayudó a impulsar lo que

pocos meses después sería la Revolución húngara. En la Sudáfrica del *apartheid*, los funerales se convirtieron a menudo en poderosas manifestaciones contra el régimen.[19] En Myanmar, los funerales cumplen hoy esa función.[20] El régimen ruso estaba tan desesperado por que no se celebrara un funeral público para Navalni que intentó chantajear a su madre amenazándola con dejar que el cadáver de su hijo se descompusiera a menos que prometiera enterrarlo en secreto; más adelante, le denegaron un coche fúnebre a la familia y restringieron la entrada al cementerio. La gente acudió de todos modos, arriesgándose a ser detenida, y dejó montañas de flores. Esa es la razón por la que los autócratas modernos suelen preferir evitar el asesinato. Un mártir puede inspirar un movimiento político, mientras que una eficaz campaña de desprestigio puede destruirlo.

Hoy en día, las autocracias más sofisticadas preparan con antelación la base tanto jurídica como propagandística de esas campañas para entrapar a los activistas por la democracia incluso antes de que ganen credibilidad o popularidad. A partir de la primera década del siglo XXI, las autocracias y algunas democracias iliberales empezaron a aprobar leyes, a menudo muy similares entre sí, pensadas para supervisar y controlar a las organizaciones civiles, incluso las apolíticas y las benéficas, con frecuencia tachándolas de terroristas, extremistas o traidoras. En Rusia, se ha utilizado legislación «antiextremista» para censurar a cualquiera que exprese su oposición al régimen.[21] Yemen aprobó una serie de leyes, a partir de 2001, copiadas aparentemente de las aprobadas en Egipto, que regulan las actividades de las organizaciones no

gubernamentales extranjeras; más adelante, aparecieron leyes similares en Turquía, Eritrea y Sudán.[22]

En 2009, Uganda aprobó una ley que otorga a una junta de gobierno el poder de regular e incluso disolver organizaciones civiles de ámbito nacional. Una versión etíope de la misma ley concede a una junta similar el derecho a disolver organizaciones si se consideran «perjudiciales para la paz, el bienestar o el buen orden públicos en Etiopía», un lenguaje lo suficientemente vago para permitir la disolución de casi todo.[23] Camboya aprobó una ley que prohíbe cualquier organización cuyas actividades «pongan en peligro la paz, la estabilidad y el orden público o perjudiquen la seguridad nacional, la unidad nacional, la cultura y las tradiciones de la sociedad camboyana», lo que prácticamente abarca cualquier actividad que quiera prohibir el Gobierno.[24] En enero de 2024, la Asamblea Nacional de Venezuela aprobó una nueva ley que permitiría al Gobierno disolver ONG e imponer cuantiosas multas a sus miembros por incumplir cualquiera de una larga lista de requisitos arbitrarios.[25] Cuba, que no ha inscrito a ninguna organización independiente desde 1985, también ha detenido recientemente a centenares de personas que participaban en agrupaciones no oficiales.[26]

Las organizaciones con verdaderos vínculos con el extranjero reciben aún más atención. En 2012, Rusia aprobó leyes que limitan los derechos de las ONG y las organizaciones benéficas que reciben financiación extranjera y exigió que se identificaran públicamente como «agentes extranjeros», una expresión que suena muy parecida a «espías extranjeros». El Gobierno iliberal de Georgia intentó aprobar una ley muy similar en 2023, retiró la propuesta después de

que estallaran manifestaciones callejeras multitudinarias y luego desoyó a la resistencia popular para volver a presentarla en 2024. [27] Egipto también ha llevado a cabo investigaciones penales sobre la «financiación extranjera» de organizaciones civiles.[28] Sudán recurrió a legislación sobre seguridad para detener y encarcelar a líderes de ONG y juzgarlos por «terrorismo».[29] El régimen bielorruso detuvo a los líderes de una organización creada para ayudar a las personas con discapacidad y registró sus domicilios, una vez más en busca de pruebas de «financiación extranjera» sospechosa. En 2016, China aprobó una ley que otorga a los servicios de seguridad la responsabilidad de inscribir y supervisar las organizaciones con vínculos con el extranjero, lo que incluye cualquier organización benéfica sanitaria, asistencial o cultural que tenga alguna relación con la diáspora china.[30]

La mayoría de esas medidas sirven para dar la falsa impresión de que se respeta el Estado de derecho y ayudan a justificar lo que viene después, que no suele ser una acusación política, sino una falsa denuncia de corrupción. Regímenes que son corruptos hasta los tuétanos lanzan ellos las acusaciones, desdibujando así la línea que los separa de sus adversarios. En 2014, Alexéi Navalni y su hermano fueron acusados de prácticas corruptas con una empresa francesa de cosméticos, Yves Rocher. Los cargos eran enrevesados y difíciles de entender; sin embargo, ambos fueron encarcelados por ello. En 2022, a Alexéi también lo condenaron a nueve años de cárcel por «fraude». Leopoldo López, uno de los líderes de la oposición democrática venezolana más populares en ese momento, fue inhabilitado para seguir ejerciendo su cargo en 2008 después de que el régimen lo acusara de delitos financieros; casi una década

después, en 2017, Henrique Capriles también fue inhabilitado para presentarse a las elecciones presidenciales por cargos similares.[31]

Incluso cuando las acusaciones son falsas o exageradas, e incluso si la mayoría de la población sabe que lo son, siguen haciendo mella. Cuando se difama a alguien de manera reiterada, hasta sus mejores amigos tienen dificultades para no pensar que algo cierto debe de haber. Al revelar algún «secreto» de un activista o figura política, quizá con la divulgación de una conversación grabada o un correo electrónico hackeado —una táctica empleada en Rusia desde los años noventa, en Polonia en 2014 y en las elecciones estadounidenses con el hackeo del Comité Nacional Demócrata, en 2016—, se crea la impresión de que la persona es poco honrada y tiene algo que ocultar, aunque en la grabación o el correo electrónico hackeado no haya indicios de ninguna conducta indebida.

Las acusaciones de corrupción contra los disidentes también desvían la atención de la corrupción del partido gobernante. Cuando el régimen venezolano, con sus vínculos con los narcotraficantes y el crimen organizado, acusa a López de corrupción —o cuando los líderes vergonzosamente corruptos del ejército de Myanmar lanzaron acusaciones similares contra Aung San Suu Kyi—, parte del propósito es sabotear sus populares campañas contra la corrupción.[32] Por muy irreales o hipócritas que sean, las acusaciones de corrupción también acentúan el cinismo natural que las autocracias cultivan en sus ciudadanos al reforzar su convicción de que toda la política es juego sucio, incluso la de la oposición, y todos los políticos, incluso los disidentes, deben tratarse con desconfianza.

En vez de esperanzarse y exigir cambios, los ciudadanos de Zimbabue aprendieron de la experiencia de Mawarire a quedarse al

margen de la política, a tener a todos los políticos, figuras públicas y posibles líderes por personas igual de peligrosas, cuestionables y poco dignas de confianza. De hecho, las falsas acusaciones de corrupción contra Mawarire podrían haber reconfortado a algunos zimbabuenses porque parecían respaldar decisiones tomadas por personas corrientes. Cualquier ciudadano que hubiera aceptado algún soborno para obedecer podría haber sentido un cierto consuelo: «¿Lo ves? Ellos también están en esto por dinero, como yo».

Las campañas de desprestigio modernas más sofisticadas tienen, además, otro propósito: alientan nuevas formas de participación de las masas. En el apogeo de Revolución Cultural en la China de Mao, se animaba a los entornos laborales y a las escuelas a identificar a los enemigos de clase y llevar a cabo sesiones de lucha, durante las cuales estos eran acusados de delitos de opinión reales o imaginarios, humillados y, a veces, golpeados y torturados por sus compañeros de trabajo y clase. No obstante, las sesiones de lucha maoístas tenían lugar en una única sala. Hoy, gracias a internet, cualquiera puede tomar parte, incluso de forma anónima. Los participantes pueden aportar sus propios memes y eslóganes inventados y regodearse en temas xenófobos o misóginos que de otro modo serían tabú.

A veces, el Estado organiza la campaña y otros la secundan voluntariamente. A veces, se paga a los participantes. El Gobierno venezolano creó un sistema para transferir pequeñas sumas de dinero a las personas que retuitean o reenvían su propaganda.[33] El Gobierno saudí ha abierto en Twitter miles de cuentas reales y falsas para atacar a sus enemigos. Conocidos como el «ejército de

moscas», estos enjambres incluyen tanto cuentas gestionadas por el Gobierno como voluntarios entusiastas. Gracias a esa colaboración público-privada, la etiqueta en lengua árabe «Todos creemos a Mohamed bin Salman» apareció más de 1,1 millones de veces tras el asesinato de Khashoggi.[34] La sensación de poder y conexión que antes teníamos al congregarnos en multitudes puede experimentarse hoy en casa, delante de un ordenador portátil o un teléfono, a puerta cerrada.

El dolor, la angustia y la paranoia que puede infligir este nuevo tipo de campañas de masas, sobre todo cuando están dirigidas por un Estado que también controla a la policía y a los servicios de seguridad, pueden ser demoledores. Toda persona sometida a una campaña de troleo en masa, sobre todo si la respalda el Estado, se vuelve tóxica, incluso para sus familiares y mejores amigos. López, el dirigente venezolano que pasó siete años en la cárcel o bajo arresto domiciliario —y que, en la actualidad, al igual que Mawarire, vive en el exilio—, me contó que, tras una larga ausencia, visitó a una de sus amigas más antiguas y cercanas. Después de hablar con él unos minutos, ella se echó a llorar. «Perdóname —dijo—, pero tuvimos dudas. Nos creímos lo que decían de ti». Otros amigos explicaron a López que, cuando escribieron o publicaron en su defensa en las redes, los bombardearon: «Es increíble la maquinaria de troles que aparecen de no se sabe dónde». Y no solo temen a los troles. En Venezuela —al igual que en Zimbabue, Rusia, Irán o China—, el régimen también puede recurrir a investigaciones financieras, presiones a cónyuges y jefes, amenazas discretas e incluso a la violencia, no solo contra los opositores, sino también contra sus partidarios, amigos y familiares.

Habiéndolo vivido en carne propia, López me dijo que ahora advierte a colegas de Venezuela y otros países que se convierten en el epicentro de las protestas de la oposición de que «se preparen para cuando las protestas pierdan fuerza», de que se preparen para lo que pueda venir después y no se lo tomen como algo personal porque ahora ya es un patrón familiar. La destrucción de un movimiento de oposición suele ir seguida de una suerte de desesperación colectiva, sobre todo si se ha utilizado la violencia. Los ciudadanos llorarán a los muertos y heridos. Sentirán amargura porque han perdido la esperanza.

Después se enfadarán. Se enfadarán porque la situación ha empeorado, porque sus esperanzas están rotas y porque sus líderes los han decepcionado.

A los habitantes de la mayoría de las democracias modernas, las historias de López y Mawarire pueden parecerles horribles y crueles. Por otro lado, las descripciones de turbas digitales, las campañas de desprestigio selectivas y la invención de acusaciones y relatos falsos también pueden resultarles familiares. Las tecnologías desarrolladas en Silicon Valley y las estrategias de imagen inventadas por la industria publicitaria se combinaron hace tiempo con las conductas dictatoriales para crear campañas coordinadas de acoso en línea muy utilizadas no solo por los activistas digitales aficionados, y no solo en campañas de «cancelación» o en ataques masivos en línea, sino también por gobiernos y líderes elegidos democráticamente de todo el mundo. De hecho, a menudo son una señal inequívoca de deterioro democrático.

Eso fue lo que ocurrió en 2020,[35] cuando una trol profesional, contratada por un viceministro de Justicia y miembro del entonces partido gobernante en Polonia, el nacionalpopulista Ley y Justicia, se dedicó a hostigar a jueces cuyas sentencias y comentarios públicos eran críticos con la política del Gobierno. Envío postales de mal gusto al presidente del Tribunal Supremo de Polonia e información difamatoria sobre otro juez a todos sus compañeros, así como al propio juez. También publicó material sobre otros jueces («Vete a la mierda —escribió en un post—. Eres una vergüenza para los jueces honestos y una deshonra para Polonia»).[36] Sus maniobras, que solo salieron a la luz porque se las describió a un portal de noticias, eran una pequeña parte de la campaña más amplia del Gobierno para minar el poder judicial como institución y el Estado de derecho en general.

La campaña contra Denise Dresser, politóloga, columnista, feminista y activista mexicana, tuvo algunas de esas mismas características.[37] A partir de 2020, el presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, la atacó con frecuencia en las ruedas de prensa que daba todas las mañanas. Dresser era una crítica del presidente de tendencia izquierdista; dado que López Obrador también se definía como un hombre de izquierdas, es posible que se sintiera especialmente amenazado por su crítica de los intentos de su Gobierno de politizar el poder judicial y la comisión electoral de México. Su reacción fue tachar a Dresser de «elitista», «conservadora», «contraria al pueblo» y, por supuesto, traidora.

Los troles digitales del presidente —algunos con claro perfil profesional, otros probablemente voluntarios espontáneos— llevaron los ataques más lejos. Llamaron a Dresser vieja, fea, intrascendente,

loca, menopáusica. Inventaron y urdieron historias sobre su divorcio y otros aspectos de su vida personal. Crearon memes suyos con una camisa de fuerza. Cuando escribió en apoyo de Ucrania, la describieron como una fanática de la guerra. La gente le hizo fotografías a hurtadillas en lugares públicos; en una de ellas, tomada en un Starbucks, parecía que llevara desabrochada la parte superior del vestido. Esa fotografía se hizo viral, con comentarios acerca de que vivía sola y padecía demencia.

La gente también le envió amenazas, que tuvo que tomarse en serio. En 2022, México era el país más peligroso del mundo para los periodistas, aparte de las zonas de guerra propiamente dichas, y la posibilidad de actos violentos —por parte de bandas de narcotraficantes, otros delincuentes y admiradores del presidente rabiosos— es muy real. Putin puede dar órdenes expresas de asesinar a personas. Los líderes iliberales como López Obrador y Jarosław Kaczyński, el presidente del partido Ley y Justicia de Polonia, se limitan a dirigir el odio contra alguien y esperan a ver qué pasa. En Polonia, una campaña de desprestigio dirigida contra el alcalde de Gdansk, Paweł Adamowicz, se saldó trágicamente en 2019 cuando un hombre que había visto la televisión pública mientras cumplía condena en la cárcel saltó a un estrado en un acto público y lo apuñaló con un cuchillo. Adamowicz murió pocas horas después.

En el pasado, el Gobierno estadounidense también ha abusado de su poder para dirigirlo contra personas concretas. El FBI espió, hostigó y manipuló eficazmente a Martin Luther King Jr.[38] El presidente Richard Nixon intentó, sin éxito, utilizar el fisco federal para hacerles la vida difícil a sus enemigos.[39] No existe —al menos

en el momento de escribir estas líneas— ningún caso en el que el Gobierno estadounidense actual haya utilizado todos los instrumentos del Estado —legales, judiciales, financieros— en combinación con una campaña de odio en línea moderna contra alguno de los enemigos personales del presidente. Sin embargo, no es difícil imaginar cómo podría ocurrir.

Tanto mientras fue presidente como después, Donald Trump ha intentado atizar la ira e incluso la violencia contra las personas que le desagradan, incluidos los jueces federales. Él y sus seguidores hostigaron a funcionarios electorales de todo el país que se negaron a secundar su falsa acusación de que le habían robado las elecciones. Hizo públicos el número de teléfono del líder de la mayoría en el Senado de Michigan, que posteriormente recibió cuatro mil mensajes de texto amenazadores, así como los datos personales del presidente de la Cámara de Representantes de Pennsylvania, lo que provocó que se presentaran manifestantes en su casa.[40] Él y su equipo acusaron falsamente a dos funcionarias electorales de Georgia, Shaye Moss y su madre, Ruby Freeman, de llenar maletas con papeletas ilegales, una imputación que dio lugar a meses de hostigamiento, a menudo racista. En 2023, Trump empezó a hablar de utilizar el Departamento de Justicia para detener a sus enemigos, no porque fueran culpables de algún delito, sino porque, si volvía a ser elegido presidente, quería «represalias». Si alguna vez logra dirigir a los tribunales federales y a las fuerzas del orden contra sus enemigos, en combinación con una campaña de troleo en masa, la fusión de los mundos autocrático y democrático será completa.

Epílogo

Demócratas unidos

El palacio de Vladímir Putin en el mar Negro tiene una pista de hockey y un bar de cachimbas. Xi Jinping vive y trabaja en lo que fue un jardín imperial. Los dictadores de todo el mundo se reúnen en salones con arañas de luz bañadas en oro y chimeneas de mármol.

Los demócratas se reúnen en un desvencijado hotel a las afueras de Vilna, con pasillos oscuros y ventanas que dan a un bosque. En el otoño de 2022, se celebró allí la primera reunión del Congreso Mundial por la Libertad, un encuentro de personas que luchan contra las autocracias de todo el mundo. Políticos y activistas de Rusia, Zimbabue, Irán, Sudán del Sur, Corea del Norte, Nicaragua, Ruanda, Cuba y China se juntaron en salas con largas mesas y mala iluminación, donde se encontraron con colegas de Venezuela, Siria, Camboya, Bielorrusia y Uganda.

El modesto entorno ocultaba una gran riqueza de experiencias. Entablé conversación con un joven que llevaba una chaqueta de tweed. «Probablemente piensa que soy de Hong Kong», me dijo. Llevaba gafas de montura metálica y hablaba el inglés entrecortado que suele oírse en las antiguas colonias británicas. Sí, respondí, pensaba que era de Hong Kong. «Soy de Corea del Norte», aclaró. Era Timothy Cho. Abandonado por sus padres a los nueve años, Cho

creció sin hogar, huyó dos veces de Corea del Norte, fue encarcelado cuatro y, cuando lo conocí, intentaba ser candidato al Parlamento por el Partido Conservador en Reino Unido.

Antes, Bobi Wine, músico ugandés y candidato a presidente que casi lo fue —o que podría haberlo sido si los votos se hubieran contado correctamente—, había hablado ante el grupo. Se mostró contrario a usar la palabra «oposición». «No —argumentó—, no somos una oposición; somos una opción, una opción mejor. Deberíamos adoptar un lenguaje positivo. No somos víctimas». Por la noche, hablé con dos rusos que prefieren permanecer en el anonimato. Llevaban a cabo una campaña encubierta contra la movilización militar ayudando a conseguir abogados y asesoramiento jurídico a los rusos que querían eludir el servicio militar obligatorio. Habían tomado la trascendental decisión de no irse de Rusia porque pensaban que convencer a la población para que no combatiera era lo mejor que podían hacer para ayudar a poner fin a la guerra contra Ucrania.

La mayoría de los participantes se veían por primera vez. Incluso algunos del mismo continente no se conocían entre sí, salvo de nombre o por su reputación. En África, me dijo uno de ellos, comerciar y conversar con europeos que viven a más tres mil kilómetros puede ser más fácil que hacerlo con compatriotas africanos que están al otro lado de la frontera. Sin embargo, cuando hablan, descubren que tienen experiencias similares, que han estado expuestos a campañas de desprestigio similares y que han vivido bajo regímenes similares cuyos dirigentes blanquean dinero y hablan de «multipolaridad» de manera similar. Para ellos, Autocracia, S. A. no es el título de un libro; es una realidad a la que se enfrentan

todos los días. Compartiendo experiencias, aprenden a entender los mecanismos, a anticipar las tácticas que se utilizarán contra ellos y a prepararse para hacerles frente.

Nueve meses antes, había estado en la primera planta de un restaurante neoyorquino mientras un grupo más reducido de políticos exiliados organizaban la cumbre de Vilna. López, el líder de la oposición venezolana, empezó recordando a todos los presentes que, mientras que los autócratas colaboran entre sí para mantenerse en el poder, «no existe una alianza entre los que luchamos por la libertad». Garri Kaspárov, el campeón de ajedrez y defensor del cambio político en Rusia, creía que era importante mostrar que «estamos unidos, representamos un movimiento de masas y contamos con el apoyo del mundo libre». Masih Alinejad, la activista iraní cuya campaña en las redes sociales convenció a miles de mujeres de Irán para que se quitaran el velo, dijo que pensaba que «si nos hacemos oír y entender», las fuerzas combinadas de los activistas por la democracia podrían condicionar el debate en Washington y Silicon Valley: «No luchamos únicamente por nuestro pueblo. Luchamos por la democracia en todas partes, incluso en Occidente». Todos ellos querían influir no solo en su propio país, sino también en el mundo democrático. Ya habían comprendido que la libertad de una nación a menudo puede depender de la solidez de la libertad en otras.

Su lenguaje casi parecía una versión planetaria del manual de Gene Sharp. Somos más que ellos. Nosotros, los defensores de la libertad, podemos gritar más alto que los defensores de la dictadura. Sin embargo, también saben que ya no vivimos en la época de Gene Sharp. No existe una plaza pública mundial donde López, Kaspárov y

Alinejad puedan protestar junto a Evan Mawarire de Zimbabue, Svetlana Tijanóvskaya de Bielorrusia y Rosa María Payá, la hija de Oswaldo Payá, y menos aún organizar diecinueve clases de huelga distintas y otras catorce formas de protesta. Por el contrario, la traducción de sus palabras en hechos útiles requiere una manera totalmente diferente de pensar la política. «Primero —dijo López— tenemos que replantear el problema». Y tiene razón.

En Occidente, y especialmente en Estados Unidos, los estudiosos de la política exterior suelen concebir el mundo como una serie de compartimentos estancos —Europa oriental, Oriente Próximo, el mar de la China Meridional—, cada uno de los cuales requiere un grupo de expertos o especialistas distinto. Sin embargo, no es así como las autocracias ven el mundo. Putin respalda movimientos extremistas y de extrema derecha en Europa y proporciona esbirros y armas para apoyar a las dictaduras africanas. Pretende ganar la guerra en Ucrania provocando escasez de alimentos y subiendo los precios de la energía en todo el mundo. Irán tiene presencia en Líbano, Palestina, Yemen e Irak. Los agentes iraníes también han atentado contra un centro comunitario judío en Buenos Aires, han perpetrado asesinatos en Estambul y París, los han fraguado en Estados Unidos y han financiado medios de comunicación en todo el mundo de habla árabe e hispana. El dictador bielorruso intentó desestabilizar a sus vecinos atrayendo a refugiados de Oriente Próximo y ayudándolos a cruzar ilegalmente a Europa. Cuba ha enviado tropas a Rusia para combatir contra Ucrania y policías secretos a Venezuela para ayudar a proteger el régimen de Maduro.[1] China, con amplios

intereses económicos y políticos en toda África y América Latina, lleva muchos años sin considerarse una mera potencia «asiática».

Las autocracias están atentas a las derrotas y victorias del resto del mundo y eligen el momento de sus intervenciones para sembrar el mayor caos posible. En el otoño de 2023, tanto la Unión Europea como el Congreso de Estados Unidos se vieron incapaces de enviar ayuda a Ucrania porque dos minorías con fuertes vínculos con Rusia, lideradas respectivamente por Viktor Orbán en Hungría y un puñado de congresistas partidarios de Donald Trump, muchos de los cuales seguían sus órdenes, bloquearon a la mayoría y retrasaron la ayuda. Un relato que promovía la «fatiga de Ucrania» se divulgó por internet, impulsado por delegados rusos y medios de comunicación chinos en múltiples idiomas.

En ese mismo momento, los militantes de Hamás lanzaron un brutal ataque contra Israel con el respaldo directo de Irán. En las semanas siguientes, los militantes hutíes, que también contaban con su apoyo, empezaron a disparar contra petroleros y cargueros en el mar Rojo, lo que perturbó el comercio mundial y distrajo a Estados Unidos y a Europa de la guerra en Ucrania. El dictador azerí, Ilham Alíyev, ya había aprovechado ese mismo momento de distracción mundial para apoderarse del disputado territorio de Nagorno Karabaj y expulsar a cien mil armenios, toda la población, en solo unos días. [2] En la primavera de 2024, se descubrió que un grupo de piratas informáticos chinos estaban escarbando a fondo en los ordenadores y el almacenamiento de datos del Parlamento británico y sus miembros.[3] En Bruselas, Varsovia y Praga, una investigación multinacional destapó una amplia campaña rusa de compra de

influencias que incluía pagos a miembros del Parlamento Europeo e intentos de influir en las elecciones europeas.[4]

Entretanto, en el hemisferio occidental, el presidente Maduro dijo que estaba considerando la invasión y ocupación de una provincia de la vecina Guayana. Mientras anunciaba esos planes, cientos de miles de ciudadanos venezolanos, empobrecidos por sus políticas, atravesaban penosamente América Central camino de la frontera con Estados Unidos. La oleada migratoria sin precedentes ayudó a provocar una reacción populista y xenófoba en Estados Unidos y aumentó el respaldo al ala trumpista del Partido Republicano, que apoyaba abiertamente a Putin en su guerra para destruir Ucrania.

Esa policrisis multifacética, interconectada y autosostenida no la coordinó un único cerebro ni tampoco es prueba de una conspiración secreta. Por el contrario, esos episodios, vistos en conjunto, ilustran la manera en que diferentes autocracias han ampliado su influencia a distintas esferas políticas, económicas, militares e informativas. También ilustran cuánto daño pueden hacer cuando colaboran de forma oportunista en aras de su objetivo común: debilitar las democracias y los valores democráticos, en su propio país y en el resto del mundo. Léase, una vez más, la declaración emitida por Xi Jinping y Vladímir Putin el 4 de febrero de 2022 en vísperas de la invasión rusa de Ucrania. Denunciaban «la injerencia en los asuntos internos de estados soberanos con el pretexto de proteger la democracia y los derechos humanos». Pedían al resto del mundo «que respete la diversidad cultural y de civilizaciones y el derecho de los pueblos de los distintos países a la autodeterminación». Y advertían, indignados, de que todos los debates en torno a los principios democráticos, que calificaban de «intentos de

hegemonía», «suponen graves amenazas para la paz y la estabilidad mundiales y regionales y socavan la estabilidad del orden mundial».[5]

Otros han utilizado un lenguaje aún más crudo y extremo y han llamado abiertamente a cometer atrocidades colectivas o a la guerra, un lenguaje que nadie se ha tomado todavía en serio en el mundo democrático ni ha empezado a rebatir. Durante una reunión con Putin en septiembre de 2023, el dictador norcoreano, Kim Jong-un, ofreció su apoyo total e incondicional a la «lucha sagrada [de Rusia] para castigar al gran mal que reclama la hegemonía».[6] Unos meses después, en enero de 2024, Kim pareció abandonar sus anteriores intentos de reconciliación y exigió un cambio constitucional que identificaría a la Corea del Sur democrática como el principal enemigo de Corea del Norte, disolvió todas las instituciones que habían promovido la unificación y el intercambio transfronterizo y advirtió de una guerra que «destruiría la entidad llamada República de Corea y pondría fin a su existencia».[7] Esa misma semana, Dmitri Medvédev, expresidente y ex primer ministro de Rusia, llamó a Ucrania «tumor maligno» y exigió no solo la destrucción del actual Gobierno ucraniano, sino de «cualquier versión de Ucrania».[8] No mucho después, elaboró un mapa de Rusia que incorporaba casi toda la Ucrania moderna y repartía la mayor parte del territorio ucraniano restante entre Polonia y Hungría.[9]

Aun así, he empezado con la idea de que no estamos viviendo una nueva Guerra Fría, una «Guerra Fría 2.0», y quiero volver a subrayar esa afirmación. De ningún modo es la competencia moderna entre las ideas y prácticas autocráticas y democráticas una réplica directa

del panorama al que nos enfrentamos en el siglo xx . No hay «bloques» con los que aliarse ni muros de Berlín que marquen divisiones geográficas claras. Muchos países no encajan del todo en ninguna de las dos categorías, democracia o autocracia. Como ya he escrito, algunas autocracias (Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudí, Singapur, Vietnam) buscan cooperar con el mundo democrático, no quieren invalidar la Carta de la ONU y aún ven las ventajas del derecho internacional. Algunas democracias —Turquía, Israel, Hungría, India, Filipinas— han elegido a dirigentes que son más proclives a incumplir los convenios sobre derechos humanos que a respetarlos. Dado que las alianzas autocráticas son en gran medida transaccionales, pueden transformarse y cambiar, y a menudo lo hacen.

También se dan divisiones dentro de los países. Existen poderosos e importantes movimientos democráticos en Venezuela e Irán. Hay destacados políticos y movimientos políticos autocráticos en Estados Unidos, así como en Alemania, Polonia, Países Bajos, Italia y Francia. Asimismo, la economía mundial es mucho más compleja que en el siglo xx y es absurdo pretender que no existen conflictos de intereses. Hará falta que todo el mundo coopere para mitigar el cambio climático y otros retos medioambientales. Estados Unidos y Europa comercian intensamente con China y no es fácil ni deseable poner fin de golpe a esos vínculos comerciales.

Por todas estas razones, las democracias de América del Norte, América Latina, Europa, Asia y África, junto con los líderes de la oposición democrática en Rusia, China, Irán, Venezuela, Cuba, Bielorrusia, Zimbabue, Myanmar y otros países autocráticos, no deberían plantearse la lucha por la libertad como una competición

con estados autocráticos concretos y, menos aún, como una «guerra con China», sino como una guerra contra los comportamientos autocráticos, dondequiera que se observen: Rusia, China, Europa, Estados Unidos. A tal fin, necesitamos redes de abogados y funcionarios que combatan la corrupción dentro de nuestros países y en el resto del mundo, en colaboración con los activistas democráticos que mejor entienden la cleptocracia. Necesitamos que los militares y los servicios de inteligencia cooperen para poder anticipar y atajar la violencia sin ley. Necesitamos activistas económicos en muchos países distintos capaces de llevar un control del impacto de las sanciones en tiempo real, entender quién las incumple y adoptar medidas para impedirse. Necesitamos personas dispuestas a organizarse en línea y a coordinar campañas para identificar y desacreditar la propaganda deshumanizadora. Las autocracias quieren crear un sistema mundial que beneficie a ladrones, delincuentes, dictadores y perpetradores de asesinatos en masa. Podemos detenerlos.

PONGAMOS FIN A LA CLEPTOCRACIA TRANSNACIONAL

Un oligarca ruso, angoleño o chino puede tener una casa en Londres, una finca en el Mediterráneo, una empresa en Delaware y un fondo de inversiones en Dakota del Sur sin verse nunca obligado a revelar su patrimonio a las autoridades fiscales en ninguna parte. Los intermediarios estadounidenses y europeos —abogados, banqueros, contables, agentes inmobiliarios y asesores de relaciones públicas y de «gestión de la reputación»— hacen posible esa clase

de transacciones. Su trabajo es legal. Nosotros lo hemos hecho así. Podemos ilegalizarlo. Del todo. No necesitamos tolerar un poco de corrupción. Podemos acabar con todo el sistema sin más.

Podríamos, por ejemplo, exigir que todas las transacciones inmobiliarias, en cualquier parte de Estados Unidos y Europa, fueran transparentes. Podríamos exigir que todas las empresas estuvieran registradas a nombre de sus verdaderos propietarios y que todos los fondos de inversión revelaran el nombre de sus beneficiarios. Podríamos prohibir que nuestros ciudadanos tuvieran dinero en jurisdicciones que favorecen el secretismo y que los abogados y contables les prestaran sus servicios. Eso no significa que dejaran de existir, pero sería mucho más difícil acceder a ellos. También podríamos llenar los vacíos legales que permiten el anonimato en los sectores financieros y los fondos de inversión. Podríamos crear equipos de control eficaces y ayudarlos a colaborar entre países y continentes. Podríamos hacer todo eso en cooperación con otros socios del mundo entero.

Habría muchísima resistencia; si desmontar este sistema fuera fácil, ya se habría hecho. Los mecanismos de blanqueo de dinero son difíciles de entender y aún más difíciles de controlar. Las transacciones anónimas pueden moverse por diferentes cuentas bancarias de distintos países en cuestión de segundos, mientras que cualquiera que intente seguir el rastro del dinero y entender lo que ha ocurrido puede necesitar años para averiguarlo. Los gobiernos a menudo vacilan cuando se trata de llevar a juicio a los poderosos. Los funcionarios encargados de seguir el rastro de complejas operaciones secretas que mueven miles de millones de dólares cobran sueldos bajos y es posible que no quieran investigar a

personas mucho más ricas e influyentes. Los poderosos se benefician del sistema actual, quieren conservarlo y tienen lazos profundos en todo el espectro político. Sheldon Whitehouse, un senador estadounidense que lleva muchos años abogando por una mayor transparencia financiera, me dijo una vez que en parte lo hace porque «las mismas técnicas de ocultación utilizadas para facilitar las actividades de esbirros y criminales en el extranjero también facilitan las actividades políticas de los grupos de interés dentro del país». Los individuos que se benefician del secretismo financiero a menudo intentan influir directamente en la política, y eso también hace difícil pararles los pies. Íhor Kolomoiski, el oligarca ucraniano que ocultó su dinero en operaciones inmobiliarias por todo el Medio Oeste de Estados Unidos, habría intentado preservar su imperio tratando de influir en la Administración Trump, incluso ofreciéndole al presidente revelarles «trapos sucios» sobre Joe y Hunter Biden, algunos de los cuales le llegaron al abogado personal de Donald Trump, Rudy Giuliani. Kolomoiski sostiene lo contrario — que su intención era sacar la verdad a la luz, no alimentar rumores —, pero es muy probable que esa fuera su manera de intentar influir en la Administración Biden.[10]

Por todas estas razones, ningún político, partido o país puede reformar este sistema por sí solo. Por el contrario, una coalición internacional tendrá que cambiar las leyes, poner fin a las prácticas secretas y restablecer la transparencia del sistema financiero internacional. La red contra la cleptocracia podría incluir a los funcionarios de los ministerios de Hacienda y Economía de Europa,

Asia y América del Norte que han empezado a comprender el daño que el blanqueo de capitales y el dinero negro les han hecho a sus economías. Podrían colaborar con líderes comunitarios de Londres, Vancouver, Miami y otras ciudades cuyos paisajes, mercados inmobiliarios y economías han distorsionado los rusos, angoleños, venezolanos y chinos que compran propiedades como vía para acumular riqueza.

La coalición también podría incluir a los activistas que saben más que los observadores externos acerca de la forma en que se roba dinero en su propio país y sobre cómo transmitir esa información. Alexéi Navalni fue asesinado por el Estado ruso precisamente porque se le daban muy bien ambas cosas. En los años anteriores a su última detención, realizó una serie de documentales financiados colectivamente y publicados en YouTube que vinculaban a los líderes de Rusia con fraudes financieros de gran calado y amplias redes de colaboradores. Los vídeos tuvieron éxito porque estaban realizados con profesionalidad, incluían detalles impactantes —el bar de cachimbas y la pista de hockey de la ostentosa residencia de Putin en el mar Negro, así como el viñedo, el helipuerto y el criadero de ostras— y relacionaban esa información con la pobreza de los profesores, médicos y funcionarios rusos. «Vosotros tenéis malas carreteras y mala atención sanitaria —dijo Navalni a los rusos— porque ellos tienen viñedos y criaderos de ostras».

Se trataba de periodismo de investigación, pero presentado y pensado para conmover a la gente —para explicarle la relación entre los palacios construidos por gobernantes distantes y ellos—, y dio resultado. Algunos de los vídeos recibieron cientos de millones de visitas. Imaginemos ahora el mismo proyecto, pero respaldado por

gobiernos, medios de comunicación y activistas democráticos de todo el mundo. No solo investigaciones, no solo acciones judiciales, sino campañas para darlas a conocer y relacionarlas con la vida de la gente corriente. De igual manera que el mundo democrático forjó en su día una alianza internacional anticomunista, Estados Unidos y sus aliados pueden forjar una alianza internacional contra la corrupción, organizada en torno a la idea de transparencia, rendición de cuentas y justicia, y potenciada por el pensamiento creativo presente tanto en las diásporas de regímenes autocráticos como en las propias democracias.

NO LIBREMOS LA GUERRA DE LA INFORMACIÓN: SABOTEÉMOSLA

Los autócratas modernos se toman muy en serio la información y las ideas. Comprenden la importancia no solo de controlar la opinión en su propio país, sino también de influir en los debates de todo el mundo. Se gastan el dinero como corresponde: en cadenas de televisión, periódicos locales y nacionales, redes de troles. Cortejan a políticos y empresarios de países democráticos para tener portavoces y defensores locales. Colaboran para divulgar las mismas teorías conspirativas y las mismas temáticas en distintas plataformas.

Durante las tres décadas transcurridas desde el final de la Guerra Fría, Estados Unidos y sus aliados no pensaron que fuera necesario competir en ese ámbito porque la buena información ganaría de algún modo la batalla en el «mercado de ideas». Sin embargo, no existe un mercado de ideas o, en todo caso, uno que sea libre. Por

el contrario, algunas ideas se han visto espectacularmente amplificadas por campañas de desinformación, por el fuerte gasto de plataformas de redes sociales cuyos algoritmos favorecen contenidos emocionales y divisorios y, quizá en algunos casos, por algoritmos creados para promover relatos rusos o chinos de manera similar. Desde que nos topamos por primera vez con la desinformación rusa dentro de nuestras sociedades, hemos supuesto que nuestros medios de comunicación actuales podrían derrotarla sin ningún esfuerzo especial. Sin embargo, nadie que estudie la propaganda autocrática cree que verificar los hechos o incluso reaccionar con rapidez sea suficiente. Para cuando se corrige, la mentira ya ha dado la vuelta al mundo. Nuestros antiguos modelos jamás reconocieron el hecho de que muchas personas desean que las desinformen. Les atraen las teorías conspirativas y no buscan necesariamente noticias de fuentes serias.

Podemos empezar a contraatacar, en primer lugar, comprendiendo que nos enfrentamos a una epidemia de blanqueo de información y sacándola a la luz siempre que podamos. En 2023, el Gobierno estadounidense empezó a hacer justo eso. El Centro para la Participación Mundial (GEC, por sus siglas en inglés) del Departamento de Estado recabó datos de inteligencia e información recopilados por el resto del Gobierno y empezó a destapar una serie de campañas rusas programadas antes de que se lanzaran, una táctica que James Rubin, director del GEC desde 2022, denomina *prebunking* («predetección»). El GEC expuso la campaña para divulgar desinformación sobre la salud en África identificando los nombres de los rusos implicados y después informó a los medios de comunicación de los países africanos más afectados.[11] También

destapó el plan ruso para coordinar la desinformación en América Latina, a través de Pressenza y otros sitios web, e informó asimismo a los medios de comunicación de habla hispana. El Gobierno francés, junto con varias instituciones de la Unión Europea, ha desenmascarado a RRN, el grupo que creó la red de ciberocupación en Francia y Alemania. El Gobierno alemán destapó otra operación dirigida a germanohablantes, la cual incluía unas cincuenta mil cuentas falsas de Twitter que enviaron más de un millón de mensajes a lo largo de un mes a finales de 2023, muchos de ellos insinuando que el Gobierno alemán estaba desatendiendo a sus ciudadanos al proporcionar armas y ayuda a Ucrania.[12] Describiendo estas campañas con antelación, los gobiernos estadounidense, francés y alemán esperan alertar a algunas personas, al menos, de su existencia.

Por supuesto, el problema es mucho más complejo: ninguna de esas campañas tendría posibilidades de éxito si las plataformas de redes sociales que las alojan no fueran tan fáciles de manipular. La reforma de estas plataformas es un tema amplísimo, con implicaciones que van más allá de la política exterior, y la resistencia a tan siquiera un debate civilizado sobre la regulación de las redes sociales es enorme. Las plataformas figuran entre las empresas más ricas e influyentes del mundo y, al igual que las compañías que se benefician del blanqueo de dinero, presionan para que no haya cambios; lo mismo hacen muchos políticos, sobre todo de extrema derecha, que consideran que el sistema actual los favorece. Juntos, han impedido cualquier debate productivo pese al visible empeoramiento de la conversación en línea. Cuando Elon Musk compró Twitter, la plataforma enseguida se convirtió en un altavoz

más potente de las narrativas extremistas, antisemitas y prorrusas. TikTok, la plataforma creada en China, continúa siendo una fuente de desinformación eficaz y poco comprendida, entre otras cosas porque es totalmente opaca. Si está utilizándose para influir en la política de Estados Unidos o recopilar datos de los usuarios, no sabemos cómo. Entretanto, la extrema derecha estadounidense ha transformado el debate político legítimo sobre la regulación de las plataformas digitales en una disputa sobre «prohibiciones» y «libertad de expresión» y ataca a los profesores universitarios y a otros investigadores que intentan comprender el funcionamiento del mundo en línea y explorar cómo hacerlo más transparente.

Sin embargo, al igual que el sistema financiero, el sistema de información se basa en una serie de leyes, normas y reglamentos, todos los cuales pueden modificarse si nuestros políticos están dispuestos a hacerlo. La transparencia puede sustituir a la opacidad. Los clientes de las plataformas de redes sociales deberían poder ser dueños de sus datos y decidir qué se hace con ellos. También deberían poder influir, directamente, en los algoritmos que determinan lo que ven. Los legisladores de las democracias podrían crear instrumentos técnicos y jurídicos para que los usuarios tuvieran más control y opciones o para pedir responsabilidades a las empresas si los algoritmos que utilizan promueven contenidos vinculados con actos terroristas. Los científicos sociales deberían poder colaborar con las plataformas para comprender mejor su impacto, como ya hicieron con las empresas alimentarias para garantizar una mejor higiene o con las petroleras para evitar daños medioambientales.

Como la lucha contra la cleptocracia, la lucha por unas conversaciones basadas en hechos probados requiere coaliciones internacionales más amplias. Estados Unidos y sus aliados pueden tener que aunar fuerzas, entre sí y con las empresas mediáticas, para convertir Reuters, Associated Press y otras agencias de noticias serias en las proveedoras habituales de noticias internacionales en lugar de Xinhua y RT. Es posible que los gobiernos y las empresas privadas necesiten colaborar para garantizar que los programas y fuentes informativas chinos no sean siempre la opción más barata en África o en América Latina. Ningún Gobierno democrático debería presuponer nunca que los argumentos a favor de la democracia o el Estado de derecho son por alguna razón tan obvios que caen por su propio peso. Las narrativas autoritarias están pensadas para rebajar el atractivo natural de esas ideas, para presentar la dictadura como un sistema estable y la democracia como uno caótico. Los medios de comunicación, las organizaciones civiles y los políticos democráticos tienen que rebatirlas y defender la transparencia, la rendición de cuentas y la libertad —en su país y en todo el mundo.

Trabajar en equipo también puede ayudar a los ciudadanos de las autocracias a entender mejor el contexto mundial de sus regímenes. Si las diásporas rusa, venezolana, iraní y de Hong Kong pueden difundir los mensajes e ideas del resto, juntas pueden tener más impacto que cualquiera de ellas por separado. En algunos países, ya se ha intentado. Kloop, la agencia de noticias kirguisa ahora prohibida, trabajó eficazmente durante años para crear lazos entre los periodistas independientes de Asia central, de manera que incluso la población de países muy herméticos pudiera entender mejor lo que ocurre en la región, por ejemplo, los intentos de Rusia

de dominar su espacio informativo. Hoy en día, varios sitios web independientes rusos, como Meduza y The Insider, traducen al inglés sus mejores reportajes de investigación para que lleguen a un público más amplio en todo el mundo. En reuniones públicas y privadas como aquella a la que asistí en las afueras de Vilna, los activistas del mundo autocrático ya intercambian experiencias, trazan estrategias coordinadas, se enseñan a acceder a sitios web bloqueados. Si los apoyamos, pueden ayudarse unos a otros a comunicar mejor la información, de manera más convincente, y luego podrán enseñarnos a nosotros.

A diferencia de sus predecesores del siglo xx , los autócratas actuales no pueden imponer la censura con facilidad ni eficacia. En cambio, se han centrado en ganarse al público, en conseguir apoyo para sus mensajes explotando emociones como el resentimiento, el odio y el anhelo de superioridad. Tenemos que aprender a competir con ellos y, a la vez, preservar y promover nuestros valores. Ello conlleva acabar con el monopolio de los autócratas sobre el uso de las emociones fuertes, conectar con el público a través de los temas que más le preocupan y, sobre todo, mostrar que la lucha por la verdad conduce al cambio. Los periodistas que destapan casos de corrupción tienen que colaborar con abogados y partidarios de la imposición de sanciones para asegurarse de que sus investigaciones se traduzcan en castigos. La buena información tiene que contribuir a traer un cambio positivo. La verdad debe entenderse como un camino a la justicia.

DESACOPLARSE, REDUCIR RIESGOS, RECONSTRUIR

El 26 de septiembre de 2022, cincuenta y cinco años después de la reunión en el pabellón de caza de los Habsburgo, el experimento europeo de interdependencia autocrática-democrática llegó a su fin. Primero una enorme explosión submarina y luego varias más destrozaron el gasoducto Nord Stream 2. Se destruyeron tres de sus cuatro tuberías y el proyecto de más de veinte mil millones de dólares quedó inservible. Junto con el gasoducto físico, el acto de sabotaje hizo pedazos la idea de que los alemanes, los europeos o los estadounidenses podían promover la democracia a través del comercio.

Desde el primer momento, la intención de los rusos era que el Nord Stream 2 cumpliera el propósito contrario: esperaban promover la cleptocracia en Alemania y sentar las bases para dominar Ucrania. El gasoducto iba a transportar gas directamente de Rusia a Alemania, sin pasar por Polonia ni Ucrania, lo que permitiría excluir a esos países de lucrativos acuerdos de tránsito y, quizá, cortar por completo el suministro de gas a Ucrania. Incluso antes de que se firmara el acuerdo, Rusia ya había empezado a utilizar los precios del gas y su disponibilidad como instrumento de influencia política, cortando el suministro de gas a Ucrania en 2005-2006[13] y de nuevo en 2014,[14] fijando los precios y jugando políticamente con el gas en Europa central y oriental.

El proyecto Nord Stream también se convirtió en la base de una nueva clase de relación especial entre Rusia y Alemania. Las empresas rusas que intervinieron en él se integraron en la cultura y la política alemanas.[15] Gazprom ayudó a financiar una exposición

en el Museo Histórico Alemán de Berlín, dedicada a una versión idealizada de la historia rusoalemana,[16] y se hizo copatrocinadora del Schalke, un club de fútbol alemán que, casualmente, era el favorito del presidente alemán y exministro de Asuntos Exteriores, Frank-Walter Steinmeier.[17] Las empresas también mantenían vínculos estrechos con políticos alemanes y rusos. Matthias Warnig, un antiguo oficial de la Stasi que había estado destinado en Dresde al mismo tiempo que Putin, pasó a ser el director ejecutivo del consorcio Nord Stream AG. Gerhard Schröder, el canciller que había dado su aprobación a la construcción del Nord Stream 2, aceptó la sugerencia de Putin de presidir el comité de accionistas de Nord Stream AG solo unos días después de dejar el cargo. En 2022, el año en el que Rusia invadió Ucrania, Schröder ganaba más de un millón de dólares anuales provenientes de empresas vinculadas con los gasoductos y el gas ruso, Rosneft entre ellas.[18] No todas las relaciones que surgieron en torno a los Nord Stream eran corruptas (y Schröder negó rotundamente que la suya lo fuera). Sin embargo, tampoco resultaron ser compatibles con los intereses nacionales de Alemania ni con la estabilidad estratégica de Europa. Cuando la canciller Angela Merkel, sucesora de Schröder, no puso fin al proyecto Nord Stream ni tan siquiera después de la primera invasión de Ucrania en 2014, Putin quizá interpretara que tenía luz verde para seguir adelante.[19]

Se ha especulado mucho sobre los motivos de Merkel, pero, de hecho, sus puntos de vista eran los mismos que los de prácticamente todos los demás líderes democráticos de su época. Creía que unas inversiones beneficiosas para ambas partes y un poco de paciencia animarían a Rusia a integrarse en Europa, al igual

que habían aprendido a hacer los europeos después de la Segunda Guerra Mundial. No era consciente de que las empresas rusas no actuaban como entidades privadas, sino como agentes del Estado, representando los intereses del Kremlin en infinidad de transacciones comerciales y políticas. Tampoco lo era de los posibles riesgos de comerciar con empresas chinas que a veces están financiadas o dirigidas por el Partido Comunista de China ni del peligro de depender de ellas para todo, desde minerales raros hasta suministros médicos.

Los riesgos de una dependencia excesiva del comercio con Rusia, China u otras autocracias no son solo económicos. Son existenciales. Tras la invasión de Ucrania, los europeos aprendieron por las malas cuán cara les había salido su decisión de depender del gas ruso. El cambio a fuentes de energía más costosas generó inflación. La inflación, a su vez, generó insatisfacción. Esa insatisfacción, agravada por una campaña rusa de desinformación, contribuyó a un brusco aumento del apoyo a la extrema derecha alemana, un movimiento político que, si alguna vez llegara al poder, cambiaría la naturaleza de la Alemania de posguerra hasta hacerla irreconocible.

En abril de 2023, Jake Sullivan, asesor de seguridad nacional del presidente Biden, habló públicamente en Washington sobre los riesgos que podría acabar planteando el mismo tipo de dependencia excesiva de China.[20] No argumentó a favor del desacoplamiento (*decoupling*) —es decir, la separación total de la economía estadounidense de la china—, sino de la reducción de riesgos (*derisking*): asegurar que Estados Unidos y el resto del mundo democrático no sigan dependiendo de China en nada que pueda utilizarse como arma en caso de crisis. Puso algunos ejemplos,

destacando que Estados Unidos «solo produce el 4 por ciento del litio, el 13 por ciento del cobalto, el 0 por ciento del níquel y el 0 por ciento del grafito necesarios para satisfacer la demanda actual de vehículos eléctricos. Entretanto, más del 80 por ciento de los minerales esenciales se procesan en un solo país, China». A continuación, abogó por construir un «ecosistema productor de energía limpia cimentado en las cadenas de suministro aquí, en Norteamérica, y que se amplíe a Europa, Japón y otros países».

Es necesario hacer más hincapié en la gravedad de lo expuesto, ya que la dependencia del mundo democrático de China, Rusia y otras autocracias para el suministro de minerales, semiconductores o energía plantea más que un mero riesgo económico. Esas relaciones comerciales están corrompiendo nuestras sociedades. Rusia no ha estado utilizando sus gasoductos, como esperaba el canciller alemán Willy Brandt, para fortalecer los lazos comerciales y contribuir a consolidar una paz duradera en Europa, sino para esgrimir un arma de chantaje e influir en favor de Rusia en la política europea. Las empresas chinas utilizan su presencia en todo el mundo para recopilar datos e información que podrían ayudarlas a librar una guerra cibernética. El dinero ruso, chino y de otras oligarquías en bienes raíces estadounidenses y británicos ha distorsionado el mercado inmobiliario de las grandes ciudades y corrompido a más de un político. El hecho de que hubiera empresas fantasma anónimas comprando bloques de pisos en propiedades de la marca Trump mientras él era presidente tendría que haber disparado las alarmas. [21] Que no lo hiciera es una prueba de lo acostumbrados que estamos a la corrupción cleptocrática.

Nuestras relaciones comerciales con Autocracia, S. A. conllevan, asimismo, otros riesgos. Ursula von der Leyen, presidenta de la Comisión Europea, también pronunció un discurso en la primavera de 2023 en el que argumentó que la relación económica entre China y Europa «está desequilibrada y cada vez más afectada por las distorsiones creadas por el sistema capitalista de Estado de China». [22] Por decirlo más claro, el Gobierno chino financia a sus empresas más grandes para ayudarlas a competir. Su llamamiento a «reequilibrar esta relación sobre la base de la transparencia, la previsibilidad y la reciprocidad» fue una manera educada de decir que necesitamos aranceles, prohibiciones y controles a la exportación para garantizar que China no pueda hacerles competencia desleal a nuestras industrias utilizando fondos públicos.

Esa advertencia también podría ir más lejos, ya que la competencia no es solo con China, y no solo en el comercio. Quizá nos encontremos en un punto de inflexión, un momento en que debemos decidir cómo gestionar la tecnología de vigilancia, la inteligencia artificial, el internet de las cosas, los sistemas de reconocimiento facial o de voz y otras tecnologías emergentes para que sus inventores y sus usuarios continúen siendo responsables ante las leyes democráticas, así como ante los principios de los derechos humanos y las normas de transparencia. Ya hemos fracasado en regular las redes sociales, con consecuencias negativas para la política a escala mundial. No regular la inteligencia artificial antes de que distorsione las conversaciones políticas, solo por poner un ejemplo obvio, podría tener a la larga un impacto catastrófico. Las democracias deben trabajar, una vez más en coalición, para promover la transparencia, formular normas internacionales y

asegurarse de que las autocracias no dictan las reglas ni definen los productos.

Estamos cobrando conciencia de todas estas cuestiones muy tarde. Los activistas por la democracia de todo el mundo, desde Moscú hasta Hong Kong y Caracas, llevan tiempo advirtiéndonos de que nuestras industrias, políticas económicas y proyectos de investigación están haciendo posible que se agreda económica e incluso militarmente a otros países, y tienen razón.

Algunos de los estadounidenses y europeos más ricos y poderosos están, por su parte, desempeñando un papel ambivalente en esas transacciones. Ya no deberíamos vivir en un mundo en el que los muy ricos pueden hacer negocios con regímenes autocráticos, promoviendo a veces los objetivos de su política exterior, mientras, al mismo tiempo, los hacen con el Gobierno de Estados Unidos, o con los de Europa, y gozan del estatus y los privilegios de ciudadanía y protección legal en los mercados libres del mundo democrático. Es hora de obligarlos a elegir.

DEMÓCRATAS UNIDOS

«Demócratas unidos»; utilizo esta frase con cautela. No pretendo que sea un insulto ni insinuar que el mundo democrático debiera convertirse en un espejo del autocrático. Por el contrario, la utilizo porque creo que los ciudadanos de Estados Unidos, y los de las democracias de Europa, Asia, África y América Latina, tendrían que empezar a sentirse conectados unos con otros y con las personas que comparten sus valores dentro de las autocracias. Se necesitan

unos a otros, ahora más que nunca, porque sus democracias no son seguras. Ninguna democracia está a salvo.

Los estadounidenses, con su larga tradición de creerse excepcionales, harían bien en recordar que su política nacional siempre ha estado asociada a una lucha mayor por la libertad y el Estado de derecho en todo el mundo y se ha visto influida por ella. Los europeos que anhelan una Europa fortaleza también tienen que despertar a la realidad de que las campañas de influencia rusas y los intereses comerciales chinos ya están moldeando sus políticas y limitando sus opciones. Estamos acostumbrados a pensar que «Occidente» influye en el mundo, pero hoy en día la influencia suele ir en sentido contrario. Aunque no lo creamos o reconozcamos, eso no hará que desaparezca.

La mayoría de los parisinos, madrileños, neoyorquinos y londinenses no se toman en serio a los dirigentes políticos de Rusia, China, Irán y Venezuela. Sin embargo, esos gobernantes prestan mucha atención a lo que ocurre en París, Madrid, Nueva York y Londres. Comprenden que el lenguaje de la democracia, la anticorrupción y la justicia —lenguaje que a menudo utilizamos sin pensar— representa un peligro para su poder. Seguirán intentando moldear nuestra política y economía en su beneficio, aunque nos tapemos los ojos y los oídos y nos neguemos a darnos cuenta, como muchos preferirían.

El aislacionismo es una reacción instintiva e incluso comprensible a la fealdad del mundo moderno interconectado. Para algunos políticos de países democráticos, continuará siendo una vía eficaz para acceder al poder. La campaña a favor del Brexit triunfó utilizando la metáfora de «recuperar el control» y no es ninguna sorpresa; todos

queremos más control en un mundo en el que lo que sucede en el otro extremo del planeta puede afectar al empleo y los precios en nuestros pueblos y ciudades. Sin embargo, la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea ¿ha dado a los británicos más poder para influir en el mundo? ¿Ha impedido que el dinero extranjero influya en la política de Reino Unido? ¿Ha evitado que los refugiados se trasladen de las zonas de guerra de Oriente Próximo a Gran Bretaña? No.

La tentación de lo que a veces se llama «realismo» —la idea de que a los países solo los mueve la lucha por el poder, de que tienen intereses eternos y orientaciones geopolíticas permanentes— es tan fuerte como la del aislacionismo y puede ser igual de engañosa, entre otras cosas porque atrae a los indiferentes. Si los países nunca cambian, ¿para qué esforzarnos por que lo hagan? Si los países tienen orientaciones permanentes, lo único que tenemos que hacer es descubrir cuáles son y habituarnos a ellas. Aunque solo sea eso, la guerra de Ucrania nos ha demostrado que los países no son fichas en una partida de un juego de estrategia. Su comportamiento puede verse modificado por actos de cobardía o valentía, por líderes sabios o crueles y, sobre todo, por buenas y malas ideas. Sus interacciones no son inevitables; sus alianzas y enemistades no son permanentes. No hubo una coalición para ayudar a Ucrania hasta febrero de 2022 y entonces todo cambió. Esa coalición hizo imposible lo que parecía ser la inevitable y rápida conquista de Ucrania. Por la misma razón, un líder ruso distinto, con otras ideas, podría hoy poner rápidamente fin a la guerra.

Ya no existe un orden mundial liberal y la aspiración a crearlo ya no parece real. Sin embargo, hay sociedades liberales, países abiertos y libres que ofrecen a sus ciudadanos más posibilidades de

llevar una vida útil que las dictaduras herméticas. No son perfectas. Las que existen tienen graves defectos, profundas divisiones y terribles cicatrices históricas. No obstante, esa es aún otra razón para defenderlas y protegerlas. Han existido muy pocas a lo largo de la historia; muchas lo han hecho durante poco tiempo antes de fracasar. Pueden destruirse desde fuera y también desde dentro, víctimas de divisiones y demagogos. O pueden salvarse. Pero solo si quienes vivimos en ellas estamos dispuestos a hacer el esfuerzo.

Agradecimientos

El título de este libro, *Autocracia, S. A.*, surgió en una conversación con el activista por la democracia y gran pensador Srđa Popović, cuya labor es una importante fuente de inspiración para mí y para muchos otros. Las conversaciones con Yevguenia Albats, Ladan Boroumand, James Bosworth, Thomas Carothers, Nick Donovan, Denise Dresser, Steven Feldstein, Garri Kaspárov, Joshua Kurlantzick, Leopoldo López, Evan Mawarire, Rosa María Payá, Peter Pomerantsev, Alexander Sikorski, Radek Sikorski, Tadeusz Sikorski, Svetlana Tijanóvskaya, Christopher Walker, Jack Watling, Damon Wilson y Tammy Wittes también han aportado ideas a este libro.

Cullen Murphy fue un importante lector y corrector en una primera etapa, y Francisco Toro, un asesor y corrector igual de importante más avanzada la obra. Abigail Skalka colaboró en la investigación. Reuel Marc Gerecht, Christopher Walker, Peter Pomerantsev y Andrea Kendall-Taylor leyeron partes del manuscrito. Jeffrey Goldberg y Scott Stossel me encargaron y corrigieron el artículo original de *The Atlantic*, «The Bad Guys Are Winning», que pasó a ser la introducción de este libro. Dante Ramos corrigió casi todos los otros artículos de *The Atlantic*, en torno a una docena, en los que también me basé para escribir este libro.

Debo un agradecimiento especial a un trío singular: Stuart Proffit, mi editor británico, Kris Puopolo, mi editora estadounidense, y Georges Borchardt, mi agente literario; los tres llevan más de dos

décadas colaborando conmigo. Les estoy tan agradecida ahora como cuando publicamos *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos* en 2003. Muchas gracias a Nora Reichard, que ha sido mi coordinadora de producción durante casi el mismo tiempo, así como a las directoras editoriales Meredith Dros y Vimi Santokhi, al director de producción editorial Bob Wojciechowski, al diseñador Michael Collica y a los magníficos publicistas de Doubleday y Penguin, coordinados por Sara Hayet y Annabelle Huxley.

Créditos de los textos

Algunas partes de este libro se publicaron originalmente en las siguientes publicaciones:

The Atlantic Monthly : «Conservatives and the False Romance of Russia», 12 de diciembre de 2019; «Venezuela Is the Eerie Endgame of Modern Politics», 27 de febrero de 2020; «The U.S. Shouldn't Be a "Sleazy Offshore Principality"», 14 de octubre de 2020; «A KGB Man to the End», número de septiembre de 2020; «How China Outsmarted the Trump Administration», número de noviembre de 2020; «How to Put Out Democracy's Dumpster Fire», número de abril de 2021; «Other Regimes Will Hijack Planes Too», 24 de mayo de 2021; «The Kleptocrats Next Door», 8 de diciembre de 2021; «The Bad Guys are Winning», número de diciembre de 2021; «America Needs a Better Plan to Fight Autocracy», 15 de marzo de 2022; «There Is No Liberal World Order», 31 de marzo de 2022; «China's War Against Taiwan Has Already Started», 14 de diciembre de 2022; «There Are No Rules», 9 de octubre de 2023.

The Washington Post : «Let a Thousand Filters Bloom», 20 de julio de 2005; «How the U.S. and Britain Help Kleptocracies around the World—and How We Pay the Price as Well», 13 de mayo de 2016.

The Spectator (Londres): «Letting Russia into the G8 Gave Tacit Approval to Putin», 3 de marzo de 2014.

The New York Review of Books : «How He and His Cronies Stole Russia», 18 de diciembre de 2014.

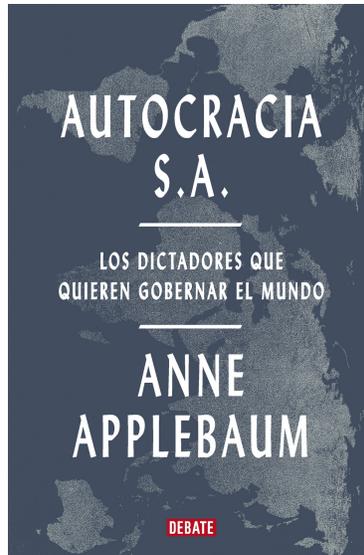
***Premio de la Paz de los Libreros Alemanes
2024***

«Una guía maestra para afrontar la nueva era del autoritarismo. Una clase magistral sobre la unión de un gobierno dudoso con el crimen internacional».

The Guardian

«La destacada periodista y estudiosa de las dictaduras se fija en Trump, Putin y muchos otros autócratas modernos. Esencial para cualquier debate en torno al totalitarismo moderno».

Kirkus



A partir de casos reales y contemporáneos, la ganadora del Premio de la Paz de los Libreros Alemanes 2024 y del Premio Pulitzer 2004, Anne Applebaum, demuestra en *Autocracia S.A.* que no hay un único líder al frente de las dictaduras, sino unas sofisticadas redes compuestas por estructuras financieras cleptocráticas, dudosos servicios de seguridad y propagandistas profesionales.

Los miembros de estas redes no solo están conectados dentro del propio país, sino con los de muchos otros. Las empresas corruptas controladas por el Estado totalitario hacen negocios con sus homólogas en territorios similares. La policía de un país puede armar, equipar y entrenar a la de otro. Los propagandistas comparten recursos y temas, difundiendo los mismos mensajes sobre la debilidad de la democracia y la maldad de Estados Unidos. Ningún país lidera este bloque, se ve más bien como una aglomeración de empresas cuyos vínculos no están cimentados en ideales, sino en acuerdos —diseñados para paliar los boicots económicos occidentales o para que algunos se enriquezcan

personalmente—, razón por la cual pueden operar más allá de las fronteras geográficas e históricas.

Applebaum asume el reto de contextualizar el mundo de las nuevas dictaduras, así como el de sus principales opositores, para revelar cómo han evolucionado estos sistemas de gobierno y cómo han tratado de moldear la economía y la política de las antiguas democracias.

La crítica ha dicho:

«Ofrece una incriminación elocuente de la connivencia occidental en la creación de estas autocracias. Una mirada lúcida e inquebrantable a las ideas, resentimientos, supuestos y prácticas de los regímenes que están desafiando a la democracia liberal».

Michael Ignatieff

«Con Donald Trump en una escalada de venganza y una proporción creciente de estadounidenses que dicen aprobar la violencia política, es fácil compartir su pesimismo».

The Economist

«Especialmente oportuno».

The Washington Post

«Lo último de Anne Applebaum es una advertencia sobre lo cerca que estamos de una forma sutil y más invasiva de poder autocrático, más fluida y fácil de globalizar. De indispensable lectura, *Autocracia S.A.* arroja luz sobre las redes transnacionales (tecnológicas y

financieras) que incitan a la consolidación del poder en manos de unos pocos en detrimento de todos los demás».

Lit Hub

Anne Applebaum es columnista en *The Atlantic* y *senior fellow* en el Agora Institute de la Johns Hopkins University. En Debate ha publicado *Gulag*, *El Telón de Acero* (obra galardonada con el Premio Pulitzer en la categoría general de no ficción), *Hambruna roja* (con el que ganó el Premio Cundill y fue finalista al National Book Award), *El ocaso de la democracia* y *Entre Este y Oeste* . Vive en Polonia con su marido, el político polaco Radosaw Sikorski, y sus dos hijos.



Título original: *Autocracy Inc. The Dictators Who Want to Run the World*

Primera edición: noviembre de 2024

© 2024, Anne Applebaum

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2024, Rosa Pérez, por la traducción

Diseño de la cubierta: Adaptación del diseño original de Oliver Munday

Imagen de la cubierta: © javarman3/Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19642-97-4

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: debatelibros

X: @debatelibros

Instagram: @debatelibros

YouTube: penguinlibros

Spotify: PenguinLibros

Introducción. Autocracia, S. A.

[1] A veces, también los llaman «dictadores personalistas». Véase Erica Frantz, Andrea Kendall-Taylor y Joe Wright, *The Origins of Elected Strongmen: How Personalist Parties Destroy Democracy from Within*, Oxford, Oxford University Press, 2024.

[2] Freedom House enumera cincuenta países como «no libres» en *Freedom in the World 2024*, <freedomhouse.org>, consultado el 20 de febrero de 2024.

[3] «Belarus: Statement by the High Representative on Behalf of the European Union on the Third Anniversary of the Fraudulent Presidential Elections», Política Europea de Vecindad y Negociaciones de Ampliación (DG NEAR), 8 de agosto de 2023, <neighbourhood-enlargement.ec.europa.eu>; OSCE, «OSCE Monitors Condemn Flawed Belarus Vote, Crackdown», rueda de prensa, 20 de diciembre de 2010, <www.oscepa.org>.

[4] Ma Li Wenbo y Yekaterina Radionova, «The Great Stone China-Belarus Industrial Park», *Dreams Come True*, 2019, <www.mofcom.gov.cn>, consultado el 16 de febrero de 2024.

[5] Claudia Chiappa, «Lukashenko to Iran: Let's Be BFFs», *Politico*, 17 de octubre de 2023.

[6] «Belarus TV Staffs Up with Kremlin-Funded Journalists-RBC», *Moscow Times*, 1 de septiembre de 2020.

[7] «Russia Discusses Debt, Energy Stability with Venezuela», Reuters, 14 de diciembre de 2022.

[8] «Venezuela Assembles Tractors with Support from Belarus», *Kawsachun News*, 15 de marzo de 2022.

[9] «How Venezuela's Stolen Gold Ended Up in Turkey, Uganda, and Beyond», *InSight Crime*, 21 de marzo de 2019.

[10] «Venezuela Defends Purchase of Chinese Riot-Control Gear After More than 70 Deaths in Street Protests», *South China Morning Post*, 19 de junio de 2017.

[11] Alessandra Soler y Giovana Fleck, «Is China Exporting Its Surveillance State to Venezuela?», *Global Voices*, 28 de septiembre de 2021, <globalvoices.org>.

[12] A mediados de 2020, solo el 13 por ciento de los venezolanos tenían una opinión positiva de Maduro. También en 2020, justo antes de las elecciones, las encuestas independientes indicaban que Lukashenko contaba con el 29,5 por ciento del apoyo popular.

[13] Cynthia J. Arnson, ed., *Venezuela's Authoritarian Allies: The Ties That Bind*?, Washington D. C., Woodrow Wilson International Center for Scholars, 2021, n.º 43, <www.wilsoncenter.org>.

[14] William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, Nueva York, W. W. Norton, 2004, p. 553. [Hay trad. cast.: *Khrushchev: El hombre y su época*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005].

[15] Sergei Guriev y Daniel Treisman han descrito esta clase más sutil de autocracia en *Spin Dictators: The Changing Face of Tyranny in the 21st Century*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 2022. [Hay trad. cast.: *Los nuevos dictadores: El rostro cambiante de la tiranía en el siglo XXI*, Zalla (Vizcaya), Deusto, 2023].

[16] Raz Zimmt, «As President Raisi Visits China: Renewed Debate on Iran's Policy Regarding Uyghur Muslims», Facultad de Humanidades Lester y Sally Entin, Universidad de Tel Aviv, marzo de 2023, <en-humanities.tau.ac.il>.

[17] Entrevista con Srđa Popović, 6 de agosto de 2020.

[18] La República Popular China, por ejemplo, combatió contra la República Popular de Vietnam.

[19] Vladimir I. Lenin, *Collected Works*, Moscú, Progress, 1965, vol. 28, p. 243.

[20] Lenin, «Greetings to Italian, French, and German Communists», 10 de octubre de 1919, en *Collected Works*, 4.ª ed., Moscú, Progress, 1965, vol. 30, pp. 52-62, <www.marxists.org>. [Hay trad. cast.: «Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes», *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1973].

[21] Jill Lepore, «The Last Time Democracy Almost Died», *The New Yorker*, 27 de enero de 2020.

[22] Rainer Zitelmann, *Hitler's National Socialism*, Oxford, Management Books 2000, 2022.

[23] Mao Zedong, «On Correcting Mistaken Ideas in the Party», diciembre de 1929, <www.marxists.org>.

[24] Consejo Revolucionario de la Unión de Birmania, «The Burmese Way to Socialism», abril de 1962, <www.scribd.com>.

[25] Ladan Boroumand y Roya Boroumand, «Terror, Islam, and Democracy», *Journal of Democracy*, vol. 13, n.º 2, abril de 2002.

[26] Chris Buckley, «China Takes Aim at Western Ideas», *The New York Times*, 19 de agosto de 2013.

[27] «Putin Calls “Color Revolution” an Instrument of Destabilization», *Kyiv Post*, 15 de diciembre de 2011.

[28] Anne Applebaum y Nataliya Gumenyuk, «Incompetence and Torture in Occupied Ukraine», *The Atlantic*, 14 de febrero de 2023, <www.theatlantic.com>.

[29] «Russia’s Systematic Program for the Re-education and Adoption of Ukraine’s Children», Conflict Observatory, 14 de febrero de 2023, <hub.conflictobservatory.org>.

[30] Rikard Jozwiak, «Ukraine Accuses Russia of Targeting Rescue Workers in Deadly Strike», RFE/RL, 8 de agosto de 2023, <www.rferl.org>.

[31] Maria Domańska, Iwona Wiśniewska y Piotr Zióchowski, «Caught in the Jaws of the “Russkiy Mir”: Ukraine’s Occupied Regions a Year After Their Annexation», *Ośrodek Studiów Wschodnich* (Varsovia), 11 de octubre de 2023, <www.osw.waw.pl>.

[32] Sergei Lavrov, «Lavrov Said That There Is Hope for a Compromise in Negotiations with Ukraine», Tass, 16 de marzo de 2022, <tass.ru>.

[33] Joe Biden, «Remarks by President Biden Ahead of the One Year Anniversary of Russia’s Brutal and Unprovoked Invasion of Ukraine», Casa Blanca, 21 de febrero de 2023, <www.whitehouse.gov>.

[34] «Joint Statement of the Russian Federation and the People’s Republic of China on the International Relations Entering a New Era and the Global Sustainable Development», presidente de Rusia, 4 de febrero de 2022, <www.en.kremlin.ru>.

[35] Dan De Luce, «China Helps Russia Evade Sanctions, Likely Supplies Moscow with War Tech Used in Ukraine», NBC News, 27 de julio de 2023, <www.nbcnews.com>.

[36] Armani Syed, «Iranian “Kamikaze” Drones: Why Russia Uses Them in Ukraine», *Time*, 20 de octubre de 2022, <time.com>.

[37] Mike Eckel, «Report: North Korea Shipping Ammunition, Weaponry “at Scale” to Russia», RFE/RL, 17 de octubre de 2023, <www.rferl.org>.

[38] Oleksiy Pavlysh, *Ukrainska Pravda* , 18 de julio de 2022, según consta en <www.yahoo.com>.

[39] Alexander Kupatadze y Erica Marat, *Under the Radar: How Russia Outmanoeuvres Western Sanctions with Help from Its Neighbours* , Serious Organised Crime & Anti-Corruption Evidence Research Programme, agosto de 2023.

[40] Catherine Belton, «Russia Oozes Confidence as It Promotes Anti-Western Global Alliances», *The Washington Post* , 27 de enero de 2024.

1. Los lazos de la codicia

[1] Thane Gustafson, *The Bridge: Natural Gas in a Redivided Europe* , Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2020, p. 40.

[2] «Bonn and Moscow Sign Pact Trading Pipes for Gas», *The New York Times* , 2 de febrero de 1970.

[3] Per Högselius, *Red Gas: Russia and the Origins of European Energy Dependence* , Nueva York, Palgrave Macmillan, 2013, pp. 118-119.

[4] Egon Bahr, «Wandel durch Annäherung», discurso en la Academia Evangélica Tutzing, 15 de julio de 1963, 100(0) documentos clave sobre la historia alemana del siglo xx , 100(0) documentos clave sobre la historia rusa y soviética (1917-1991), Biblioteca Estatal de Baviera, Múnich, <www.1000dokumente.de>.

[5] Monica Raymunt, «West Germany's Cold War Ransoming of Prisoners Encouraged Fraud: Research», Reuters, 10 de abril de 2014.

[6] Timothy Garton Ash, *In Europe's Name: Germany and the Divided Continent* , Nueva York, Vintage Press, 1994.

[7] Charles W. Carter, «The Evolution of us Policy Toward West German-Soviet Trade Relations, 1969-89», *International History Review* , vol. 34, n.º 2 (junio de 2012), p. 223.

[8] *Ibid.* , p. 229.

[9] *Ibid.* , pp. 221-244.

[10] Julian Gewirtz, *Unlikely Partners: Chinese Reformers, Western Economists, and the Making of Global China* , Cambridge (Massachusetts), Harvard University

Press, 2017.

[11] Ronald Reagan, «Remarks upon Returning from China», 1 de mayo de 1984, Biblioteca Presidencial Ronald Reagan, <www.reaganlibrary.gov>.

[12] Bill Clinton, «President Clinton's Remarks on China», Clinton White House, 24 de octubre de 1997, <clintonwhitehouse4.archives.gov>.

[13] Bill Clinton, «Full Text of Clinton's Speech on China Trade Bill», Instituto de Agricultura y Política Comercial de Estados Unidos, 8 de marzo de 2000, <www.iatp.org>.

[14] Gerhard Schröder, «China: Warum wir Peking brauchen», *Die Zeit*, 17 de julio de 2008, <www.zeit.de>.

[15] Rhyannon Bartlett, Pak Yiu *et al.*, «Britain "Delusional" over Chinese Democracy: Ex-Gov. Patten», *Nikkei Asia*, 1 de julio de 2022, <asia.nikkei.com>.

[16] Leon Aron, *Roads to the Temple: Truth, Memory, Ideas and Ideals in the Making of the Russian Revolution, 1987-1991*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2012, pp. 37 y 49.

[17] *Ibid.*, p. 30.

[18] Yegor Gaidar, «Conversations with History: Yegor Gaidar», YouTube, 2008.

[19] Catherine Belton, *Putin's People: How the KGB Took Back Russia and Then Took On the West*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2020, pp. 21-23. [Hay trad. cast.: *Los hombres de Putin: Cómo el KGB se apoderó de Rusia y se enfrentó a Occidente*, Barcelona, Península, 2022].

[20] Karen Dawisha, *Putin's Kleptocracy: Who Owns Russia?*, Nueva York, Simon & Schuster, 2015, p. 8.

[21] Belton, *Putin's People*, pp. 19-49.

[22] Dawisha, *Putin's Kleptocracy*, pp. 106-132; Belton, *Putin's People*, pp. 87-91.

[23] Dawisha, *Putin's Kleptocracy*, pp. 132-145.

[24] *Ibid.*, p. 140.

[25] Vladímir Putin, «Послание Президента Российской Федерации от 08.07.2000 г. 6 /н», Президент России, 7 de julio de 2000, <www.kremlin.ru>.

[26] Vladímir Putin, «Послание Президента Российской Федерации от 18.04.2002», 18 de abril de 2002, <www.kremlin.ru>.

[27] Anne Applebaum, «Should Putin Host the G-8?», *The Spectator*, 8 de julio de 2006.

[28] «G-8 Leaders Issue Statement on Energy», Voice of America, 13 de julio de 2006, <voanews.com>.

[29] Casey Michel, *American Kleptocracy*, Nueva York, St. Martin's Press, 2021, p. 206.

[30] «United States Files Civil Forfeiture Complaint for Proceeds of Alleged Fraud and Theft from PrivatBank in Ukraine», Departamento de Justicia de Estados Unidos, 20 de enero de 2022, <www.justice.gov>.

[31] Craig Unger, «Trump's Businesses Are Full of Dirty Russian Money. The Scandal Is That It's Legal», *The Washington Post*, 29 de marzo de 2019.

[32] Dan Alexander, «Mysterious Buyer Pumps \$2.9 Million into President Trump's Coffers», *Forbes*, 19 de marzo de 2019, <www.forbes.com>.

[33] Gabriel Gavin, «Ukraine Launches Criminal Case Against Oligarch Kolomoisky», *Politico*, 2 de septiembre de 2023, <www.politico.eu>.

2. La cleptocracia crece como un tumor maligno

[1] Agustín Blanco Muñoz, *Habla Jesús Urdaneta Hernández, el comandante irreductible*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2003, p. 28.

[2] «Los billonarios recursos que Pdvsa logró... y perdió», Transparencia Venezuela, mayo de 2020, <transparenciave.org>. Según Transparencia Venezuela, que forma parte de Transparency International, el valor total del petróleo producido estaba más cerca de los 1,2 billones de dólares, pero unos 400.000 millones de esa cantidad se utilizaron para el consumo interno a precios casi nulos.

[3] «Portugal Investigating Fraud Linked to Venezuela PDVSA Funds, PDVSA Says», Reuters, 24 de junio de 2017.

[4] Sylvain Besson y Christian Brönnimann, «Une nouvelle enquête vise les milliards de la corruption vénézuélienne», *Tribune de Genève*, 16 de enero de 2021, <www.tdg.ch>.

[5] Valentina Lares y Nathan Jaccard, «Los dineros negros de Andorra se lavan en el Caribe», Armando Info, 1 de diciembre de 2021, <armando.info>.

[6] «Los billonarios recursos que Pdvsa logró... y perdió».

- [7] Conversación con Francisco Toro, otoño de 2023.
- [8] Lucas Goyret, «Corrupción chavista: cuál es el destino de los miles de millones de dólares robados por la dictadura venezolana que son decomisados por Estados Unidos», *Infobae* , 5 de junio de 2021, <www.infobae.com>.
- [9] Federico Parra, «Venezuelan Officials, Others Charged with Laundering \$1.2 Billion in Oil Funds», *Miami Herald* , 25 de julio de 2018.
- [10] Jay Weaver y Antonio M. Delgado, «Venezuela's Elite Face Scrutiny in \$1.2 Billion Laundering Probe», *Miami Herald* , 3 de noviembre de 2019.
- [11] «British Opposition Leader Corbyn Declines to Condemn Venezuela's Maduro», Reuters, 7 de agosto de 2017.
- [12] Robert Rapier, «How Venezuela Ruined Its Oil Industry», *Forbes* , 7 de mayo de 2017, <www.forbes.com>.
- [13] Alfredo Meza, «Corrupt Military Officials Helping Venezuela Drug Trade Flourish», *El País* , 26 de septiembre de 2013, <english.elpais.com>.
- [14] José Guarnizo, «On the Border of Colombia and Venezuela, Illegal Gold Mining Unites Armed Forces», *Mongabay* , 12 de mayo de 2023, <news.mongabay.com>.
- [15] Alexander Olvera, «Para pastorear vacas quedó ferrocarril Tinaco-Anaco», *El Pitazo* , 2016, <www.youtube.com>.
- [16] Imdat Oner, «Turkey and Venezuela: An Alliance of Convenience» , Washington D. C., Wilson Center, 2020, <www.wilsoncenter.org>.
- [17] Joseph M. Humire, «The Maduro-Hezbollah Nexus: How Iran-Backed Networks Prop Up the Venezuelan Regime», The Atlantic Council, 7 de octubre de 2020, <atlanticcouncil.org>.
- [18] «22-CR-434», Departamento de Justicia de Estados Unidos, 19 de octubre de 2022, <www.justice.gov>.
- [19] Uebert Angel, The Millionaire Academy, 2023, <themillionaireacademy.org>.
- [20] Investigaciones de Al Jazeera, *Gold Mafia* , <youtube.com>.
- [21] «Uebert Angel's Office Responds to Al-Jazeera Documentary», *The Zimbabwean* , 25 de marzo de 2023, <www.thezimbabwean.co>.
- [22] Rikki Doolan (@realrikkidoolan), X.com, 2023, <x.com/realrikkidoolan>.
- [23] «Pastor Rikki Doolan Responds on Gold Mafia Aljazeera Documentary», <www.youtube.com/watch?v=hblbCh8xi4s>.

[24] MacDonald Dzirutwe, «Ghosts of Past Massacres Haunt Zimbabwe's Mnangagwa Before Election», 6 de julio de 2018, Reuters. Mnangagwa niega esas acusaciones.

[25] Lily Sabol, «Kleptocratic Adaptation: Anticipating the Next Stage in the Battle Against Transnational Kleptocracy», Fundación Nacional para la Democracia, 17 de enero de 2023, <www.ned.org>.

[26] Mark Lowen, «Turkey Warned over Venezuela Gold Trade», BBC , 2 de febrero de 2019, <www.bbc.com/news>.

[27] Rikard Jozwiak, Kubatbek Aibashov y Chris Rickleton, «Reexports to Russia: How the Ukraine War Made Trade Boom in Kyrgyzstan», RFE/RL , 18 de febrero de 2023, <www.rferl.org>.

[28] «Joint Statement After Kyrgyz's Recent Crackdowns on Independent Media», Civil Rights Defenders, 16 de enero de 2024, <crd.org>.

[29] Bektour Iskender, «The Crime-Fighting Power of Cross-Border Investigative Journalism», TED , abril de 2022, <ted.com>.

[30] «Kyrgyzstan Blocks Independent Kloop Website's Kyrgyz Segment», RFE/RL's Kyrgyz Service, 10 de noviembre de 2023, <www.rferl.org>.

[31] Foro de Derechos Humanos de Zimbabue, *Political Violence Report 2008* , 13 de febrero de 2009, p. 2, <ntjwg.uwazi.io>.

[32] Kitsepile Nyathi, «Zimbabwe's Mnangagwa Entrenching His Power with Constitution Changes», *Citizen* , 10 de abril de 2021, <www.thecitizen.co.tz>.

[33] Albert Mpofo, «Controversy Erupts over Housing Loans to Judges Before Elections in Zimbabwe», Change Radio Zimbabwe, 9 de junio de 2023, <changeradiozimbabwe.com>.

[34] «Zimbabwe: Parliament's Passing of "Patriotic Bill" Is a Grave Assault on the Human Rights», Amnistía Internacional, 9 de junio de 2023, <www.amnesty.org>.

[35] «Treasury Takes Additional Actions in Zimbabwe», Departamento del Tesoro de Estados Unidos, 12 de diciembre de 2022, <home.treasury.gov>.

[36] Olayiwola Abegunrin y Charity Manyeruke, *China's Power in Africa: A New Global Order* , Londres, Palgrave Macmillan, 2020.

[37] Guo Shaochun, «Promoting China-Zimbabwe Ties to a New Height», Embajada de la República Popular China en la República de Zimbabue, 2 de octubre de 2022, <zw.china-embassy.gov.cn>.

[38] Columbus Mavhunga, «Zimbabwe, Chinese Investors Sign \$2.8B Metals Park Deal», VOA News, 22 de septiembre de 2022, <www.voanews.com>.

[39] «Zimbabwe Turns to Chinese Technology to Expand Surveillance of Citizens», *Africa Defense Forum*, 17 de enero de 2023, <adf-magazine.com>.

[40] Allen Munoriyarwa, «Video Surveillance in Southern Africa», Media Policy and Democracy Project, 7 de mayo de 2020, <www.mediaanddemocracy.com>.

[41] Henry Foy, Nastassia Astrasheuskaya y David Pilling, «Russia: Vladimir Putin's Pivot to Africa», *Financial Times*, 21 de enero de 2019, <www.ft.com>.

[42] Brian Latham *et al.*, «Mnangagwa Seeks Cash in Russia as Zimbabwe Slides into Chaos», Bloomberg.com, 15 de enero de 2019.

[43] Bloomberg, «Russian Diamond Giant Alrosa Is Returning to Zimbabwe», *Moscow Times*, 15 de enero de 2019.

[44] Nick Mangwana (@nickmangwana), Twitter, 27 de julio de 2023, 10.23, <x.com/nickmangwana>.

3. El control del relato

[1] Max Frankel, reseña de *El Telón de Acero* de Anne Applebaum, *The New York Times*, 21 de noviembre de 2012, <www.nytimes.com>. La reseña de Frankel fue negativa, en gran parte porque pensaba que las tácticas soviéticas descritas en el libro eran agua pasada y sería imposible volver a utilizarlas. Dos años después, en 2014, las ocupaciones rusas de Crimea y del este de Ucrania siguieron casi exactamente el mismo manual táctico que el Ejército Rojo y la NKVD habían empleado en 1945.

[2] Jason P. Abbott, «Of Grass Mud Horses and Rice Bunnies: Chinese Internet Users Challenge Beijing's Censorship and Internet Controls», *Asian Politics and Policy*, vol. 11, n.º 1 (2019), pp. 162-177; Peng Li, «Provisional Management Regulations for the International Connection of Computer Information Networks of the People's Republic of China», *DigiChina*, 1 de febrero de 1996, <digichina.stanford.edu>.

[3] Jim Hu, «Yahoo Yields to Chinese Web Laws», CNET, 14 de agosto de 2002, <cnet.com>.

[4] Anne Applebaum, «Let a Thousand Filters Bloom», *The Washington Post* , 19 de julio de 2005.

[5] Kaveh Waddell, «Why Google Quit China—and Why It's Heading Back», *The Atlantic* , 19 de enero de 2016, <www.theatlantic.com>.

[6] Ryan Gallagher, «Google Plans to Launch Censored Search Engine in China, Leaked Documents Reveal», *Intercept* , 1 de agosto de 2018, <theintercept.com>; «Google's Project Dragonfly "Terminated" in China», *BBC* , 17 de julio de 2019, <www.bbc.com>.

[7] Ross Andersen, «China's Artificial Intelligence Surveillance State Goes Global», *The Atlantic* , 15 de septiembre de 2020, <www.theatlantic.com>.

[8] *Ibid* .

[9] Sheena Chestnut Greitens, «Dealing with Demand for China's Global Surveillance Exports», *Brookings Institution*, abril de 2020, <www.brookings.edu>.

[10] Steven Feldstein, «How Artificial Intelligence Is Reshaping Repression», *Journal of Democracy* , vol. 30, n.º 1 (enero de 2019).

[11] *Ibid* .

[12] Lun Tian Yew, «Protests Erupt in Xinjiang and Beijing After Deadly Fire», *Reuters*, 26 de noviembre de 2022.

[13] Josh Smith, «Inside the Spectacle and Symbolism of North Korea's Mass Games», *Reuters*, 6 de septiembre de 2018.

[14] Julie Nolke, «Covid-19 — Once upon a Virus...», *YouTube*, 2020, <www.youtube.com>.

[15] Jan van der Made, «China Mocks us Following Chaos in Capitol, Saying "Democracy Doesn't Work"», *RFI* , 7 de enero de 2021, <www.rfi.fr>.

[16] Brett McKeehan, «China's Propaganda Machine Is Intensifying Its "People's War" to Catch American Spies», *CNN* , 18 de octubre de 2021, <www.cnn.com>.

[17] Nataliya Popovych *et al* ., «Image of European Countries on Russian TV », *Ukraine Crisis Media Center*, mayo de 2018, <uacrisis.org>.

[18] Pjotr Sauer, «Russia Outlaws "International LGBT Public Movement" as Extremist», *The Guardian* , 30 de noviembre de 2023.

[19] Documentación en Kristina Stoeckl y Dmitry Uzlaner, *The Moralists International: Russia in the Global Cultural Wars* , Nueva York, Fordham University Press, 2022.

[20] Anne Applebaum, «Conservatives and the False Romance of Russia», *The Atlantic*, 12 de diciembre de 2019, <www.theatlantic.com>.

[21] Kate Shellnutt, «Russian Evangelicals Penalized Most Under Anti-Evangelism Law», *Christianity Today*, 7 de mayo de 2019, <www.christianitytoday.com>.

[22] David Neiwert, «When White Nationalists Chant Their Weird Slogans, What Do They Mean?», Southern Poverty Law Center, 10 de octubre de 2017, <www.splcenter.org>.

[23] Elizabeth G. Arsenault y Joseph Stabile, «Confronting Russia's Role in Transnational White Supremacist Extremism», Just Security, 6 de febrero de 2020, <www.justsecurity.org>.

[24] Sauer, «Russia Outlaws "International LGBT Public Movement" as Extremist»; Darya Tarasova, Gul Tuysuz y Jen Deaton, «Police Raid Gay Venues in Russia After Top Court Bans "International LGBTQ Movement"», CNN, 4 de diciembre de 2023, <edition.cnn.com>.

[25] Sabiti Makara y Vibeke Wang, «Uganda: A Story of Persistent Autocratic Rule», en Leonardo R. Arriola, Lise Rakner y Nicolas van de Walle, eds., *Democratic Backsliding in Africa?: Autocratization, Resilience, and Contention*, Oxford, Oxford University Press, 2022.

[26] Anne Applebaum, «Tucker Carlson, the American Face of Authoritarian Propaganda», *The Atlantic*, 21 de septiembre de 2023, <www.theatlantic.com>.

[27] Peter Pomerantsev, «Beyond Propaganda», *Foreign Policy*, 23 de junio de 2015, <foreignpolicy.com>.

[28] Annia Ciezadlo, «Analysis: Why Assad's Propaganda Isn't as Crazy as It Seems», Atlantic Council, 7 de octubre de 2016, <www.atlanticcouncil.org>.

[29] Christopher Walker, «What Is "Sharp Power"», *Journal of Democracy*, vol. 29, n.º 3 (julio de 2018), <www.journalofdemocracy.org>.

[30] Didi Kirsten Tatlow, «China's Influence Efforts in Germany Involve Students», *The Atlantic*, 12 de julio de 2019, <www.theatlantic.com>.

[31] «Confucius Institute», Confucius Institute, consultado el 18 de febrero de 2024, <ci.cn>; Wagdy Sawahel, «Confucius Institutes Increase as Another Opens in Djibouti», *University World News*, 6 de abril de 2023.

[32] Joshua Kurlantzick, *Beijing's Global Media Offensive: China's Uneven Campaign to Influence Asia and the World*, Oxford, Oxford University Press, 2023, pp. 181-199.

[33] Joshua Kurlantzick, «Can China's State Media Become as Trusted as the BBC?», *Foreign Policy*, 5 de diciembre de 2022, <foreignpolicy.com>.

[34] Joshua Eisenman, «China's Media Propaganda in Africa: A Strategic Assessment», Instituto de la Paz de Estados Unidos, 16 de marzo de 2023, <www.usip.org>.

[35] Ryan Fedasiuk, «How China's United Front System Works Overseas», *Strategist*, 13 de abril de 2022, <www.aspistrategist.org.au>.

[36] Eisenman, «China's Media Propaganda in Africa».

[37] «Russia Has No Expansionist Plans in Europe: Lavrov», Telesur English, 27 de noviembre de 2023, <www.telesurenglish.net>.

[38] «Informe: El nuevo coronavirus es resultado de un complot sionista», HispanTV, 19 de marzo de 2020, <www.hispantv.com>.

[39] Martina Schwikowski, «Russia Targets Africa with Propaganda Machine», DW, 29 de noviembre de 2022, <www.dw.com>.

[40] «RT Moves Its Pawns in Africa, Opening a Bureau in Algeria», Reporteros sin Fronteras, 4 de abril de 2023, <rsf.org>.

[41] Thinus Ferreira, «Russia's RT Channel Eyes African Expansion with SA Headquarters», News24, 26 de julio de 2022, <www.news24.com>.

[42] Katie Zabadski, «Putin's Propaganda TV Lies About Its Popularity», *The Daily Beast*, 14 de abril de 2017. Una serie de documentos de 2015 filtrados a *The Daily Beast* por exempleados descontentos de RIA Novosti parecen indicar que en ese momento menos de treinta mil hogares estadounidenses veían RT una noche cualquiera; por entonces, su mercado más próspero parecía ser Reino Unido, donde atraía al «0,17 por ciento de la cifra total de telespectadores».

[43] Mobashra Tazamal, «How Russian Bots Instrumentalized Islamophobia (but Don't Just Blame the Bots)», Bridge Initiative, 2 de febrero de 2018, <bridge.georgetown.edu>.

[44] NBC News, «How Russia Sent a Small Idaho Town into a Fake News Tailspin: NBC Left Field | After Truth», YouTube, <www.youtube.com>.

[45] Adan Salazar, «Russian Strikes Targeting us -Run BioLabs in Ukraine?», Infowars, 24 de febrero de 2022, <www.infowars.com>.

[46] Justin Ling, «How a QAnon Conspiracy Theory About Ukraine Bioweapons Became Mainstream Disinformation», CBC, 13 de abril de 2022, <www.cbc.ca>.

[47] «Tucker: The Pentagon Is Lying About Bio Labs in Ukraine», Fox News, 9 de marzo de 2022, <www.foxnews.com>.

[48] «U.S. -Led Biolabs Pose Potential Threats to People of Ukraine and Beyond: Ukrainian Ex-officer», Xinhua, 14 de abril de 2022, <english.news.cn>; «Russia Urges U.S. to Explain Purpose of Biological Labs in Ukraine», Xinhua, 10 de marzo de 2022, <en.english.news.cn>.

[49] Edward Wong, «U.S. Fights Bioweapons Disinformation Pushed by Russia and China», *The New York Times*, 10 de marzo de 2022.

[50] José C. Rodríguez, «US Resumes Biolab Program in Ukraine», Telesur English, 7 de abril de 2023, <www.telesuren.english.net>.

[51] «Russia Says Has Documents Showing US Biolab Activities in Ukraine», Presstv, 31 de enero de 2023, <www.presstv.ir>.

[52] Ling, «How a QAnon Conspiracy Theory About Ukraine Bioweapons Became Mainstream Disinformation».

[53] «The Kremlin's Efforts to Covertly Spread Disinformation in Latin America», nota de prensa, 7 de noviembre de 2023, <www.state.gov>; María Zakharova, «BioBiden», Pressenza International Press Agency, 29 de marzo de 2022, <www.presenza.com>.

[54] Julian Borger, Jennifer Rankin y Martin Farrer, «Russia Makes Claims of US -Backed Biological Weapon Plot at UN », *The Guardian*, 11 de marzo de 2022.

[55] Hannah Gelbart, «The UK Company Spreading Russian Fake News to Millions», BBC, 4 de abril de 2023, <www.bbc.com/news>.

[56] «Russian Intelligence Is Pushing False Claims of U.S. Biological Testing in Africa, U.S. Says», *Wall Street Journal*, 8 de febrero de 2024.

[57] VIGINUM, «RRN : A Complex and Persistent Information Manipulation Campaign», Secretaría General de Defensa y Seguridad Nacional, República Francesa, 19 de julio de 2023, <www.sgdsn.gouv.fr>.

[58] *Ibid*.

[59] Catherine Belton y Joseph Menn, «Russian Trolls Target U.S. Support for Ukraine, Kremlin Documents Show», *The Washington Post*, 8 de abril de 2024.

[60] Avery Lotz, «House Intelligence Committee Chair Says Russian Propaganda Has Spread Through Parts of GOP », CNN, 7 de abril de 2024, <cnn.com>.

[61] Oiwan Lam, «Amidst Typhoon Rescue Efforts in Japan, a Taiwanese Diplomat Dies. Did Misinformation Play a Role?», Global Voices, 22 de septiembre

de 2018, <globalvoices.org>.

[62] Steven L. Myers, «China Sows Disinformation About Hawaii Fires Using New Techniques», *The New York Times* , 11 de septiembre de 2023.

[63] Tiffany Hsu y Steven L. Myers, «China's Advancing Efforts to Influence the U.S. Election Raise Alarms», *The New York Times* , 1 de abril de 2024; Elise Thomas, «Pro-CCP Spamouflage Campaign Experiments with New Tactics Targeting the US », *Digital Dispatches* , Institute for Strategic Dialogue, 1 de abril de 2024, <www.isdglobal.org/>.

[64] López Obrador, líder de izquierdas con una marcada tendencia autocrática, creó su propia combinación, mucho más potente, de medios de comunicación muy partidistas y bots de redes sociales, y utilizó estos últimos para bombardear a sus seguidores con los primeros. Las cuentas venezolanas hicieron lo mismo, pero empleando material de Telesur, HispanTV y RT Actualidad. Casi las dos terceras partes de las cuentas que a menudo comparten material de RT Actualidad en México eran proclives a compartir también material que promocionaba a López Obrador.

[65] Javier Lesaca, «Russian Network Used Venezuelan Accounts to Deepen Catalan Crisis», *El País* , 11 de noviembre de 2017, <english.elpais.com>. [Artículo original en español: «La trama rusa empleó redes chavistas para agravar la crisis catalana», <https://elpais.com>].

[66] Ryan C. Berg y Emiliano Polo, «The Political Implications of Mexico's New Militarism», *CSIS* , 5 de septiembre de 2023, <www.csis.org>.

[67] Juan A. Quintanilla, «Letter to the Secretary of Foreign Affairs Marcelo Ebrard», *Human Rights Watch*, 3 de marzo de 2023, <www.hrw.org>.

[68] José Bautista y Michael Schwartz, «Married Kremlin Spies, a Shadowy Mission to Moscow, and Unrest in Catalonia», *The New York Times* , 23 de septiembre de 2021.

4. Cambiar el sistema operativo

[1] Declaración Universal de los Derechos Humanos, <https://www.ohchr.org/sites/default/files/UDHR/Documents/UDHR_Translations/spn.pdf>.

[2] Acta Final de Helsinki, Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, OSCE , 1 de agosto de 1975, <www.osce.org>.

[3] Carta de la Organización de los Estados Americanos, <cidh.oas.org>.

[4] Ken Moritsugu y Jamey Keaten, «To China's Fury, UN Accuses Beijing of Uyghur Rights Abuses», AP News, 1 de septiembre de 2022, <apnews.com>.

[5] «Situation in Ukraine: ICC Judges Issue Arrest Warrants Against Vladimir Vladimirovich Putin and Maria Alekseyevna Lvova-Belova», Corte Penal Internacional, 17 de marzo de 2023, <www.icc-cpi.int>.

[6] «Full Text of Xi Jinping's Report at 19th CPC National Congress», *China Daily* , 4 de noviembre de 2017, <chinadaily.com.cn>.

[7] Andréa Worden, «China at the UN Human Rights Council: Conjuring a "Community of Shared Future for Humankind"», en Nadège Rolland, ed., *An Emerging China-Centric Order: China's Vision for a New World Order in Practice* , National Bureau of Asian Research, NBR Special Report 87, agosto de 2020, <www.nbr.org>.

[8] «О чем рассказал Владимир Путин на пленарном заседании ПМЭФ», Российская газета , 2 de junio de 2017, RG.RU , <rg.ru>.

[9] António Guterres, Instagram, 31 de agosto de 2023, <www.instagram.com>.

[10] Fareed Zakaria, *The Post-American World and the Rise of the Rest* , Londres, Penguin Books, 2008. [Hay trad. cast.: *El mundo después de USA* , Madrid, Espasa-Calpe, 2009].

[11] Ivan U. Klyszcz, «Messianic Multipolarity: Russia's Resurrected Africa Doctrine», Riddle, 6 de abril de 2023, <ridl.io>.

[12] Mark Trevelyan, «As He Seizes Ukrainian Lands, Putin Is Silent on War Failings», Reuters, 30 de septiembre de 2022.

[13] «Путин заявил, что Россия находится в авангарде создания справедливого мироустройства », Tass, 28 de noviembre de 2023, <tass.ru>.

[14] «Mali: New Atrocities by Malian Army, Apparent Wagner Fighters», Human Rights Watch, 24 de julio de 2023, <www.hrw.org>.

[15] Mamadou Makadji, «L'Afrique revendique un monde multipolaire lors de la Semaine Russe de l'Énergie», Mali Actu, 15 de octubre de 2023, <maliactu.net>.

[16] «Xinhua Commentary: This Time for Africa and a Multipolar World», Xinhua, 11 de septiembre de 2023, <english.news.cn>.

[17] Danny Haiphong, «China's Diplomacy Injects Vitality into the Multipolar World», *CGTN*, 27 de septiembre de 2023, <news.cgtn.com>.

[18] Ben Norton, «Venezuela at UN : We Must Build Multipolar "World Without Imperialism"», *Geopolitical Economy Report*, 22 de septiembre de 2021, <geopoliticaconomy.com>.

[19] Nicolás Maduro, Twitter, 8 de agosto de 2023, <[x.com/ NicolasMaduro](https://x.com/NicolasMaduro)>.

[20] Kim Tong, «North Korea Stresses Alignment with Russia Against us and Says Putin Could Visit at an Early Date», *AP News*, 21 de enero de 2024, <apnews.com>.

[21] Maziar Motamedi, «Iran's Raisi After "Strategic" Ties in South America Tour», *Al Jazeera*, 12 de junio de 2023, <www.aljazeera.com>.

[22] Anne Applebaum, «The 22-Year-Old Blogger Behind Protests in Belarus», *The Atlantic*, 21 de agosto de 2020, <www.theatlantic.com>.

[23] Ivan Nechepurenko y Neil Vigdor, «Who Is Roman Protasevich, the Captive Journalist in Belarus?», *The New York Times*, 14 de junio de 2021.

[24] Chas Danner y Matt Stieb, «European Union Bans Its Airlines from Flying over Belarus», *New York Magazine*, 24 de mayo de 2021, <nymag.com>.

[25] Michelle Bachelet, «Belarus: "You Are Not Human Beings"», *Amnistía Internacional*, 18 de enero de 2021, <eurasia.amnesty.org>.

[26] Andrew Higgins, «With Pardon of Roman Protasevich, Belarus Fuels a Tale of Betrayal», *The New York Times*, 23 de mayo de 2023.

[27] Alexey Kovalev (@Alexey_Kovalev), Twitter, 23 de mayo de 2021, 9.56, twitter.com/Alexey_Kovalev.

[28] «Russia Defends Belarus over Plane Diversion», *Moscow Times*, 24 de mayo de 2021.

[29] «Transnational Repression: Understanding and Responding to Global Authoritarian Reach», *Freedom House*, 2024, consultado el 18 de febrero de 2024, <freedomhouse.org/report/transnational-repression>.

[30] Vanessa Guinan, «Russian Vadim Krasikov Convicted of Assassinating Chechen Tornike Khangoshvili in Tiergarten», *The Washington Post*, 15 de diciembre de 2021.

[31] Paul Kirby, «Russian Sausage Tycoon Pavel Antov Dies in Indian Hotel Fall», *BBC*, 27 de diciembre de 2022, <www.bbc.com/news>.

[32] Amit Chaturvedi, «Russian Businessman Dmitry Zelenov Dies Under Mysterious Circumstances», NDTV , 19 de diciembre de 2022, <www.ndtv.com>.

[33] Michael Schaffer, «A Putin Critic Fell from a Building in Washington. Was It Really a Suicide?», *Politico* , 26 de agosto de 2022.

[34] Matthew Levitt, «Trends in Iranian External Assassination, Surveillance, and Abduction Plots», Combating Terrorism Center at West Point, 8 de febrero de 2022, <ctc.westpoint.edu>.

[35] «U.S. Attorney Announces Charges and New Arrest in Connection with Assassination Plot Directed from Iran», Departamento de Justicia, 27 de febrero de 2023, <www.justice.gov>.

[36] Joanna Kakissis, «Uighurs in Turkey Fear China's Long Arm Has Reached Their Place of Refuge», NPR , 13 de marzo de 2020, <www.npr.org>.

[37] Ronn Blitzer, «FBI , DOJ Announce Indictment Against 8 Chinese Operatives», Fox News, 28 de octubre de 2020, <www.foxnews.com>.

[38] Teng Biao, «No Escape: The Fearful Life of China's Exiled Dissidents», Al Jazeera, 9 de abril de 2018, <www.aljazeera.com>.

[39] «Two Arrested for Operating Illegal Overseas Police Station of the Chinese Government», Departamento de Justicia de Estados Unidos, 19 de abril de 2023, <www.justice.gov>.

[40] Anna Holligan, «China Accused of Illegal Police Stations in the Netherlands», BBC , 26 de octubre de 2022, <www.bbc.com/news>.

[41] «Venezuelan Military Refugee in Chile Is Abducted from His Home in an Apparent Commando Operation», MercoPress, 22 de febrero de 2024, <en.mercopress.com>; Catalina Batarce y Gianluca Parrini, «El inédito diario de torturas del teniente Ojeda», 3 de marzo de 2024, La Tercera, <www.latercera.com>.

[42] Ruth Maclean, «How a Savior of Rwanda, Paul Rusesabagina, Became Its Captive», *The New York Times* , 20 de septiembre de 2021.

[43] Nadine Yousif y Neal Razzell, «Who Was Canadian Sikh Leader Hardeep Singh Nijjar?», BBC , 2 de octubre de 2023, <www.bbc.com/news>.

[44] Will Fulton, Joseph Holliday y Sam Wyer, «Iranian Strategy in Syria», Institute for the Study of War, 2013, consultado el 20 de febrero de 2024, <www.understandingwar.org>.

[45] Anna Borshchevskaya, «Russia's Strategic Success in Syria and the Future of Moscow's Middle East Policy», *Lawfare* , 23 de enero de 2022, <www.lawfaremedia.org>.

[46] James Ball, «Syria Has Expanded Chemical Weapons Supply with Iran's Help, Documents Show», *The Washington Post* , 27 de julio de 2012.

[47] Kareem Shaheen, «MSF Stops Sharing Syria Hospital Locations After "Deliberate" Attacks», *The Guardian* , 18 de febrero de 2016.

[48] Don Melvin, «Syria Hospital Bombings Destroy Health Care, MSF Says», *CNN* , 18 de febrero de 2016, <www.cnn.com>; Pamela Engel, «Russia Attacking Hospitals in Syria», *Business Insider* , 21 de febrero de 2016, <www.businessinsider.com>.

[49] Independent International Commission of Inquiry on the Syrian Arab Republic, *13th report of the Commission of Inquiry on the Syrian Arab Republic* , 2 de febrero de 2017, ACNUDH , <www.ohchr.org>.

[50] «The Kremlin's Chemical Weapons Disinformation Campaigns», Departamento de Estado de Estados Unidos, 1 de mayo de 2022, <www.state.gov>.

[51] Scott Pelley, «What a Chemical Attack in Syria Looks Like», *CBS News*, 25 de febrero de 2018, <www.cbsnews.com>.

[52] Anne Applebaum, «Opinion: Russia Is Lying About Syria. But Trump Has No Credibility to Counter It», *The Washington Post* , 13 de abril de 2018.

[53] «Assad Gets Warm Reception as Syria Welcomed Back into Arab League», *Al Jazeera*, 19 de mayo de 2023, <www.aljazeera.com>.

[54] Nike Ching, «Khamenei: Iran Never Trusted West, Seeks Closer Ties with China», *Voice of America*, 23 de enero de 2016, <voanews.com>.

[55] Reuel M. Gerech y Ray Takeyh, «The Mullahs and the Dragon», *National Review* , 21 de diciembre de 2023, <www.nationalreview.com>.

[56] Jack Watling, Oleksandr V. Danylyuk y Nick Reynolds, «The Threat from Russia's Unconventional Warfare Beyond Ukraine, 2022-24», *Royal United Services Institute*, 20 de febrero de 2024, <<https://www.rusi.org/explore-our-research/publications/special-resources/threat-russias-unconventional-warfare-beyondukraine-2022-24>>.

[57] Bruce Riedel, «Hezbollah and the Axis of Resistance in 2024», *Brookings Institution*, 16 de enero de 2024, <www.brookings.edu>.

[58] Nicholas Frakes, «How Hezbollah Uses Ramadan TV Shows to Bolster Its Image», *The New Arab*, 19 de abril de 2023, <www.newarab.com>.

[59] Kirsten Anna y Mohamed Keita, «Russia's Influence in Mali», Human Rights Foundation, 11 de agosto de 2023, <hrf.org>.

[60] Auric J. Ouakara, Radio Lengo Songo, 13 de febrero de 2024, <lengosongo.cf>.

[61] Roger Cohen, «Putin Wants Fealty, and He's Found It in Africa», *The New York Times*, 27 de diciembre de 2022.

[62] «Wagner Group Uses Mafia-Style Tactics to Dominate CAR's Diamond Sector», Africa Defense Forum, 1 de agosto de 2023, <adf-magazine.com>.

[63] Watling, Danylyuk y Reynolds, «Threat from Russia's Unconventional Warfare Beyond Ukraine».

5. Desprestigiar a los demócratas

[1] Gene Sharp, *From Dictatorship to Democracy: A Conceptual Framework for Liberation*, Boston, The Albert Einstein Institution, 2002, p. 1. [Hay trad. cast.: *De la dictadura a la democracia: Un sistema conceptual para la liberación*, Madrid, Séneca, 2012].

[2] Ruaridh Arrow, «Gene Sharp: Author of the Nonviolent Revolution Rulebook», BBC, 21 de febrero de 2011, <www.bbc.com/news>.

[3] Vaclav Havel, «The Power of the Powerless», Hannah Arendt Center for Politics and the Humanities, Bard College, 23 de diciembre de 2011, <hac.bard.edu>. [Hay trad. cast.: *El poder de los sin poder*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1990].

[4] Evan Mawarire, «#ThisFlag. The 1st Video That Started It All», YouTube, <www.youtube.com>.

[5] Entrevista con Evan Mawarire, mayo de 2023.

[6] Jonathan Moyo (@ProfJNMoyo), Twitter, 9 de mayo de 2016, 1.41, <twitter.com/ProfJNMoyo>.

[7] Farai Mutsaka, «Zimbabwe's Flag Center of Social Media War over Frustrations», AP News, 11 de junio de 2016, <apnews.com>.

[8] De una entrevista con Evan Mawarire, 23 de mayo de 2023; véase también, «Supporters in Zimbabwe Fume After Protest Pastor Leaves for US », *Voice of America*, 21 de agosto de 2016, <www.voanews.com>.

[9] Philip Freeman, «Cicero, Dirty Tricks, and the American Way of Campaigning», *The Wall Street Journal* , 16 de marzo de 2012.

[10] Bill Keller, «Innocent Googling No Such Thing in Tehran», *The New York Times* , 16 de junio de 2009.

[11] «Joint News Conference by Trump and Putin: Full Video and Transcript», *The New York Times* , 16 de julio de 2018.

[12] David M. Herszenhorn y Ellen Barry, «Putin Contends Clinton Incited Unrest over Vote», *The New York Times* , 8 de diciembre de 2011.

[13] Ministerio de Asuntos Exteriores ruso, «"Euromaidan": 10 Years of Disappointment», 21 de noviembre de 2023, <russianembassy.mid.ru/en>.

[14] Timothy Snyder, «Ukraine's Maidan Revolution», *Thinking About...* , 21 de noviembre de 2023, <snyder.substack.com>.

[15] «Mawarire Is No Saint», *The Herald* , 23 de julio de 2016, <www.herald.co.zw>.

[16] Amy Slipowitz y Mina Loldj, «Visible and Invisible Bars», Freedom House, 2023, <freedomhouse.org>, consultado el 16 de febrero de 2024.

[17] David E. Hoffman, *Give Me Liberty: The True Story of Oswaldo Payá and His Daring Quest for a Free Cuba* , Nueva York, Simon & Schuster, 2022.

[18] «Beaten to Death by State Security: RSF Shocked by Gruesome Murder of Independent Journalist in China», Reporteros sin Fronteras, 21 de noviembre de 2023, <rsf.org>.

[19] Michael Parks, «South Africa Bans Public Protest at Funerals», *Los Angeles Times* , 1 de agosto de 1985.

[20] «Funerals Become Scenes of Myanmar Resistance, More Violence», AP News, 28 de marzo de 2021, <apnews.com>.

[21] Mike Eckel, «"Extremism" as a Blunt Tool: Behind the Russian Law Being Used to Shut Navalny Up», RFE/RL , 29 de abril de 2021, <www.rferl.org>.

[22] Marlies Glasius, Jelmer Schalk y Meta De Lange, «Illiberal Norm Diffusion: How Do Governments Learn to Restrict Nongovernmental Organizations?», *International Studies Quarterly* , vol. 64, n.º 2 (junio de 2020), pp. 453-468.

[23] «Analysis of Ethiopia’s Draft Civil Society Law», Human Rights Watch, 13 de octubre de 2008, <hrw.org>.

[24] Harriet Sherwood, «Human Rights Groups Face Global Crackdown “Not Seen in a Generation”», *The Guardian*, 26 de agosto de 2015.

[25] «Venezuela: ONG s en Venezuela bajo grave riesgo», Amnistía Internacional, 11 de enero de 2024, <www.amnesty.org>.

[26] «Cuba: Freedom in the World 2023 Country Report», Freedom House, 2023, <freedomhouse.org>.

[27] Tina Dolbaia y Maria Snegovaya, «In Georgia, Civil Society Wins Against Russia-Style “Foreign Agents” Bill», CSIS, 15 de marzo de 2023, <www.csis.org>.

[28] «Egypt: Crackdown on Human Rights Defenders Continues amid Ongoing “Foreign Funding” Investigation», Amnistía Internacional, 30 de julio de 2021, <www.amnesty.org>.

[29] Godfrey Musila, «The Spread of Anti-NGO Measures in Africa: Freedoms Under Threat», Freedom House, 2019, consultado el 18 de febrero de 2024, <freedomhouse.org>.

[30] Tom Phillips y Christy Yao, «China Passes Law Imposing Security Controls on Foreign NGOs », *The Guardian*, 28 de abril de 2016.

[31] Reuters, «Key Venezuela Opposition Figure Barred from Office for 15 Years», Voice of America, 7 de abril de 2017, <www.voanews.com>.

[32] Paw Htun, «Myanmar Military’s Attempts to Smear Suu Kyi as Corrupt Have Failed», *Irrawaddy*, 17 de mayo de 2022, <www.irrawaddy.com>.

[33] Digital Forensic Research Lab, «#InfluenceForSale: Venezuela’s Twitter Propaganda Mill», Medium, 3 de febrero de 2019, <medium.com>.

[34] Brandtley Vickery, «Mohammed bin Salman’s “Army of Flies”: Saudi Arabia’s Creative Spread of Disinformation and Attack on Political Dissidence», Democratic Erosion, 30 de noviembre de 2021, <www.democratic-erosion.com>.

[35] Zosia Wanat, «Senior Polish Official Quits in the Wake of Internet Trolling Allegations», *Politico*, 20 de agosto de 2019, <www.politico.eu>.

[36] Magdalena Gałczyńska, «Troll Farm at the Ministry of Justice», Onet Investigation, Themis Stowarzyszenie Sędziów, 19 de agosto de 2019, <themis-sedziowie.eu>.

[37] Entrevista con Denise Dresser, febrero de 2023.

[38] Jonathan Eig, *King: A Life*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2023, pp. 392-400.

[39] Michael E. Miller, «Nixon Had an Enemies List. Now So Does Trump», *The Washington Post*, 19 de agosto de 2018.

[40] Mary Clare Jalonick, «Jan. 6 Takeaways: Trump's State Playbook; "Hateful" Threats», AP News, 21 de junio de 2022, <ap news.com>.

Epílogo. Demócratas unido

[1] Dave Sherwood, «Special Report: How Cubans Were Recruited to Fight for Russia», Reuters, 3 de octubre de 2023.

[2] Wendell Steavenson, «Nagorno-Karabaj, the Republic That Disappeared Overnight», *1843 Magazine*, 1 de enero de 2024, <www.economist.com>.

[3] Debate parlamentario n.º 837 de la Cámara de los Comunes (sexta serie) del año 2024, columna 668.

[4] Pieter Haeck, «Russian Propaganda Network Paid MPs, Belgian PM Says», *Politico*, 28 de marzo de 2024.

[5] «Declaración conjunta de la Federación Rusa y la República Popular China sobre las relaciones internacionales que entran en una nueva era y el desarrollo global sostenible».

[6] «Full Text Transcript of Putin & Kim Jong-un Meeting», *Mirage News*, 13 de septiembre de 2023, <www.miragenews.com>.

[7] Johnny Harris, «Kim Jong Un Warns us Would Be Crushed in War with North Korea», YouTube, 2024, <www.youtube.com>.

[8] «Dmitri Medvedev Says Ukraine Should Not Exist in Any Form, Calling It a "Cancerous Growth"», *Meduza*, 17 de enero de 2024, <meduza.io>.

[9] Andrew Osborn, «Putin Ally Says "Ukraine Is Russia" and Historical Territory Needs to "Come Home"», Reuters, 4 de marzo de 2024.

[10] Josh Rogin, «Opinion: In May, Ukrainian Oligarch Said Giuliani Was Orchestrating a "Clear Conspiracy Against Biden"», *The Washington Post*, 3 de octubre de 2019; Ben Schreckinger, «Ukraine Scandal Ropes in Clinton-Era GOP Operatives», *Politico*, 3 de octubre de 2019.

[11] «The Kremlin's Efforts to Spread Deadly Disinformation in Africa», Departamento de Estado de Estados Unidos, 12 de febrero de 2024, <www.state.gov>.

[12] Kate Connolly, «Germany Unearths Pro-Russia Disinformation Campaign on X», *The Guardian*, 26 de enero de 2024.

[13] Andrew E. Kramer, «Russia Cuts Off Gas to Ukraine in Cost Dispute», *The New York Times*, 2 de enero de 2006.

[14] Jack Faricy *et al.*, «Russia Cuts Off Gas Supplies to Ukraine», *The Financial Times*, 16 de junio de 2014, <www.ft.com>.

[15] Erika Solomon y Katrin Bennhold, «How a German State Helped Russia Complete Nord Stream 2», *The New York Times*, 2 de diciembre de 2022.

[16] Judy Dempsey, «Exhibition Traces Ties Between Germany and Russia», *The New York Times*, 20 de diciembre de 2012.

[17] Tassilo Hummel *et al.*, «The Meat Magnate Who Pushed Putin's Agenda in Germany», Reuters, 31 de mayo de 2023; «Designierter Bundespräsident Steinmeier liebt den FC Schalke», *Der Westen*, 15 de noviembre de 2016, <www.derwesten.de>.

[18] Katrin Bennhold, «How the Ex-chancellor Gerhard Schröder Became Putin's Man in Germany», *The New York Times*, 23 de abril de 2022.

[19] Melissa Eddy, «German Government Nationalizes Gas Unit Seized from Gazprom», *The New York Times*, 14 de noviembre de 2022.

[20] «Remarks by National Security Advisor Jake Sullivan on Renewing American Economic Leadership at the Brookings Institution», Casa Blanca, 27 de abril de 2023, <whitehouse.gov>.

[21] Craig Unger, «Trump's Businesses Are Full of Dirty Russian Money. The Scandal Is That It's Legal», *The Washington Post*, 29 de marzo de 2019.

[22] «Speech by President von der Leyen on EU-China Relations to the Mercator Institute for China Studies and the European Policy Centre», Comisión Europea, 27 de marzo de 2023, <ec.europa.eu>.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

Índice

Autocracia, S. A. Los dictadores que quieren gobernar el mundo

Introducción. Autocracia, S. A.

1. Los lazos de la codicia
2. La cleptocracia crece como un tumor maligno
3. El control del relato
4. Cambiar el sistema operativo
5. Desprestigiar a los demócratas

Epílogo. Demócratas unidos

Agradecimientos

Créditos de los textos

Sobre este libro

Sobre Anne Applebaum

Créditos

Notas